



Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro – IUPERJ
Programa de Pós-graduação em Sociologia e Ciência Política

**Mobilización social y luchas populares.
Algunos aportes desde la teoría social**

Disertación de Maestría

Florencia Stubrin

Orientador: José Maurício Domingues

Río de Janeiro, diciembre de 2007

Livros Grátis

<http://www.livrosgratis.com.br>

Milhares de livros grátis para download.



Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro – IUPERJ
Programa de Pós-graduação em Sociologia e Ciência Política

Mobilización social y luchas populares. Algunos aportes desde la teoría social

Disertación de Maestría

Florencia Stubrin

Banca examinadora

Dr. José Maurício Domingues (orientador)

Dr. Adalberto Moreira Cardoso

Dr. Emir Sader

*A mi padre
A la memoria de la dulce Mause*

“A los hijos e hijas de la tierra, en todas las naciones. A los que no fueron invitados al banquete. A los que por siglos esperan en la fila de la historia (...). Es tiempo de creer en la posibilidad de vencer al dolor”.

Carta de las madres Sin Tierra - Mayo de 2007

**Movimientos sociales y luchas populares.
Algunos aportes desde la teoría social**

AGRADECIMIENTOS	6
------------------------	---

PRESENTACIÓN	8
Algunas reflexiones epistemológicas	11

CAPÍTULO I

La sociedad dividida en clases. Un abordaje desde la perspectiva marxista	16
El pensamiento marxista. Una primera aproximación	17
El papel de los hombres en los procesos de estructuración social	18
La lucha de clases como elemento de estructuración social. La historia de la humanidad entendida como la historia de la lucha de clases	21
Las relaciones de dominación y el concepto de alienación	25
Clase en sí y clase para sí	29
Emancipación política y emancipación humana. El papel del Estado	36

CAPÍTULO II

Estado y actores en el entramado de la movilización social	44
Antonio Gramsci y el contexto de su obra	45
Sociedad política y sociedad civil. La concepción ampliada del Estado	47
Hegemonía, democracia y transformación social	51
La noción de partido y el papel de los intelectuales	54

El Estado como condensación de luchas de clase y relaciones de poder. La propuesta teórica de Nicos Poulantzas	59
---	----

CAPÍTULO III

Movimientos sociales y acción colectiva. Un recorrido por los principales aportes teóricos

La definición de un campo de estudio	65
La vertiente americana. El paradigma de la acción estratégica	69
La matriz identitaria en la vertiente europea	78
El nuevo paradigma político de los movimientos sociales	85
Los límites de la idea de <i>Multitud</i>	90
Algunas consideraciones parciales	94

CAPÍTULO IV

Consideraciones finales. Algunos aportes para la construcción de una teoría crítica de la movilización social	98
--	----

AGRADECIMIENTOS

No puedo comenzar este trabajo sin antes expresar mi enorme gratitud para con todos aquellos y aquellas que, de una forma u otra, contribuyeron para su realización.

En primer lugar, debo manifestar mi reconocimiento al Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro (IUPERJ), donde he tenido la oportunidad de iniciar una experiencia de formación cuyo camino recién comienza a delinarse. Especialmente, agradezco a José Mauricio Domingues, por haberse dispuesto a acompañarme en este desafío, orientando y guiando mis reflexiones (por cierto bastante caóticas en muchas oportunidades). Quiero agradecer además a Adalberto Moreira Cardoso, cuyas clases motivaron buena parte de las inquietudes que inspiraron este trabajo. A todos los profesores que escucharon mis preocupaciones y se mostraron dispuestos a brindarme sus siempre pertinentes comentarios, también van dirigidos mis agradecimientos.

Mis compañeros, todos aquellos con los que he compartido disciplinas, me brindaron insumos para la reflexión y contribuyeron a hacer más amenas las interminables jornadas cotidianas de estudio. María Maneiro fue una interlocutora particularmente importante. No puedo dejar de expresar mi enorme gratitud para con todos los que hacen posible el funcionamiento de esta institución. Lía y Caroline estuvieron siempre dispuestas a allanar las trabas administrativas que muchas veces se interponen en nuestros recorridos académicos. Los comentarios siempre elogiosos y alentadores de Florita, han resultado un sustento emocional en momentos de tensión. Simone, desde la biblioteca, con su enorme paciencia y su buena disposición ha viabilizado buena parte de mis lecturas.

Debo agradecer además, el apoyo financiero que durante el primer año de estudio me ha proporcionado el CNPQ y el reconocimiento especial que durante el año siguiente me fue otorgado por la FAPERJ.

A todo el equipo del Laboratorio de Políticas Públicas (Río de Janeiro y Buenos Aires) agradezco el haber propiciado mi inserción en el campo académico haciendo del

trabajo colectivo una experiencia por demás enriquecedora. Especialmente, a Emir Sader, agradezco, además de su silenciosa pero inquebrantable contención (profesional y emocional), su enorme generosidad al permitirme participar de espacios hasta entonces inalcanzables y desconocidos. Con Mercedes Potenze inicié este recorrido y compartí gran parte de los miedos, risas, lágrimas, frustraciones y conquistas que me hicieron llegar hasta aquí.

Mis padres me enseñaron a construir ambiciones y a encarar desafíos con valentía, esfuerzo y humildad. Primero “a upa”, luego de la mano, más tarde mezclando mimos, abrazos, órdenes y retos, hoy intercambiando consejos y opiniones (y por qué no algunas que otras discusiones), siempre, poniendo a mi disposición todo y más de lo que esté a su alcance. A Pablo, Moia, Sofía e Ignacio debo innumerables carcajadas y las ganas de enfrentar cada día con el alma llena de alegría. Todos ellos, desde lejos pero muy cerca fueron, son y serán un sustento irremplazable.

Es a Pablo Gentili a quien corresponde éste y la mayor parte de mis logros. Además de su inconmensurable paciencia para escuchar y responder a mis temores, dudas e incertidumbres, sus chistes, sus dulces caricias, su firme compañía y su precioso amor son para mí una energía absolutamente imprescindible. A él debo la oportunidad de confirmar todas las mañanas que la felicidad es un camino interminable.

Río de Janeiro, diciembre de 2007

PRESENTACIÓN

En la presente disertación me propongo reflexionar acerca de algunas de las principales cuestiones y problemas que resultan centrales para la construcción de una teoría crítica sobre la lucha y la movilización social. De este modo, busco contribuir para la identificación de las tensiones y dilemas teóricos y prácticos inscriptos en los procesos de organización colectiva encarnados por movimientos, grupos y actores del campo popular.

Durante los últimos treinta años, la consolidación de un nuevo tipo societario anclado en el modelo capitalista neoliberal evidenció la alta concentración económica, política y simbólica en las capas dominantes, acompañada de una significativa pérdida del poder por parte de los sectores populares y estratos medios de la sociedad, cada vez más sumidos en la fragmentación y la heterogeneidad. En este contexto, el mapa de la movilización social se ha ido conformando de un conjunto de múltiples movimientos y organizaciones donde la marcada heteronomía se cristaliza en una amplia pluralidad de demandas y un conjunto de reivindicaciones desemejantes. Nos encontramos frente a un campo multiorganizacional en el cual colectivos de carácter muy diverso y heterogéneo actúan de forma muchas veces desarticulada. En un espacio de contornos variables donde las posibilidades de articulación de iniciativas y esfuerzos no resultan claras, actores muy dinámicos protagonizan procesos abiertos en los cuales podemos advertir, a la vez, una suerte de repliegue o cierre identitario y, por momentos, esfuerzos tendientes a avanzar hacia instancias de integración más amplias. El mencionado dinamismo nos confronta con un escenario sumamente ambivalente que es difícil de asir desde el punto de vista teórico y político. Es en este contexto que me propongo contribuir a la discusión.

Tal vez apresuradamente, pero aventurándome con el objeto de orientar las reflexiones que presentaré en este trabajo, observo que gran parte de los estudios sobre esta temática reducen su unidad de análisis a las expresiones o manifestaciones

emergentes de los procesos de movilización social, tendiendo a menospreciar los componentes estructurales inscriptos en los mismos. Resultan hoy en día frecuentes y sumamente minuciosos los abordajes sobre las características de la organización colectiva y sobre los formatos que adopta la movilización social. Los elementos que hacen a las identidades colectivas y los formatos de la acción aparecen como las grandes líneas de investigación predominantes en este campo de estudio. Sin menospreciar la enorme riqueza y relevancia analítica de estos abordajes, sostengo que la incorporación de elementos vinculados a las condiciones materiales en las cuales estos procesos se desarrollan resulta esencial para la construcción de esquemas analíticos que propicien una aprehensión crítica de la realidad.

Considero necesario ahondar en el fundamento de las problemáticas que subyacen a los procesos de movilización social. Dos aspectos resultan a mí entender ineludibles para avanzar en tal dirección. En primer lugar, sostengo que es necesario revalorizar la idea de sociedad como estructura de clases donde un conjunto de grupos antagónicos pugnan por hacer prevalecer sus prioridades e intereses en el marco de la lucha por el poder. En segundo lugar, considero imprescindible avanzar hacia la problematización de los vínculos entre los actores sociales organizados y el Estado, abordando a la acción colectiva en su dimensión política. Aun cuando las ideas provenientes de las teorías clásicas deban ser redefinidas a la luz de las actuales dinámicas sociales, su incorporación resulta a mi entender indispensable para la construcción de nuevas contribuciones que nos permitan afrontar los desafíos teóricos ante los cuales nos enfrenta la complejidad de estos procesos, en vistas a contribuir con reflexiones orientadas a la reformulación de las prácticas de movilización popular.

Luego de algunas consideraciones de carácter epistemológico que siguen a continuación, introduciré en el primer capítulo, a partir de una síntesis teórica de algunos conceptos fundamentales de la obra de Marx y Engels, el problema de la sociedad como estructura de clases, con el objeto de proporcionar un marco analítico para las discusiones desarrolladas en los capítulos posteriores. Abordaré así la visión de la historia de la humanidad entendida como la historia de la lucha de clases, el concepto

de clase y su pertinencia para el análisis de la realidad social, las ideas de clase en sí y clase para sí, las relaciones de dominación y el concepto de alienación¹.

En el segundo capítulo, sintetizaré los principales aportes teóricos presentes en las obras de Antonio Gramsci y Nicos Poulantzas, buscando identificar elementos para el análisis de los procesos de transformación y emancipación social, haciendo especial hincapié en el papel que el Estado puede cumplir en éstos. En tal sentido, abordaré las nociones de sociedad política y sociedad civil, la concepción ampliada del Estado, las ideas de hegemonía y transformación social, la noción de partido y el papel de los intelectuales en Gramsci. Por su parte, la inscripción de la lucha de clases en la propia materialidad del Estado que propone Poulantzas, nos aportará insumos esenciales para la reflexión.

En el tercer capítulo presentaré un breve mapeo sobre los principales posicionamientos teóricos y categorías empleadas en el campo del estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva, reflexionando acerca de sus posibles alcances, impactos e implicancias. En tal sentido, sintetizaré los elementos propuestos por los paradigmas de la identidad y la acción estratégica, procurando establecer sus límites y potencialidades para el análisis de los procesos de movilización social. Con este mismo objetivo, examinaré ideas de Nuevos Movimientos Sociales y Multitud.

Por último, propondré un conjunto de impresiones e inquietudes que, a modo de interrogantes, pretenden abonar para la construcción de una teoría crítica de la movilización social y la lucha popular.

Cabe mencionar que, dados los objetivos propuestos y los límites propios de la presente disertación, no haré especial referencia aquí a autores latinoamericanos, cuyos trabajos están fundamentalmente dedicados al análisis de las características y configuraciones que adquieren los procesos de movilización social en la región. Sin embargo, tal como lo expondré en las consideraciones finales, mis reflexiones y apreciaciones se sustentan en una mirada desde “este lado del mundo”.

¹ Los elementos contenidos en la perspectiva weberiana bien podrían aportarnos insumos para el análisis de los procesos de movilización social (especialmente, para el caso de los movimientos de carácter religioso). Sin embargo, la perspectiva marxista resulta, a mi entender, más adecuada para el análisis de las luchas emprendidas por los sectores populares, principales objeto de mi interés.

Algunas consideraciones de carácter epistemológico

Un debate analítico profundo sobre los procesos de movilización social y lucha popular requiere de la incorporación de elementos que, provenientes del campo de la teoría social, aporten estructuras conceptuales amplias para la discusión. El problema de los vínculos y mediaciones entre las teorías sociales de carácter general y el análisis de los problemas y fenómenos que enfrentan las sociedades contemporáneas constituye objeto de numerosas preocupaciones y debates en el campo de las ciencias sociales y humanas. Conceptualizaciones de carácter macro estructural y caracterizaciones circunscriptas al ámbito de lo micro social, parecen avanzar y desarrollarse por vías diferenciadas, sin encontrar canales fecundos de diálogo y complementariedad.

Por un lado, la teoría social responde a reflexiones generales, de carácter eminentemente filosófico, que abordan los fundamentos de las ciencias sociales y humanas, definiendo y conceptualizando sus principales problemas de análisis y estudio. De este modo, cuestiones tales como el orden social, los sistemas y estructuras que subyacen a nuestras sociedades, el poder, la identidad, la acción y la interacción aparecen como algunos de sus núcleos centrales de análisis. Por su parte, la teoría sociológica, cuyos orígenes coinciden con el advenimiento de la Modernidad, responde a reflexiones sobre las configuraciones y transformaciones del mundo actual. Los procesos de globalización y urbanización, fragmentación social, racismo, pobreza y exclusión, militarización y conflictos bélicos, movilización social y acción colectiva, constituyen algunos de sus principales problemas.

Buscando elementos que sirvan para una reflexión epistemológica y metodológica acerca de los vínculos entre estas diversas áreas del pensamiento social, examinaré brevemente a continuación los aportes de algunos autores.

Frente a la preeminencia de las funciones predicativas y explicativas de la sociología, impuestas fundamentalmente por las corrientes funcionalistas y destacando la importancia de incorporar conceptualizaciones teóricas de carácter general al análisis de la realidad social, Joeffry Alexander (1988) presenta los principales desafíos enfrentados por los movimientos teóricos emergentes en este campo. Sin descartar los componentes basados en caracterizaciones empíricas de la realidad, el autor defiende y

postula explícitamente la necesidad de avanzar en la construcción de apreciaciones discursivas que tiendan a conceptualizaciones teóricas generales acerca de la realidad social.

A partir de un recorrido por las corrientes dominantes en el campo de la teoría sociológica contemporánea, Alexander presenta los principales contrastes y oposiciones teórico metodológicos. Postula así, que no existen acuerdos o consensos claros sobre los elementos predominantes que componen el campo de las ciencias sociales. Según su diagnóstico, conceptos, definiciones y modelos teóricos se contraponen a hechos y fenómenos concretos en diferentes niveles y grados de generalidad. Dicha oposición impide la interconexión entre los mencionados niveles, cercenando la posibilidad de definir recortes que, articuladamente, abarquen los diversos universos y horizontes de análisis. De este modo, continúa el autor, caracterizaciones basadas en correlaciones entre variables empíricas sobre un fenómeno social determinado, raramente avanzan hacia el establecimiento de proposiciones o conceptualizaciones sobre dichas interrelaciones que establezcan términos y categorías de análisis más generales. Por su parte, modelos teóricos de carácter general suelen fracasar a la hora de intentar explicar procesos o fenómenos concretos (Alexander, 1988).

Contraponiéndose al paradigma funcionalista, Alexander propone un nuevo modelo teórico metodológico, argumentando que toda Teoría Social debe considerar aspectos concernientes a los *ambientes metafísico y empírico*, que se posicionan en los dos extremos de un continuum. En el primero, presuposiciones, modelos, conceptos, definiciones y clasificaciones de carácter general, definen reflexiones propias de los análisis macro sociales. En el segundo, leyes, proposiciones de carácter empírico, correlaciones, presupuestos metodológicos y observaciones, refieren a abordajes más allegados a los análisis de las dinámicas micro sociales. Desde esta perspectiva, presuposiciones y posicionamientos generales están presentes en todo y cualquier trabajo de carácter empírico, delimitando marcos teóricos que organizarán, en términos categóricos, las informaciones recopiladas. Dichas presuposiciones constituyen objetos de discurso y son, en muchos casos, discursivamente justificadas. Para Alexander, la oposición entre los términos *micro* y *macro* se corresponde con la existencia de abordajes teóricos contrapuestos en el campo de las ciencias sociales actuales. Por un lado, el conjunto de las llamadas teorías microsociológicas, allegadas a las corrientes de

la fenomenología y el interaccionismo simbólico, adoptan las interacciones individuales como objetos centrales de observación empírica. Por el otro, un conjunto de abordajes se proponen abarcar la totalidad del sistema social en su foco de análisis. Rechazando dicha oposición, el autor presenta los términos *micro* y *macro* como conceptos relativos que refieren, en todos los niveles de la organización social, a relaciones entre unas partes y un todo (Alexander, 1988).

Frédéric Vandenberghe (2004), por su parte, describiendo los desarrollos de las nuevas corrientes teóricas de la sociología, refiere a la emergencia, durante las décadas de 1960 y 1970, de un conjunto de perspectivas que proclamaban el fin de las grandes narrativas acusando a éstas de represivas y potencialmente totalitarias. En el marco de estas perspectivas teóricas, el carácter, el papel y la pertinencia de la Teoría Social aparecen fuertemente cuestionados, en la medida en que apuntan a la construcción de conceptualizaciones y posicionamientos generales acerca del mundo. Desde estos puntos de vista, argumenta el autor, los abordajes teóricos generales, además de carentes de sentido, resultarían en falacias, puesto que no existe la posibilidad de percibir al mundo en su totalidad. Por su parte, un conjunto de autores post-marxistas, afirmaban el advenimiento de un nuevo estadio de la historia y un nuevo tipo social, que se propagaba más allá de los paradigmas de la modernidad. El autor postula que la actual configuración del mundo moderno obliga a una reconsideración de las relaciones espacio – tiempo. Para Vandenberghe, la economía, la política y la cultura, en tanto subsistemas de nuestras sociedades, se encuentran, como nunca antes, interconectados e interdependientes, invocando la necesidad de desarrollar una conciencia del mundo como un todo (Vandenberghe, 2004). En este sentido, me atrevo a coincidir con el autor cuando afirma que la necesidad de avanzar en abordajes teóricos generales que desde diversos campos disciplinarios permitan analizar los fenómenos sociales en su complejidad aparece como inminente.

Las discusiones en torno a los límites y alcances de las denominadas teorías de mediano alcance constituyen aportes interesantes para profundizar los debates y reflexiones que he planteado hasta aquí. Describiré brevemente a continuación los elementos presentes en los mencionados abordajes teóricos.

Mostrando un fuerte compromiso con el funcionalismo y adoptando algunos elementos de las teorías de la acción - motivación, Robert Merton (1968) se opone explícitamente a la pretensión de proporcionar una teoría general para la sociología, a partir de una propuesta teórico metodológica que, paradójicamente, apela a categorías generales. Existen para el autor dos formas de hacer teoría que se presentan como incompatibles. Por un lado, los métodos inductivos, a partir de una recopilación de datos e informaciones como consecuencia de la observación directa de la realidad, se proponen explicar los fenómenos sociales pretendiendo, de este modo, avanzar hacia construcciones teóricas. Por otro lado, métodos deductivos intentan dar cuenta de los fenómenos sociales a partir de un conjunto de operaciones teóricas que operan por fuera de la realidad social. Sin embargo, observa Merton, la inducción no deviene en teoría y la deducción no consigue abarcar las dinámicas sociales. Mientras que las investigaciones empíricas no suelen preocuparse con cuestiones de orden general, las teorías generales no invierten esfuerzos en procurar las formas para tornarse absorbibles por parte de la investigación empírica. Frente a esta dicotomía aparentemente irreconciliable, el autor se propone presentar una alternativa.

Las teorías de mediano alcance constituyen una herramienta teórico metodológica que pretende establecer los ausentes puentes y nexos entre inducción y deducción, entre el ámbito de actuación de las teorías sociológicas y la teoría social, a través de la construcción inductiva de una teoría general. La observación de los fenómenos sociales permitirá aportar elementos que sirvan para la elaboración de concetualizaciones generales acerca de la realidad social. Escapando al dilema de la inducción – deducción, la investigación empírica y la teoría social, cuyas lógicas suelen operar separadamente, comenzaron a vislumbrar en esta propuesta metodológica algunos puntos de encuentro, por lo menos en tanto aspiración. A partir de estos posicionamientos, Merton se enfrentó radicalmente a la corriente liderada por Talcot Parsons. Frente a las lógicas de la aplicación de conceptos teóricos abstractos para avanzar hacia la comprensión de los fenómenos sociales, el autor propone una reconstrucción teórica de la realidad.

Aunque con resultados diversos y no siempre satisfactorios, este tipo de abordajes teóricos constituyen importantes enclaves para el avance hacia la consolidación de espacios de articulación entre teorías generales y perspectivas

empíricas que, articulando análisis macro y micro sociales permitan una apropiación efectiva de la complejidad de los fenómenos sociales.

A la luz de las consideraciones anteriores, sostenemos que una cuidadosa mirada de los clásicos de la teoría social que, sin redundar en intentos vanos por encapsular fenómenos en esquemas teóricos estancos, avance hacia una reformulación de los elementos por ellos propuestos, resulta sumamente pertinente para la profundización de las discusiones sobre las configuraciones del campo popular en el marco de los procesos de movilización social, las dinámicas adoptadas por la confrontación de estos actores con otros estratos de la sociedad, las expresiones y manifestaciones de la movilización y las configuraciones de la acción colectiva.

Son éstas algunas de las inquietudes que orientan mi trabajo. Me propongo indagar en los fundamentos del pensamiento social, con el objeto de consolidar un sustento teórico analítico que abone las reflexiones sobre los procesos de movilización social y acción colectiva.

CAPÍTULO I

La sociedad dividida en clases. Un abordaje desde la perspectiva marxista

Los procesos de movilización social y acción colectiva aparecen como el corolario de una serie de antagonismos y confrontaciones que tienen lugar en el seno de nuestras sociedades; como la expresión manifiesta del conflicto inherente a sus dinámicas. En este sentido, las reflexiones sobre los mismos suponen necesariamente el establecimiento de consideraciones básicas sobre los modos de organización y estructuración social. Las discusiones propuestas en la presente disertación parten de una concepción de la sociedad como estructura de clases, donde un conjunto de actores colectivos se enfrentan en la disputa por la consecución de determinados intereses.

El concepto de clase ha constituido, sin lugar a dudas, una de las categorías centrales de las tradiciones teóricas y discursivas emparentadas con los ideales de la izquierda política. Las nuevas configuraciones en los modos de producción capitalista, sustentadas en el avance de las tecnologías y las radicales transformaciones ocurridas en el mundo del trabajo a lo largo de las últimas décadas, han impulsado una suerte de desplazamiento de dicho concepto en el campo de la teoría social y los estudios historiográficos sobre el trabajo. A los ojos de muchos autores representantes del pensamiento neo marxista, así como de otras corrientes teóricas actuales, el desarrollo de la sociedad post industrial parece haber alterado las condiciones estructurales en las que la clase ejercía un papel central. De este modo, su relevancia en tanto herramienta teórica analítica parece haberse socavado.

Por su parte, la influencia de corrientes vinculadas al multiculturalismo en el campo de los estudios sobre los procesos de movilización social, contribuyen a la resaltar y enfatizar las identificaciones colectivas arraigadas en las características identitarias de los individuos, en detrimento de su posicionamiento en el marco de las nuevas relaciones sociales de producción. Existen hoy numerosos estudios abocados al análisis de las condiciones de grupos y actores particulares que, destacando sus aspectos

específicos y distintivos, procuran la comprensión de realidades también particulares. Estos tipos de análisis, muchas veces, tienden a desconsiderar los aspectos y condiciones que dichos actores y grupos particulares comparten con otros grupos y actores sociales, cuyas necesidades e intereses descansan en un trasfondo común. Sin desmerecer la importancia de este tipo de abordajes para el desarrollo de la teoría social, sostenemos que el abandono de categorías que den cuenta de las condiciones materiales de existencia que determinan el posicionamiento de estos actores en el marco de las relaciones sociales y, específicamente, en el marco de las relaciones de dominación, trae aparejado el riesgo de caer en una visión incompleta y fragmentada de la realidad.

De este modo, mujeres, pueblos originarios, determinados grupos raciales, minorías lingüísticas y minorías sexuales se tornan objetos de análisis y de discurso político. Me atrevo a conjeturar que esta actitud de aislamiento y fragmentación se reproduce asimismo al interior de los procesos de organización y movilización social, donde cada vez más grupos tienden a autodefinirse e identificarse en función de aspectos particulares y, en cierta medida, restrictivos, dificultando las vías para la articulación de estrategias de lucha de carácter sistémico y tendiendo hacia una atomización de la protesta social.

En este contexto, donde la desintegración política y social resulta cada vez más asustadora y evidente, sostengo que es indispensable la revitalización de la idea de clase social para contribuir al establecimiento y la reconstrucción de lazos al interior del tejido social. Con este espíritu, esbozaré a continuación algunos de los principales elementos propuestos por la perspectiva marxista².

El pensamiento marxista. Una primera aproximación

La obra de Karl Marx ha constituido uno de los principales aportes al campo de la teoría social clásica, suscitando las más diversas reacciones y críticas e inspirando un

² No pretendo adentrarme aquí en las discusiones en torno a la utilización del término “marxismo” o “marxista”, dado que las mismas exceden los objetivos propuestos. Me permito simplemente aclarar que por “perspectiva marxista” entenderé, a lo largo del presente texto, a las consideraciones teóricas propuestas por Marx y Engels. Cuando me refiera a la obra de sus seguidores lo explicitaré oportunamente.

sin número de también diversas interpretaciones a lo largo de la historia del pensamiento social. Su carácter heterogéneo y multidisciplinario, así como la amplia gama de temáticas abordadas por el autor han dado origen a numerosos debates, acusaciones y controversias epistemológicas en torno a sus alcances teóricos. Sin ánimos de entrar en las especificidades de los mencionados debates, me atrevo a afirmar que, muy lejos de las denuncias acerca del carácter doctrinario del sistema teórico propuesto por el autor, se esgrime una verdadera teoría crítica acerca de la lucha social y la transformación del mundo.

Las formulaciones teóricas de Marx acerca de la vida social están marcadas por su relevancia práctica para los ámbitos de la reflexión y la acción políticas. Aspectos políticos y sociológicos se articulan para formar parte de un mismo problema. La razón no constituye apenas un instrumento de aprensión de la realidad y la sociología no se limita a la descripción de las características de la vida en sociedad. Como explicitaré en breve, para Marx, el pensamiento debe sustentarse en el análisis de los procesos concretos que constituyen las bases de la vida social (Marx: 1846 [1965]). El establecimiento de las leyes de transformación que rigen los procesos y fenómenos sociales, se funda en el estudio de hechos concretos, de modo tal de poder expresar el movimiento de lo real en su conjunto. Sus reflexiones se sustentan en el análisis de fuerzas políticas reales al mismo tiempo que impulsan el compromiso político del proletariado.

El papel de los hombres en los procesos de estructuración social

Las consideraciones acerca de la naturaleza de las relaciones entre estructura y sujeto resultan sumamente esenciales para el análisis de los procesos de movilización colectiva en la medida en que aluden al papel de los sujetos en los procesos de transformación social. Las diversas construcciones teóricas que a lo largo del desarrollo del pensamiento social han sido elaboradas dando respuesta al mencionado interrogante suponen la asignación de una determinada potencialidad creativa a las acciones ejercidas por los actores en la configuración de los sistemas sociales. Las discusiones en

torno a este cuestionamiento traen naturalmente aparejadas fuertes implicancias políticas que atañen a los procesos de movilización social y acción colectiva.

La naturaleza de las relaciones entre estructura y sujeto en la historia de las sociedades humanas constituye evidentemente un problema que atraviesa el pensamiento marxista. Sin embargo, tal como afirma Perry Anderson, la solución propuesta presenta disyunciones que dan lugar a interpretaciones diversas. Para el autor, la obra de Marx evidencia una permanente oscilación entre dos principios explicativos divergentes: por un lado, el papel atribuido a la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en los procesos de transformación histórica refiere a una realidad estructural o interestructural; por su parte, la lucha de clases como motor de la historia revela la existencia de fuerzas subjetivas en permanente confrontación por el dominio y control de las formas sociales y procesos históricos. (Anderson, 1983: p. 39).

Desarrollaré a continuación estas dos líneas argumentativas con el objeto de abonar elementos para nuestra discusión.

En el *Prólogo de la Introducción a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, encontramos un conjunto de elementos que refuerzan el papel de las relaciones de producción en la determinación de las condiciones humanas de existencia. Marx argumenta que el conjunto de las relaciones de producción, que se corresponden con un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas, constituyen la base real sobre la cual se esgrime la superestructura jurídica y política y a la que corresponden, a su vez, determinadas formas de conciencia social. La determinación de los seres humanos responde, en esta afirmación, a fuerzas que escapan a su voluntad y a su propia conciencia. Enfatizando el argumento en esta dirección, el autor establece que la conciencia de los hombres no es quien determina su ser social sino que, por el contrario, es el ser social quien determina las formas de conciencia humana (Marx, 1859 [1974]: p. 12).

Por su parte, en los *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858*, la evolución histórica está estrechamente vinculada al desarrollo y la transformación de las formas de producción. A partir del análisis de las intermediaciones entre producción y consumo, el autor evidencia cómo los sistemas

productivos inciden en la determinación de las necesidades humanas (Marx, 1953 [1989]: p. 12). Además, al referirse a los procesos de distribución, afirma que los mismos, determinados por la organización de las estructuras productivas, determinan, a su vez, mediante leyes sociales, la parte del mundo de la producción que a cada sujeto corresponde (Marx, 1953 [1989]: p. 14 y 15).

Tal como sostendré en la presente disertación, el análisis de las determinaciones provenientes de las condiciones materiales de existencia asociadas a los vínculos que los sujetos mantienen con los sistemas productivos resulta un componente esencial para el análisis de los procesos de lucha y movilización social, en la medida en que contribuyen para la identificación de los elementos comunes que subyacen a las demandas de los diversos actores colectivos que componen el mapa de la protesta social. Particularmente, la consideración de este aspecto, nos sitúa frente al problema de la redistribución que, como argumentaré más adelante, debe constituir un elemento central en las plataformas reivindicativas de los movimientos sociales.

Sin embargo, prosiguiendo con la línea de razonamiento que vengo desarrollando, la sola consideración de las condiciones materiales derivadas de los modelos productivos en la configuración de las sociedades podría conducirnos a una sobredeterminación de la estructura sobre los sujetos sociales y una consecuente subestimación del papel de los mismos en los procesos de transformación social. Continuaré indagando en la obra de Marx para avanzar en esta dirección.

En *La Ideología Alemana*, nuevamente, la historia aparece claramente sustentada en las condiciones materiales de existencia y las modificaciones en ellas suscitadas por la acción humana. Los hombres, al producir sus propios medios de existencia producen indirectamente su vida material. Sin embargo, prosigue el autor, la forma en que los hombres producen sus medios de existencia y modos de vida está condicionada por la naturaleza de tales medios, cuya reproducción se hace necesaria en tanto se sustenta en modos de vida determinados. Y, además, lo que las personas son, depende de las condiciones materiales de su producción (Marx, 1846 [1965]: p. 15). Al referirse al plano de la construcción de la conciencia por parte de los hombres, el autor argumenta, en este mismo sentido, que la misma se da en estrecha vinculación con la actividad material. Activos en la producción de conceptos e ideas, los hombres son, sin embargo,

condicionados por la evolución de las fuerzas productivas y las relaciones que de ellas devienen (Marx, 1846 [1965]: p. 21).

Tal como queda expresado en el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, los hombres hacen su propia historia sobre circunstancias sometidas a su propia elección, pero legadas y transmitidas por el pasado (Marx & Engels, 1869 [1997]: p. 21).

A partir de estas afirmaciones vemos cómo los hombres parecen ser los creadores de los modos de vida que rigen su propia existencia a la vez que son condicionados por determinaciones provenientes de los medios con los que cuentan a la hora de emprender sus acciones. El modo en que ambas tramas argumentativas se yuxtaponen queda aún más evidenciado cuando el autor afirma que las circunstancias hacen a los hombres así como los hombres hacen las circunstancias (Marx, 1846 [1965]: p. 35).

Me atrevo a afirmar que lejos de resultar contradictorias o incompatibles, la forma en que ambas lógicas se articulan proporciona una herramienta teórica sumamente rica para el análisis de los procesos de transformación social. Los resultados materiales, producto de la acción de los hombres en períodos preexistentes crearían las condiciones en las cuales las nuevas generaciones producen sus condiciones materiales de existencia, traducidas en modos de vida particulares. Condiciones éstas que podrán ser, por consiguiente, alteradas en función de las orientaciones que devienen de la acción de los hombres. El espacio abierto a la creatividad humana y los condicionamientos materiales se constituyen de este modo en aspectos complementarios e interdependientes que intervienen en la estructuración de las sociedades.

La lucha de clases como elemento de estructuración social. La historia de la humanidad entendida como la historia de la lucha de clases

Tal como he expresado en los párrafos anteriores, la construcción de las condiciones de vida de los individuos por parte de su propia acción mantiene una estrecha vinculación con las fuerzas productivas y los medios de circulación. Como mostraré a continuación, las relaciones que los individuos pertenecientes a una misma

sociedad establecen entre sí están, en la perspectiva marxista, asimismo asociadas a su existencia material.

En *La Ideología Alemana* Marx afirma sistemáticamente la existencia de una ligación material de los hombres entre sí que, adoptado diversas formas a lo largo de la historia, es condicionada por las necesidades, por los modos de producción y por las consecuentes formas que adopta la división del trabajo (Marx, 1846 [1965]: p. 26 y 27). Los individuos aislados, se constituyen en una clase cuando encarnan una lucha común contra otra clase. Por su parte, prosigue Marx, la clase se torna independiente de los individuos en la medida en que las posiciones de vida de estos últimos y, consiguientemente, sus posibilidades de evolución personal, son condicionadas por la clase a la que pertenecen (Marx, 1846 [1965]: p. 54).

En el *Manifiesto Comunista*, buscando exponer los objetivos y la visión acerca del mundo sostenidos por el programa comunista, Marx y Engels expresan de forma contundente un conjunto de posicionamientos políticos articulados en torno a los argumentos de su teoría política y social. Tal como queda expresado en su célebre afirmación, para Marx y Engels, la historia de las sociedades es la historia de la lucha de clases. La explotación de una porción de la población por otra se presenta a los ojos del pensamiento marxista como una constante en la historia de la humanidad. Para los autores, independientemente de las características propias de las formaciones sociales a lo largo de los siglos, la división entre opresores y oprimidos estuvo siempre presente en los procesos de organización social. Las particulares condiciones de opresión y las formas de lucha que advienen con el surgimiento de la sociedad moderna, trajeron consigo aparejada una simplificación de los antagonismos de clase que pasaron entonces a articularse en torno a la oposición entre la burguesía y el proletariado. (Marx, 1998: p. 8). A lo largo de las páginas de *18 Brumario* queda evidenciado cómo la clase burguesa y la clase proletaria se configuran una en oposición a la otra. Las disputas y confrontaciones entre el *partido del orden* y el *partido de la anarquía*, (Marx, 1869 [1997]) evidencia que es el permanente conflicto entre los intereses el que las sustenta, perpetuando, asimismo, sus luchas.

La reflexión sobre los procesos históricos y la comprensión acerca de la estructuración social aparecen estrechamente imbricadas en la teoría marxista. Al

referirse a esta cuestión, Daniel Bensaïd argumenta que la referencia al pasado se integra en Marx a la comprensión del presente y posiciona al futuro como una incitación para la realización efectiva de las posibilidades manifiestas. El presente constituye asimismo una instancia en el proceso de estructuración social, permeable al surgimiento de resistencias producto de la acción política. En esta perspectiva, las posibilidades de transformación son intrínsecas al devenir de los procesos sociales (Bensaïd, 1999: p. 86).

De este modo, la reflexión histórica, a través de la elucidación de las formas de organización de la producción social, los grupos y clases que la constituyen, se esgrime como un elemento esencial de la práctica política y, por consiguiente, de las acciones promovidas por movimientos y organizaciones sociales, en la medida en que propicia y fortalece la construcción de las voluntades colectivas. Aproximaciones teóricas de este tipo deberán integrar la síntesis analítica, que contemple el alcance de las diversas dimensiones involucradas en un determinado contexto, y las prácticas protagonizadas por las clases sociales y grupos que actúan en las mencionadas circunstancias, concretando los desenlaces que devendrán luego en nuevos condicionamientos. La identificación de las formas específicas que adopta el modelo capitalista en cada situación particular y el estudio de los procesos por medio de los cuales estas formaciones fueron articuladas, constituyen momentos complementarios en el análisis de la realidad social. Tanto las dinámicas que garantizan la reproducción y permanencia de determinadas formaciones sociales, como aquellas que estimulan su transformación, deberán ser explicadas para promover la organización colectiva de los hombres.

Según el análisis marxista, la nueva configuración en las formas de estructuración social estuvo fundamentalmente determinada por un conjunto transformaciones en las formas de producción y circulación. El surgimiento de la manufactura, el progresivo avance de la producción industrial y el consecuente desarrollo de un mercado mundial constituyen algunos de los principales hitos que marcaron dichos procesos. En este contexto, formas de explotación abierta y directa vinieron a sustituir las antiguas modalidades de dominación encubiertas por prescripciones políticas y religiosas (Marx, 1858 [1998]: p. 9 y 10). En la era moderna, para Marx, la dominación sustentada en la expropiación por parte de un grupo de la fuerza de trabajo de grandes masas de la población se esgrime como un sistema que

legítimos vínculos sociales opresivos y jerárquicos. La libertad de comercio y la competencia se corresponden con formas de organización política y social que sustentan la dominación económica y política de una clase (la burguesía) sobre la otra (el proletariado). La concentración de la riqueza en manos de particulares y la multiplicación del capital constituyen las condiciones necesarias para la dominación de la burguesía; y el trabajo asalariado, basado en la competencia entre trabajadores, el principal eslabón en la expansión del capital. (Marx & Engels, 1858 [1998]: 19 y 20).

Tal como describen Marx y Engels, el desarrollo capitalista y la ampliación del poder de la burguesía estuvieron acompañados por el desarrollo y el fortalecimiento de los sectores proletarios, cuya existencia se originó en la lucha contra la clase dominante (Marx & Engels, 1858 [1998]: p. 14). A lo largo de su progresiva conformación, las dos principales clases que componen la sociedad albergaron en su interior una considerable diversidad de condiciones que determinaron numerosos estratos y sub-estratos, con grados de jerarquía diversos. La existencia de facciones al interior de la burguesía y el proletariado es destacada en las descripciones sobre los procesos del *18 Brumario*.

Los antagonismos de clase aparecen en esta propuesta teórica como los nodos en torno a los cuales se esgrimen y se articulan los procesos de estructuración de las sociedades. La historia ya no se configura como una mera manifestación del deseo o las aspiraciones de los seres humanos o como un producto exclusivo de la determinación de las condiciones materiales, sino como un proceso complejo en el cual intervienen, a la vez, la potencialidad creativa de los hombres y un conjunto de factores y condicionamientos derivados de las condiciones sociales, la distribución de los bienes materiales, las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

Oponiéndose al providencialismo religioso, que atribuía a dimensiones externas el acontecer de los fenómenos humanos, legitimando el poderío de aquellos encargados de develar el mandato divino y al pensamiento histórico liberal, que proponía una falsa imagen donde sujetos individuales se tornaban seres sociales a partir de la asignación de un pacto que suponía la obediencia a una instancia supuestamente vocera y defensora de la voluntad general (el Estado), la concepción marxista de la historia formula la idea de un proceso social que contiene en sí mismo las fuerzas capaces de articular las más profundas transformaciones en su seno. De este modo, los procesos históricos y sus

transformaciones ya no podrán ser concebidos al margen de las formas de estructuración de los conflictos sociales.

A lo largo de las consideraciones expuestas, destaqué que los vínculos entre estructura y proceso constituyen un elemento central en la concepción marxista sobre las dinámicas de la organización social. La producción de la vida social demarca las condiciones en el marco de las cuales los individuos y las clases conducen su existencia. Aquello que aparece como dado y aquello plausible de ser construido se posicionan en polos de una permanente tensión entre fuerzas reproductoras e impulsos transformadores. A los determinantes económicos que emanan del sistema instituido se imponen elementos políticos que contienen semillas instituyentes de cambio social. El papel determinante del pasado heredado contribuye a la configuración de los hombres, las clases, los grupos y sus vínculos entre sí, según determinadas formas de organización. Por su parte, las luchas y resistencias que residen en el seno del propio sistema detentan un espacio de indeterminación donde la potencialidad creativa de la acción humana adquiere una envergadura considerable. Movilizado por la acción de los hombres, el futuro aparece en este esquema teórico como la consolidación de una alternativa contenida en un espectro de posibilidades inscripto en el presente.

Así como las condiciones de vida de los seres humanos, las potencialidades emancipatorias de los hombres se fundan en acciones sustentadas en la acumulación de experiencias de sus antepasados. Tal como queda expresado en el *18 Brumario*, para Marx y Engels, es en las voces de sus antepasados, en el espíritu revolucionario acuñado en las revoluciones encarnadas a lo largo de la historia de la humanidad, que los hombres encuentran las fuentes inspiradoras y las fuerzas necesarias para la emancipación. (Marx, 1869 [1997]: p. 22).

Las relaciones de dominación y el concepto de alienación

Vimos como, en la perspectiva marxista, la dominación de un conjunto de la población sobre otro aparece como una constante en el devenir de la humanidad que, adquiriendo diversas formas y modalidades ha contribuido a lo largo de los siglos para la estructuración de la vida social. Las relaciones de dominación determinan el vínculo

entre los seres humanos, grupos y clases, amparadas en las diversas formas de acceso a los procesos de producción y distribución de bienes materiales. Se constituyen en este sentido como un eje articulador indispensable para la reproducción del orden social. La dominación no es un hecho acabado, constituye, sin embargo, un proceso por medio del cual las clases dominantes llevan adelante esfuerzos continuados para mantener el orden jerárquico sobre el cual se esgrimen. Como veremos a continuación, es la propia condición de dominación, a través de las consecuencias derivadas de las condiciones de explotación por ella suscitadas, una de las principales fuerzas motoras que impulsan a los sujetos individuales y colectivos a luchar por la transformación de sus condiciones de existencia. La dominación opera, en Marx, a la vez como elemento reproductor y como agente de movilización social.

El capitalismo se evidencia en la obra de Marx como una relación de dominación social sustentada en un determinado modo de producción (el industrial), en la división del trabajo y en una creciente subordinación de la vida social al sistema productivo. En el diagnóstico que el autor hace sobre este modo de producción, la escisión de los trabajadores de los instrumentos y medios de producción aparece como una de sus marcas más evidentes. Las relaciones que los trabajadores establecen en estas particulares condiciones tienden a suplantar las potenciales formas de organización política por formas de asociativismo social (Marx, 1858 [1998]).

El fetichismo de la mercancía, la creciente propagación de las lógicas de consumo y la evidente supremacía de los intereses del capital financiero internacional sustentados en la necesidad de garantizar las condiciones de subsistencia de la mano de obra asalariada, necesaria para la expansión productiva, contribuyeron para la configuración de un escenario político y social basado en la promulgación de la libertad de comercio (Marx, 1858 [1998]).

Se observa asimismo en las afirmaciones de Marx cómo la dominación de clase se manifiesta en las dimensiones económica, política y cultural, conllevando un conjunto de diversas facetas relacionadas (Marx, 1846 [1965]). La imposición de un modo de conciencia en tanto dominante a partir de la dominación de una clase sobre el resto de la sociedad parece sumamente pertinente para analizar el modo en que la uniformización de los parámetros productivos y la imposición de pautas de consumo

universales vigentes en nuestros días son acompañados por una pasteurización de las identidades culturales.

Para Marx, en el régimen capitalista, las estrategias para el aumento y la expansión de las fuerzas productivas se articulan en base al perjuicio de los trabajadores, transformándose en medios de explotación y dominación que someten a los sujetos oprimidos a condiciones de degradación intelectual, moral y espiritual. Los conocimientos involucrados en los procesos productivos son escindidos de su acontecer cotidiano y apartados del alcance de los trabajadores, cuyo saber se limita al ejercicio mecánico de una función parcial. El contenido del trabajo se desintegra en un conjunto de fragmentos atomizados, carentes de sentido. Los sujetos involucrados en la cadena productiva se convierten así en objetos de fácil recambio, física y mentalmente mutilados. Tal como lo afirmara el autor en *El Capital*, obligados a vender su fuerza laboral, los trabajadores modernos se convierten en meras mercancías, sublimando la dignidad individual al valor de cambio (Marx, 1885 [1991]: p. 203).

En las consideraciones anteriores se observan los principios que sustentan la idea de *alienación*, elemento central en el diagnóstico marxista acerca del mundo moderno que se presenta asimismo como un eje articulador para la organización de las masas operarias. Como veremos a continuación, la misma se sustenta en el análisis de hechos económicos de carácter histórico.

En el diagnóstico propuesto por Marx, la creciente expansión de la maquinaria y la tecnología, la segmentación de los procesos productivos y la creciente división del trabajo en las fábricas tornaron las labores simples y monótonas, reduciendo el valor del trabajo a los medios de subsistencia necesarios para la reproducción de la masa operaria. La pérdida del conocimiento y del control por parte de los trabajadores sobre los procesos productivos y su consecuente desinterés sientan las bases de un proceso de enajenación que los convierte en meros apéndices de la máquina. La máquina se inscribe en el seno de las condiciones de opresión que rebasan así los vínculos entre opresores y oprimidos (Marx, 1848 [1998]: p. 14).

Giddens argumenta que la idea de alienación en Marx representa el pasaje de una categoría ontológica general a un contexto social e histórico específico. Sin embargo, argumenta el autor, las referencias al concepto se presentan como enigmáticas

y elípticas al vincularse dos fuentes argumentativas diversas que generan ciertas contradicciones. Por un lado, cuando aparece asociada a los análisis estrictamente económicos, la alienación es definida en el lenguaje de la economía política. Cuando la noción es discutida directamente, ésta se configura en términos filosóficos. Según Giddens, en los *Manuscritos de 1544*, la alienación sugiere una denegación de las potencialidades creadoras, condición abstracta y natural del hombre en tanto especie, en función del carácter restrictivo del capitalismo. La alienación se funda, en esta acepción, en la propia especie humana. Por su parte, continúa el autor, más adelante Marx afirmará, contrariamente, que es el poder determinante del capitalismo y, consecuentemente, la condición social de los hombres, el pilar donde se fundamenta el principio de alienación. La contradicción reside, para Giddens, en la superposición del potencial generador específico a la sociedad capitalista y la frustrada realización del mismo (Giddens, 1974: p. 14 y 15).

Para Marx, la magnitud del poder alcanzado por los actores dominantes determina el grado de articulación y la estabilidad de las condiciones de opresión. De este modo, a mayor poder de subordinación, mayor será el grado de cohesión al interior del sistema social y mayor serán también los alcances e impactos alienatorios de las clases subordinadas. Sin embargo, lejos de conformar estructuras acabadas y estáticas, las relaciones de dominación, así como los procesos de alienación en ellas circunscriptos, son determinadas por relaciones de fuerza intrínsecamente conflictivas. El conflicto adquiere niveles de intensidad variados y aparece como un espacio abierto para el advenimiento de acciones emancipatorias. En este sentido, la capacidad de las clases subordinadas para resistir las condiciones de opresión a las cuales se ven sometidas contribuye asimismo para la determinación de la correlación de fuerzas en un determinado contexto social. Esto me provoca sugerir que la emancipación emana desde abajo, de las profundas raíces donde se encarnan la degradación de la existencia, la opresión y la sumisión.

Conflicto, dominación y alienación son para Marx inherentes a las sociedades divididas en clases, pero no inherentes a la condición humana. Siguiendo esta línea de razonamiento me permito asimismo afirmar que las relaciones jerárquicas, las condiciones de privilegio, la subordinación de grandes masas poblacionales a los intereses de unos pocos, la explotación, la desigual distribución de bienes materiales, el

diferenciado acceso a los medios de producción y circulación constituyen elementos propios de un sistema económico, político y social acorde a un modo de producción particular: el capitalista. Sin embargo, estas características no provienen del carácter social de la condición humana. Como veremos más adelante, el advenimiento de una sociedad sin clases aparece, en Marx, como un paso indispensable para la supresión de las mencionadas características, el punto de partida para el acceso a condiciones de vida dignas y la condición para la emancipación humana.

Clase en sí y para sí

Como ya he expuesto algunos párrafos atrás, las clases se constituyen en tanto tales unas por oposición a las otras, ancladas en un permanente proceso de lucha que involucra la confrontación de intereses y cuyos resultados se plasman en los modos productivos y las consecuentes estructuras de dominación. La lucha contra la burguesía constituyó la primera condición de existencia de las clases proletarias y el sentido que dio progresivamente origen a su posterior organización política. Tal como lo afirmara Marx, a los esfuerzos emprendidos por los trabajadores en forma individual por mejorar sus condiciones de existencia prosiguió la lucha de los empleados de una fábrica, de los trabajadores de un ramo de la producción, en una localidad y, posteriormente en una nación (Marx & Engels, 1848 [1998]: p. 15). El proceso de consolidación de las clases operarias implicó necesariamente el establecimiento de objetivos comunes en contraposición a los intereses capitalistas y la promoción de iniciativas colectivas.

El metafórico ejemplo propuesto por Marx en el *18 Brumario* para aludir a la desintegración de las masas campesinas, estado que preexiste a la formación de la clase, asemeja las formas en que las mismas están conformadas al modo en que las papas constituyen una bolsa de papas (Marx 1869 [1997]: p. 126). Esta elíptica afirmación supone considerar que la simple adición de elementos homólogos o la simple semejanza en las condiciones de existencia, no bastan para el surgimiento de una clase social. Será preciso, sin embargo, considerar la oposición de las mencionadas condiciones sociales de existencia, oponiendo asimismo sus respectivas formas de vida, sus intereses y su cultura a las de otras clases de la sociedad. Sin embargo, continúa argumentando el

autor, en tanto y en cuanto la similitud de sus intereses no genere una comunidad entre los sujetos, una ligación a nivel nacional y una organización política, no estaremos ante la presencia de una clase (Marx 1869 [1997]: p. 126 y 127).

Tal como argumenta Marx, las condiciones económicas transformaron, en un determinado momento, a las masas campesinas en operarios que, sometidos a la dominación del capital comenzaron a compartir un conjunto de intereses. Se constituyó entonces el proletariado como una clase en relación al capital, como un conjunto de individuos que compartían una situación común y un conjunto de intereses contrapuestos a los de la burguesía. Sin embargo, para el autor, esta clase no se constituirá en una clase por sí misma hasta tanto no se torne una masa unida a través de la lucha y sus intereses se conviertan, por tanto, en intereses de clase (Marx 1847 [1987]).

Nuevamente vemos que será preciso que aquellos individuos que comparten unas determinadas condiciones de existencia se identifiquen como un cuerpo colectivo en contraposición a otros y determinen un conjunto de intereses y objetivos a ser conquistados en un horizonte de lucha para que compongan una *clase social para sí*. En la medida en que la similitud en las condiciones de existencia no devenga en la identificación de intereses colectivos y en la conformación de una identidad comunitaria, los grupos de individuos permanecerán circunscriptos a la condición de masas. En la perspectiva marxista, carente de conciencia, la clase trabajadora constituye apenas un grupo poblacional. Es mediante los procesos de lucha por una mejora en las condiciones de existencia que las masas determinan intereses comunes y se tornan en clases con autoconciencia propia.

Ralph Miliband argumenta que coexisten en la noción de clase trabajadora, tal como la define Marx, una *dimensión subjetiva* y una *objetiva*. La primera tiene su origen en la proclamación acerca de la organización política y radica en la voluntad y la conciencia en ella necesariamente implícitas. La segunda se refiere a la idea de trabajador productivo, vinculada a la generación de la plusvalía y, de este modo, a la expansión del capital (Miliband, 1979: p. 27).

La mencionada *dimensión subjetiva* de la clase social, que radica en la noción de *conciencia de clase* posee una relevancia primordial en términos políticos, en la medida

en que contribuye para la articulación de acciones de lucha y confrontación orientadas a la transformación de las condiciones sociales de existencia. Como vimos, para Marx, tanto las *ideas dominantes* como las *ideas revolucionarias* constituyen la expresión de los intereses de determinadas clases sociales, en la procura por imponer su dominio sobre una la base social. (Marx, 1846 [1965]: p. 46 y 47). Es la aparición de esta *conciencia* la que determina el surgimiento de la *clase para sí*.

Existen en el amplio espectro de perspectivas que componen el campo de la historiografía del trabajo y la teoría social, consideraciones diferentes sobre las características que los grupos deben cumplir para ser considerados una clase. Los límites que estipulan el pasaje a la condición de clase han sido definidos de diversas formas dando lugar a una serie de debates y reflexiones en torno a los alcances y sentidos del concepto. Como veremos, existen inclusive discordancias en cuando al período histórico asignado al surgimiento de la clase obrera. Diversos autores describieron y narraron cuidadosamente los procesos de conformación del proletariado, proporcionando datos empíricos e historiográficos que dan cuenta de la complejidad inscrita en la construcción de las instituciones y organizaciones obreras. Estos trabajos evidencian asimismo la existencia de las numerosas instancias que precedieron a la constitución de la conciencia de clase. Me permito en las próximas líneas referirme a la obra de Thompson ya que representa un esfuerzo sistemático y riguroso donde el establecimiento de consideraciones acerca de la noción de clase se sustenta en el análisis de procesos empíricos. Su propuesta metodológica, así como la riqueza de las descripciones en torno a la conformación de la clase obrera, constituyen elementos que merecen ser apreciados a la hora de encarar el abordaje de los procesos de movilización social y acción colectiva.

A partir de un estudio empírico sobre el origen y el proceso de conformación de las instituciones y organizaciones de trabajadores en Inglaterra, Thompson (1978), establece apreciaciones teóricas acerca la noción de clase social. Posicionándose contra el marxismo ortodoxo, el autor propone un conjunto de proposiciones que implican una profunda redefinición del concepto clase. El autor intenta reconstruir los eventos protagonizados por los trabajadores ingleses, atribuyendo una causalidad situada desde el punto de vista de los propios actores. Para Thompson, siguiendo la tradición marxista, la historia se estructura en torno a la lucha de clases. Y son los resultados de

esta contienda los que definirán el devenir de la humanidad. Sin embargo, el autor introducirá una novedad en el análisis de estos procesos. Las clases, en tanto tales, se constituyen en su propia lucha. El “hacerse” implica un movimiento activo que responde tanto a la acción humana como a los condicionamientos externos (Thompson, 1987). Un proceso cuyas consecuencias no necesariamente implican la conformación de una clase con autoconciencia o conciencia de sí ni, mucho menos, suponen la concreción de la tan ansiada revolución del proletariado. La clase, *por sí* se hace presente en su propio proceso de formación

De este modo, el autor cuestiona las teorías que concebían a las clases como la base o el soporte de la estructuración social. Cuestiona también los posicionamientos teóricos que defendían la idea de que las clases decorren de la estructura productiva, conformándose simplemente en función de la posición que ocupan y la función que cumplen en los procesos de producción. Para Thompson, el lugar que los individuos ocupan en la estructura productiva no determinará por sí mismo la conformación de las clases sociales. Será preciso que estos individuos se identifiquen en contraposición a otros. Las clases se constituyen unas por oposición a las otras en un proceso de constante mutación, cuyas consecuencias y devenir son impredecibles (Thompson, 1987).

Al adentrarse en el estudio del movimiento ludista, el autor afirma que fue la amenaza de desestructuración del orden de la vida laboral y social, que devino de la introducción del uso de maquinarias en las fábricas, lo que motivó su rebelión. La contraposición era fundamentalmente a la disolución de un mundo por ellos considerado injusto. Con una incipiente organización clandestina, los trabajadores comenzaron a multiplicar los reclamos en defensa de sus derechos sociales y políticos. El autor destaca que la tradición de clandestinidad inscripta en estos procesos de militancia, imposibilitó en buena medida la articulación efectiva de las fuerzas del movimiento. En este sentido, defiende la idea de que el análisis del proceso de conformación y las acciones emprendidas por el movimiento ludista no deben reducirse al problema económico, sino que deben asimismo considerar la dimensión social implicada en los mismos, así como el problema del status del trabajo (Thompson, 1989).

La cultura del trabajo aparece en la obra de Thompson como un componente central para explicar la posición que las personas ocupan en la estructura social y relacional. Esta cultura, así como la conciencia de clase, lejos está de resultar homogénea, presenta un gran número de matices que definen el carácter complejo de los procesos de conformación de las clases. Para el autor, varias culturas y tradiciones se reproducen en momentos y lugares diferentes, dando origen a una enorme multiplicidad que se reúne en la conciencia de clase. Sin embargo, afirmará Thompson, la cultura no basta para dar lugar a la construcción de la identidad de clase. Es la conciencia la que constituye a la clase, siempre por oposición a otras (Thompson, 1987).

Tal como lo argumenta Thompson, así como las clases, los lugares que las personas ocupan en el ordenamiento social se constituyen unos por oposición a otros. En permanente construcción, no se constituyen como compartimientos fijos o estancos, sino que adquieren significados diversos. El orgullo por el trabajo y la conciencia de clase son reconstruidos en forma permanente y traspasados de generación en generación, dando origen a una cultura de clase. Para Thompson, la clase no existe en la estructura sino que existe en la historia. Ella es el proceso de su propio “hacerse”. En este sentido, la clase y la conciencia de clase posibles son las que existen, tal como ellas existen (Thompson, 1987).

La idea de *experiencia* adquiere, por su parte, un importante papel en este modelo teórico, en tanto que alberga el problema del lenguaje y el discurso de la clase. La experiencia de una clase es y tiene sentido por oposición a otras clases. Es en esta disputa que las clases se conforman. Se constituyen al tiempo que otras clases se constituyen. La experiencia es el espacio de las diferencias y el conflicto entre posiciones, donde un conjunto de simbologías contribuyen a la constitución de las identidades colectivas. Aunque algunos autores critican la ausencia del análisis sobre el discurso y los símbolos en Thompson, esta cuestión está presente en su obra (Thompson, 1987)³.

Para Thompson, los procesos de dominación están conformados por mecanismos de convencimiento que implican la determinación parcial del lugar que las personas

³ Joyce objeta la ausencia en la matriz teórica thompsoniana de elementos que den cuenta de los componentes simbólicos y culturales implícitos en los procesos de conformación de la clase obrera.

ocupan en la sociedad. Estas posiciones, como vimos, se definen unas en relación con las otras y en relación al poder. El proceso de trabajo esconde intrínsecamente en sí la plusvalía y la dominación. Los trabajadores se someten amparados en el terror impuesto por el mercado que radica fundamentalmente en los costos aparejados a la pérdida del empleo. La reacción a la máquina, aunque atribuida a diversos significados, en el fondo constituye una reacción a la muerte.

El problema acerca de los motivos que llevan a los hombres a rebelarse está presente a lo largo de toda la obra de Thompson. Sin embargo, el autor concebirá la pregunta en su forma contraria. Establecerá así que los hombres no se revelan porque el orden es más confortable que la trasgresión (Thompson, 1987). Según el autor, las personas cuentan con un conjunto de condiciones que otorgan significación y sentido a sus vidas, entre las cuales se encuentra la posición que ocupan en la estructura relacional de la sociedad. Thompson intenta mostrar que son las amenazas o atentados a dichas condiciones los que pueden ocasionar una revuelta por parte de los grupos o actores involucrados. El deseo de seguridad y estabilidad se esconde tras la reivindicación de los derechos y garantías sociales. Sin embargo, la revuelta frente a la posible destrucción del orden, no necesariamente ocurrirá. Ésta estará sujeta a un conjunto de condiciones históricas y sociales que no pueden ser determinadas a priori.

La obra de Thompson se constituye, sin lugar a dudas, como un hito indiscutible en el campo de la historiografía del trabajo y la teoría sobre las clases sociales. Su propuesta metodológica, que rompe con las formas tradicionales de encarar el análisis de los procesos de conformación de las clases trabajadoras, ha sido ampliamente difundida, inspirando muchos estudios posteriores en este campo. Abordajes anclados en experiencias nacionales y estudios referidos a la conformación de otros grupos y clases sociales, se sucedieron durante las décadas posteriores a la publicación de los sus trabajos. Por otra parte, las conceptualizaciones acerca del concepto de clase social, suscitaron importantes debates en el campo político e intelectual. No fueron pocas las voces que, desde diversas corrientes teóricas y políticas, se levantaron contra la propuesta thompsoniana, fundamentando críticas y respuestas⁴.

⁴ Las conceptualizaciones propuestas por Thompson, suscitaron numerosas críticas y respuestas provenientes de diversos campos disciplinares. Además de la apelación a la incorporación de elementos simbólicos, desde el campo de las teorías de género, se rechaza la indiferencia al papel de la mujer en los

Examinaré a continuación la reacción de Erik Hobsbawm frente a la propuesta thompsoniana ya que versa en torno a las diferenciaciones de la *clase en sí* y la *clase para sí*. Hobsbawm discute los argumentos de Thompson, destacando la centralidad del papel de la *conciencia de clase* en los procesos de su conformación. Para Hobsbawm, la clase se constituye en su propio devenir pero sólo merece ser considerada como tal cuando incorpore la autoconciencia. De este modo, el autor retoma la diferenciación entre *clase en sí* y *clase para sí*.

En este sentido, rechaza el momento de constitución de la clase obrera inglesa establecido por Thompson, afirmando que en 1882 los trabajadores ingleses no tenían elementos para ser considerados una *clase para sí*. Incorpora a las concepciones de clase y conciencia de clase el análisis sobre la vida cotidiana de los trabajadores, en tanto actores que comparten un conjunto de actividades, símbolos y costumbres comunes. Para el autor, la clase y la conciencia de clase no devienen simplemente de una semejanza en las condiciones de existencia, sino que implican una afirmación de dicha similitud en el accionar cotidiano. Define así un conjunto de presupuestos ideológicos propios de la clase obrera como características distintivas que la diferencian de otras clases sociales (Hobsbawm, 1981 y 1987).

La complejidad de las apreciaciones anteriores y las divergencias entre ellas evidentes reflejan una cierta indeterminación del concepto de clase en el esquema teórico propuesto por Marx. Giddens argumenta que los análisis sobre la clase en Marx están principalmente dirigidos a la explicación de las estructuras y dinámicas de dominación presentes en la sociedad burguesa, relegando la precisión teórica del concepto a un segundo plano. (Giddens, 1974: p. 36 y 37). Explica de este modo, las variadas apreciaciones que acerca del mismo Marx propuso a lo largo de su obra. Tal como lo afirma el autor, la cuestión acerca de qué es lo que constituye a una clase aparece explícitamente formulada en la obra de Marx recién en algunos de sus últimos escritos donde, inclusive, afirma que la clase no debe ser entendida teniendo en cuenta la posición funcional de los individuos en la división del trabajo. Esta consideración se contradice abiertamente con las anteriores conceptualizaciones establecidas en por Marx cuando afirma a las clases como un aspecto de las relaciones de producción.

procesos de conformación de la clase obrera. Otros autores han asimismo criticado la ausencia de un tratamiento sobre las cuestiones vinculadas al ámbito de la vida privada.

A la luz de las conceptualizaciones expuestas en torno a las ideas de *clase en sí* y *clase para sí*, me permito acordar con Giddens cuando afirma que existen algunas contradicciones y divergencias en la concepción marxista sobre las características y condiciones que llevan a las masas a constituirse en una clase social. Me queda claro, sin embargo, que las clases, en tanto tales, no pueden ser entendidas en esta perspectiva como instancias reducidas a determinados atributos portados por sus unidades individuales ni a una mera sumatoria de las mismas. Asimismo, el carácter relacional dado por la necesaria contraposición de sus componentes con los de otras clases, aparece como esencial. Las clases constituyen así totalidades relacionales que, de forma eminentemente antagónica, establecen entre sí relaciones y vínculos de confrontación. Asimismo resulta evidente que Marx postula en algunas instancias de su obra el surgimiento de intereses comunes como objetivos de lucha y la organización política como condiciones necesarias para la conformación de una *clase para sí*. En este sentido, los contradictorios intereses de opresores y oprimidos se enfrentan permanentemente en un proceso conflictivo que acompaña el devenir de las transformaciones sociales.

De todos modos, y a pesar de la mencionada indeterminación teórica, considero sumamente pertinente para el análisis de los procesos de movilización social percibir la diferenciación entre aquellos grupos cuyos integrantes comparten una condición de existencia similar con relación a otros grupos albergando de este modo un potencial para la organización colectiva [clase en sí] y aquellos cuyos intereses comunes efectivamente se articulan en un objetivo de lucha [clase para sí]. Más allá de la nomenclatura que usemos para designar estos dos momentos o estados presentes en la conformación de la clase, considero su identificación un paso esencial.

Emancipación política y emancipación humana. El papel del Estado

Si bien reconocemos que la discusión sobre la idea del Estado en Marx constituye una cuestión sumamente compleja que ha dado lugar a numerosas interpretaciones, me propongo en los próximos párrafos delinear algunas ideas sobre la naturaleza del papel a éste asignado por la teoría marxista. Tal como sugiero en el presente trabajo, los vínculos entre los actores sociales y el Estado constituyen un

elemento esencial para el análisis de las dinámicas y alcances de los procesos de movilización social. Veamos qué herramientas teóricas podemos extraer de la propuesta marxista.

Muchos autores cuestionan la presencia de una teoría del Estado en Marx y muchos otros son los que reconocen la importancia que el Estado y la política adquieren en su propuesta teórica. Emir Sader, reconociendo las ambigüedades que impregnan estos elementos, asume que los análisis políticos de Marx se abocan a reconocer las formas de existencia que la política y el Estado adquieren en los modos de producción presentes en las diversas situaciones históricas. Argumenta, asimismo, que la sistematización acerca de los conceptos y apreciaciones sobre la política quedó pendiente tanto en la obra de Marx como la de sus sucesores inmediatos, dadas las urgencias prácticas que los llevaron a abocarse al análisis de procesos políticos concretos. Sader afirma que lo político y las consideraciones sobre el Estado encuentran su lugar en Marx en el entrecruzamiento de los análisis sobre la evolución del orden cronológico y la conexión orgánica que determina una estructura social, de donde deviene su carácter ambiguo y las modificaciones bruscas en su papel (Sader, 1993).

Invirtiendo la hipótesis hegeliana, donde la comprensión de los procesos de configuración social está supeditada a las formaciones estatales, Marx postula a las contradicciones que emanan de los antagonismos sociales como la vía de acceso y el fundamento del Estado. El Estado constituye un fenómeno propio de un período histórico particular, cuya configuración responde a un ordenamiento social específico. Es la forma por medio de la cual los individuos de una clase dominante hacen valer sus intereses comunes (Marx, 1846 [1965]). El Estado moderno, al servicio de los intereses de la burguesía dominante, se articula en torno a un conjunto de instituciones cuyas funciones se orientan al beneficio de unos pocos, mientras garantizan las condiciones necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo, ineludible para la expansión del capital. Las clases dominantes, en cuyas manos se concentra el control de los medios de producción, son las encargadas de definir sus orientaciones políticas. Podemos deducir entonces que se configura, en este sentido, como un instrumento que organiza y acompaña el devenir de la lucha de clases.

En diversos momentos de la obra de Marx, la toma del poder aparece como un elemento imprescindible para la revolución comunista. Tal como lo postula el Manifiesto, el primer paso para la revolución de los trabajadores es el ascenso del proletariado a la situación de clase dominante y, por tanto, a la conquista de la democracia. Únicamente el predominio político permitirá al proletariado, constituido como clase dominante, avanzar hacia la progresiva concentración de los medios de producción. Y, una vez capaz de definir las orientaciones políticas y económicas, establecer las necesarias restricciones al derecho de propiedad sobre el cual se sustentan las relaciones burguesas de producción (Marx, 1848 [1998]: p. 28).

A la luz de estas consideraciones, me atrevo a argumentar que la transformación radical del Estado se asocia a una profunda alteración en la configuración de las relaciones de dominación, a su vez supeditada a modificaciones en las formas de acceso y el control de los medios de producción, distribución y circulación material.

Ya en sus Escritos de Juventud, más específicamente, en *La Cuestión Judía*, Marx abordaba el problema de la naturaleza del Estado y la liberación de los hombres, analizando la historia de un pueblo, los judíos alemanes, en busca de su emancipación cívica y política. Retomando los argumentos de Bruno Bauer⁵, discutiendo y reformulando algunas de sus principales proposiciones, Marx define la emancipación humana y el papel del Estado en éste proceso. El pensamiento de Bauer representaba en la Alemania de la época una expresión de las corrientes de la Revolución Francesa que vislumbraban en la política y en el Estado los medios para la emancipación.

Las afirmaciones de Bauer sobre las cuales Marx construye su argumento, versan en torno a la situación política de la Alemania de mediados del siglo XIX, donde el pueblo judío reclamaba participación en el Estado cristiano. Según Bauer, los judíos, manteniendo su culto a costas de los derechos civiles, gozaban de una situación particular con respecto a las prerrogativas religiosas impuestas por el Estado. Tal como

⁵ Discípulo directo de Hegel, Bruno Bauer estuvo primeramente vinculado a las posiciones consideradas de derecha en el marco de la corriente hegeliana, que identificaban en la Prusia de la época, cuyo grado de desarrollo se manifestaba en un extenso sistema de servicios civiles, altos niveles de industrialización y empleabilidad, la culminación de las series de evoluciones dialécticas de la historia. Más tarde, sus ideas se emparentaron a las de los denominados Jóvenes Hegelianos, que denunciaban los focos de pobreza persistentes, la censura, la discriminación religiosa y la represión ejercidas por el gobierno prusiano y consideraban que aún habría modificaciones dialécticas más extensas.

lo expone Marx, Bauer advertía una paradoja: el pueblo alemán era subyugado por un Estado al cual los judíos reclaman participación. El reclamo de emancipación por parte del pueblo judío debía enmarcarse, según Bauer, en el reclamo por la emancipación política de Alemania. Los judíos, al igual que el resto del pueblo alemán, sufrían la opresión del estado cristiano. Su condición no era más que la confirmación de una regla. La lucha de los judíos por el reconocimiento de sus derechos civiles y políticos aparecía de este modo, a los ojos de Bauer, como un imposible. El estado cristiano no podía, con arreglo a su esencia, emancipar al pueblo judío que, en tanto judío, no podría ser emancipado. Un Estado basado en estructuras de privilegios no podría sino segregar al judío del resto de los demás súbditos, manteniéndolos en esferas separadas y contrapuestas, sobre la base de un antagonismo religioso. Para liberar a sus ciudadanos, continúa Bauer, el Estado debería antes librarse a sí mismo del cristianismo y tornarse un Estado secular (Marx, 1844 [1987]). Apartar el Estado de la religión, en un movimiento revolucionario, constituía, en esta perspectiva, la vía hacia el esclarecimiento, forma máxima de la libertad humana. Un Estado emancipado, portador de la razón, podría extender para Bauer las luces hacia el resto de la sociedad (Marx, 1844 [1987]). Tal como lo afirma Marx, Bauer, reduciendo el problema de la emancipación a la religión, establece como solución su abolición política. Cualquier emancipación política exigirá, de este modo, la secularización del Estado y un Estado político deberá ser un Estado emancipado de la religión (Marx, 1844 [1987]: p.464 y 465).

Para Marx, sin embargo, el problema radicaba en el análisis acerca de la naturaleza y la esencia de la propia emancipación. La emancipación política y su relación con la emancipación humana se convierten así en el foco de su planteamiento. Es la naturaleza del Estado en general y no las características del Estado cristiano lo que habría que indagar y cuestionar. Emancipar políticamente al hombre religioso en general, independientemente del credo al cual pertenezca, es, sí, emancipar al Estado de cualquier credo o religión. El Estado, independientemente de su forma y características, podrá emanciparse de la religión al abolir la religión de Estado y al profesarse a sí mismo como tal. Sin embargo, como lo afirma Marx, un Estado emancipado de la religión no implicará necesariamente ciudadanos libres de ella. Romper con las amarras del cristianismo no constituiría, en este sentido, la emancipación en el plano de la

sociedad. Un Estado podía estar políticamente emancipado sin que sus hombres sean totalmente libres (Marx, 1844 [1987]).

Tal como lo postula el diagnóstico propuesto por Marx, en el régimen liberal el Estado político y la sociedad civil se constituyen como esferas contrapuestas. El primero gobernado por el interés general de la comunidad política, donde los hombres conviven en un estado de igualdad ideal. En la segunda, seres particulares, gobernados por el interés individual, se convierten unos en medios de otros. El hombre religioso se contrapone al hombre político; como el burgués se opone al ciudadano. Sin embargo, ésta no es más que la propia contradicción entre el Estado político y la sociedad burguesa. La judaización de la sociedad se articula como una metáfora que permite a Marx caracterizar una sociedad civil organizada en torno a un conjunto de valores y relaciones mercantiles. El judío es el mercader, el banquero, el individuo de la sociedad burguesa. Un hombre que vive bajo una nueva religión universal, la del mercado, cuya fuerza es suficiente para someter al resto de las esferas a su servicio.

Marx advertía que, aún en un Estado liberado, la religión continuaría ejerciendo una fuerte influencia en los ciudadanos. La emancipación política no representa la máxima expresión de la emancipación humana. Constituía, sin embargo, un progreso hacia la liberación del hombre y la forma más alta de emancipación posible en el orden de la época. En el momento en que la religión había sido desterrada del derecho público al derecho privado, los hombres se emanciparon políticamente y, desterrada de la comunidad, la religión pasó a formar parte del espíritu de la sociedad burguesa, configurándose como expresión de la esencia de los intereses individuales, la propiedad privada y la diferencia. La escisión del hombre público (el ciudadano) y el hombre privado (el judío, el protestante, el cristiano, el hombre religioso) y el pasaje de la religión al ámbito de la vida individual, constituían las marcas más evidentes de la emancipación política (Marx 1844 [1987]).

El Estado cristiano es, para Marx, un *no-Estado*, un Estado ficticio, regido por la enajenación, donde la religión opera como la conciencia ideal, no secular, de sus miembros. En la democracia cristiana, el hombre es expuesto a una serie de relaciones y poderes inhumanos, irreales, que hacen de su existencia una existencia fortuita, extraña y de su soberanía una apariencia. En la democracia acabada, sin embargo, la propia

conciencia religiosa, en tanto que carece de significación política y permanece alejada de los fines terrenales, se manifiesta en su máxima expresión y es recreada en las contradicciones de la diversidad de cultos (Marx, 1844 [1987]). Sin embargo, como vimos, para Marx, la emancipación del Estado con respecto a la religión no significaba necesariamente la emancipación plena. Por ello, la emancipación política a través del derecho de ciudadanía del pueblo judío no constituía su emancipación humana.

Haciendo alusión a la Revolución Francesa, Marx establece que la emancipación política, escindiendo a la sociedad civil en sus partes más elementales -los individuos y los elementos materiales y espirituales que forman el contenido de su vida- había contribuido a suprimir su carácter político. Derechos civiles y derechos humanos se habían constituido como esferas separadas. La situación de vida de los individuos, dejando de representar la relación de éste con el Estado, pasaba a adquirir una significación puramente individual. El reconocimiento de la libertad egoísta del hombre implicaba el avance de dichos elementos materiales y espirituales. El hombre no se liberaba de la religión, sino que adquiría la libertad religiosa. No se liberaba de la propiedad, sino que adquiría la libertad del propietario. El derecho a la libertad de culto y el derecho a la propiedad no implicaban la emancipación real del hombre. La construcción del Estado político había coincidido con la desintegración de la sociedad burguesa en individuos independientes, egoístas, pasivos. El hombre había sido reducido y escindido a miembro de la sociedad burguesa, por un lado, y a ciudadano del Estado, por el otro. La lucha por la emancipación permanecía de este modo vigente.

Marx reconoce a Rousseau como uno de los primeros en percibir que la relación entre el Estado y la sociedad no es lineal y que puede éste emanciparse sin que los ciudadanos sean libertados. Las ataduras de las que el Estado se había librado al emanciparse de la religión habían pasado a operar en el plano de la sociedad, tornando a los seres humanos inferiores, sometidos. Religión y Estado estaban ahora al servicio de la opresión. En una sociedad basada en el interés y en los movimientos mercantiles, el Estado, secularizado, políticamente emancipado, continuaba operando en función de la desigualdad (Marx, 1844 [1987]: p. 483). Para Marx, el judaísmo y la sociedad burguesa se fundamentaban en la necesidad práctica del interés egoísta y el culto al dinero. Elementos que constituyen los pilares que sustentan, a través del trabajo asalariado, la enajenación de los hombres. Sólo cuando los hombres logren pronunciarse

contra su esencia práctica, comenzarían el camino hacia su real emancipación. Sólo cuando la sociedad lograra emanciparse del judaísmo, los hombres, los judíos, podrán ser emancipados (Marx, 1844 [1987]: p. 485).

Vimos cómo Marx advierte en la escisión entre el ciudadano político y el individuo de la sociedad civil el principio de la enajenación. La emancipación política y la secularización del Estado, lejos de contribuir a la real emancipación de los hombres, había transferido al plano de la vida social los principios de la opresión y la desigualdad. Conviven en los sujetos individuos particulares, guiados por fines prácticos y egoístas y ciudadanos abstractos, portadores de derechos civiles y políticos. La emancipación política, manifestada en el plano de las ideas, se contraponía a una realidad social individualista y desigual. Era preciso que los hombres reconociesen dentro de sí a dicho ciudadano abstracto y que ambos planos se integrasen en él para alcanzar la emancipación plena.

Preocupado por el problema de la emancipación política, Marx niega la posibilidad del Estado de actuar en forma autónoma. Piensa a la sociedad como una especie de totalidad que se dirige a sí misma. Como una idea formulada, un mecanismo que da lugar al conjunto de la vida social. Ésta es dotada de una potencia transformadora, capaz de conducir y guiarse en el transcurso hacia el socialismo (Marx, 1848 [1998]). El Estado aparece en este sentido como un elemento al servicio de los intereses de las diversas clases que componen el tejido social.

Tal como lo postula Sader (1993), todos los tipos de Estado posibles son para Marx Estados de clase. Esto significa Estados de una sociedad dividida en clases. La expresión “instrumento de las clases dominantes” cobra sentido cuando es entendida de esta forma, en tanto que los intereses de las clases dominantes no pueden ser identificados linealmente al comportamiento del Estado. El Estado representa la relación de los intereses de las clases dominantes con los de las otras clases sociales. Y es de esta relación que extrae sus formas de existencia. En este mismo sentido, argumenta Sader, las configuraciones que éste adquiere dependen en buena medida del grado de desarrollo de las contradicciones de clase en una sociedad dada (Sader, 1993).

Considero que la diferenciación entre emancipación política y emancipación humana expuesta por Marx resulta sumamente pertinente para la consideración acerca

de las perspectivas emancipatorias encarnadas por los movimientos sociales contemporáneos. La casi universalización de la democracia representativa en sociedades donde los principios democráticos están cada vez más lejos de ser alcanzados, nos enfrenta al necesario replanteo de los alcances y los verdaderos sentidos de la democracia. Las aspiraciones reivindicatorias, así como las conquistas obtenidas por los movimientos sociales que buscan quebrantar las barreras de la opresión merecen ser apreciadas teniendo en cuenta sus contenidos sustanciales.

Hemos expuesto en el presente capítulo algunos conceptos de la perspectiva marxista que consideramos pertinentes para el análisis de los procesos de movilización social. He sugerido asimismo los alcances que los mismos poseen para el desarrollo de construcciones teóricas en torno a las mencionadas dinámicas. Frente a la multiplicación de actores y protagonistas involucrados en los procesos de movilización y protesta social que asistimos en la actualidad, defendí la necesidad de incorporar una perspectiva de clase que, identificando similitudes entre los mencionados grupos y actores, contribuya al sustento de acciones comunes y estrategias sinérgicas de lucha y movilización.

Sin embargo, sostengo que la construcción de una teoría crítica que retome la idea de la sociedad dividida en clases para el análisis de los procesos de movilización y organización social, requiere de una necesaria reformulación de las categorías analíticas implícitas en la mencionada perspectiva. La traspolación lineal de los conceptos marxistas para el análisis de la realidad actual sólo puede conducirnos a simplificaciones y apreciaciones erróneas que oculten la compleja trama que la compone. Nuevas consideraciones teóricas sobre las clases sociales, sobre los vínculos que éstas mantienen entre sí y sobre los sujetos que las componen que, sustentadas en las tramas argumentativas propuestas por Marx, incorporen elementos analíticos novedosos para dar cuenta de la conformación que adquieren los procesos de confrontación en la actualidad, resultan en este sentido inminentes.

Haciendo expresa esta inquietud, continuaremos el desarrollo del presente trabajo.

CAPÍTULO II

Estado y sujetos colectivos en el entramado de la movilización social

La problemática de los vínculos entre los actores sociales y el Estado aparece como un eje analítico trascendental a la hora de abordar el análisis de los fenómenos de movilización social y lucha popular. En el capítulo anterior he explicitado que, a la luz de los presupuestos marxistas, el Estado constituye un instrumento del cual se valen las clases para garantizar su supremacía sobre el conjunto de la población. En este sentido, aparece como una instancia de mediación que permea las relaciones entre las dos principales clases en las que se organiza el conjunto del tejido social. En tanto instrumento de dominación al servicio de las clases dominantes, el Estado sirve a fines e intereses particulares, obstaculizando el acceso por parte de grandes masas de la población a condiciones plenas de humanidad. La lucha por el poder político se presenta como uno de los pasos cruciales en la emancipación del proletariado. La conquista del Estado resulta esencial para avanzar en la construcción de un modelo de producción sustentado en los principios del comunitarismo y la igualdad distributiva.

Hoy en día, se observa cómo la gran mayoría de las acciones de confrontación protagonizadas por los actores organizados de la sociedad tienen como antagonista al Estado, en sus más diversas modalidades y manifestaciones⁶. Si bien reconocemos que un gran número de estas acciones transcurren por fuera de sus límites, la construcción de espacios de diálogo y negociación para el establecimiento de alianzas con instancias gubernamentales aparece como uno de los desafíos primordiales que enfrentan los diversos actores que, de una forma u otra, persiguen la concreción de sus reivindicaciones y demandas. La instalación de temáticas prioritarias en las agendas de los gobiernos, la articulación de acciones y políticas tendientes a atender las necesidades de las masas oprimidas y el avance progresivo y molecular de fuerzas democráticas en determinadas instancias estatales constituyen momentos esenciales en la lucha social. Acciones reactivas y ejercicios de negociación y articulación se combinan dando lugar a

⁶ Una descripción sistemática sobre las acciones de protesta y movilización protagonizadas por actores colectivos en América Latina puede encontrarse en las Cronologías del Conflicto Social desarrolladas por el Observatorio Social de América Latina - OSAL, programa promovido por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO.

una amplia variedad de situaciones de manifestación del conflicto social. Con diversos grados de radicalidad y manifestando una mayor o menor aceptación de las formaciones vigentes, los movimientos organizados que actúan en el campo político y social interpelan continuamente al Estado, sea buscando incorporarse a sus estructuras o reivindicando su transformación.

A partir de un recorrido por la obra de Antonio Gramsci y Nicos Poulantzas, me propongo en el presente capítulo abordar la discusión sobre los vínculos que los actores sociales y el Estado establecen en el marco de los procesos de transformación social. Escapando a la pretensión de adentrarme en un análisis riguroso sobre las características y la evolución del Estado Moderno y reconociendo que las profundas mutaciones que éste ha sufrido a lo largo de los últimos decenios nos obligan a la elaboración de reformulaciones teóricas que nos permitan dar cuenta de la complejidad de los procesos políticos y sociales en la actualidad, creo que un ejercicio de lectura e interpretación riguroso sobre la naturaleza de los vínculos propuestos por estos autores me permitirá identificar elementos útiles para avanzar en la reflexión acerca de las dinámicas de movilización social y acción colectiva.

Antonio Gramsci y el contexto de su obra

Frente a la inminente consolidación del régimen fascista en Italia, el retroceso político de la Unión Soviética y el avance del economicismo americano, Antonio Gramsci abordó la tarea de pensar la cuestión del Estado en su relación con la sociedad, redefiniendo los conceptos centrales de la tradición marxista. El creciente protagonismo que emergía de numerosas organizaciones de masa y grupos comunitarios y la complejización de las estructuras estatales demandaban una ampliación de la concepción marxista acerca del Estado que, sin abandonar su núcleo fundamental (el carácter de clase y su condición represiva), superase las concepciones del Estado como política-fuerza e incorporase la problemática de la hegemonía.

En la Italia de la primera posguerra, las luchas de las clases trabajadoras evidenciaban un alto grado de efervescencia. Sin embargo, la ausencia de un proyecto de Estado independiente y alternativo al sistema totalitario vigente (amparado en las

teorías liberales hegemónicas) impedía a estos actores articular acciones efectivamente emancipatorias. La agitación revolucionaria no bastaba para construir un régimen contra hegemónico. Era necesario elaborar fundamentos teóricos y concepciones propias que, respondiendo a los fines e intereses de las clases populares, permitieran quebrantar el ofensivo régimen de la cultura dominante. La subordinación ideológica constituiría, para Gramsci, el principal obstáculo para la liberación de las clases subalternas.

Fueron éstas las preocupaciones que llevaron al autor a adentrarse en el análisis de los presupuestos de la ideología totalitaria y el retraimiento del socialismo, prestando especial atención a la cuestión del Estado y los mecanismos de conquista de la hegemonía. Discutiendo las teorías de autores contemporáneos tales como Croce, Michels, Pareto y Mosca, que concebían a la política como una potencia-fuerza, sustentada en la separación entre gobernantes y gobernados, Gramsci se propuso avanzar hacia la construcción de una teoría que incorporase el análisis de las relaciones sociales en la disputa por la hegemonía. Sólo de este modo, argumentaría el autor, podría ser viabilizado un efectivo avance de las clases populares al poder.

Tal como muchas interpretaciones han advertido, la definición de los conceptos de *sociedad civil* y *Estado*, sus vínculos y sus implicaciones no se presentan de forma lineal y sistemática en la obra de Gramsci, dado el carácter evidentemente fragmentado de sus escritos. El abordaje de estas cuestiones requiere de una lectura del conjunto los principios teóricos e ideas políticas que componen el pensamiento del autor. Algunos autores han señalado las contradicciones implícitas en los conceptos teóricos formulados por Gramsci, aludiendo a la falta de coherencia interna en su pensamiento. Perry Anderson (2002), por ejemplo, establece que categorías como las de Estado, sociedad civil, sociedad política, hegemonía y dominación sufren desplazamientos a lo largo de los diversos textos que integran la obra de Gramsci. Para el autor, lejos de resultar accidentales o arbitrarios, estos desplazamientos responden a las dificultades para encontrar respuestas o soluciones políticas claras frente los problemas que presenta el análisis del Estado burgués.

Sin la intención de adentrarnos en apreciaciones de carácter epistemológico acerca de la teoría gramsciana, intentaremos sintetizar el entramado conceptual que la compone.

Sociedad política y sociedad civil. La concepción ampliada del Estado

El análisis de las relaciones entre *sociedad política* y *sociedad civil* llevaron a Gramsci a desmontar, en primer lugar, la falsa identificación entre Estado y gobierno que provoca una también errónea separación entre Estado y sociedad civil. Según el autor, en esta concepción, de carácter economicista y liberal, la sociedad civil es identificada como una esfera autónoma, regulada por normas y leyes naturales, propias de la dinámica económica. El Estado, por su parte, se constituye en esta perspectiva como un aparato monolítico y exento de contradicciones sociopolíticas; una instancia meramente jurídico-coercitiva e instrumental, cuya función se limita a la tutela del orden y del libre desarrollo del mercado, a cuya esfera de actuación queda reducida la sociedad civil (Gramsci, 1929 [1968]: p. 32).

Gramsci argumenta que estas concepciones, propias de la teoría liberal, fueron esgrimidas a espaldas de la emergente maduración de las fuerzas políticas y sociales, incubando una inadecuación con la realidad histórica concreta. La identificación entre Estado y gobierno y su aislamiento de la sociedad civil resultaron, para el autor, en un vacío político y una fragmentación social que permitieron, en profundos contextos de crisis, la ascensión de tendencias dictatoriales y autoritarias (Gramsci, 1929 [1968]: p. 35). Rechaza asimismo las pretensiones que buscan identificar Estado y sociedad civil, unificando sus elementos con vistas a garantizar el control dictatorial de la vida popular y nacional. En esta operación, propia de los regímenes fascistas, sustentados en formas extremas de sociedad política, la fuerza es el consenso y la dictadura se corresponde con la hegemonía. En estos casos, sociedad política y sociedad civil están emparentadas, en la medida en que lo único que existe es el Estado, unidad orgánica y omnipresente, dirigida por un centro que monopoliza el control de las fuerzas políticas y sociales (Gramsci, 1929 [1968]: p. 37).

Buscando superar ambas concepciones, Gramsci propone una relación dialéctica de *identidad - distinción* entre sociedad civil y sociedad política. Ambas esferas, pertenecientes al ámbito de la *superestructura* son, para el autor, distintas y relativamente autónomas, a la vez que indisociables en términos prácticos. La primera,

que comprende a los organismos privados y de carácter voluntario, tales como partidos políticos, asociaciones y organizaciones sociales, medios de comunicación, escuelas, iglesias, empresas, etc., está avocada a la elaboración y difusión de los elementos ideológicos y valores simbólicos que determinan la dirección de la sociedad. Se trata del espacio donde conviven y se expanden las iniciativas económicas y donde tiene lugar la manifestación de las fuerzas ideológicas y culturales. Por su parte, la sociedad política, conformada por instituciones de carácter público, tales como el gobierno, las fuerzas armadas, la burocracia y el sistema judicial, entre otros, comprende un conjunto de aparatos que concentran el monopolio legal de la violencia y persiguen la dominación social. Íntimamente relacionadas, ambas esferas se articulan en una combinación de consenso y coerción que garantiza la supremacía de un grupo sobre el resto de la sociedad. Es de este modo que se configura la estructuración del poder (Gramsci, 1929 [1968]: p. 32).

La sociedad civil constituye para Gramsci la arena privilegiada de manifestación de la lucha de clases; la esfera del ser social, donde se propaga la intensa disputa por la hegemonía. En tanto tal, no puede ser concebida como una instancia separada del Estado sino, junto a la sociedad política, uno de sus momentos constitutivos. El Estado, en su concepción ampliada, no se limita al conjunto de organismos que comprenden el aparato burocrático-coercitivo, sino que comprende además la multiplicidad de mecanismos presentes en los diversos órganos y estamentos de la sociedad civil, donde se hace manifiesta la iniciativa de los ciudadanos, sus valores, sus intereses y su cultura. Se convierte así en el *locus* donde se enraízan las bases hegemónicas de la estructuración social. El Estado constituye la suma de la sociedad política y la sociedad civil; de la hegemonía y la coerción. Comprende el conjunto de actividades por medio de las cuales la clase dirigente legitima y garantiza su dominación, obteniendo asimismo el consenso de sus gobernados. Resulta de una combinación entre elementos políticos y sociales que comprenden tanto la fuerza de las instituciones públicas como la libertad de los organismos privados. Deviene de la interrelación entre estructura y superestructura, de la compenetración del aparato estatal con la sociedad civil organizada (Gramsci, 1929 [1968]).

Nelson Coutinho (1981) identifica al concepto de sociedad civil como el medio privilegiado del cual Gramsci se vale para enriquecer la teoría marxista del Estado, a

partir de la introducción de nuevas determinaciones. Para el autor, este enriquecimiento evidencia una concretización dialéctica en las formas que adquiere la determinación de las superestructuras por parte de la base económica. En este sentido, argumenta Coutinho, en la propuesta teórica gramsciana, la determinación se complejiza al ser mediatizada por la sociedad civil. Sin embargo, advierte el autor, el papel que adquieren los componentes ideológicos y la cultura de modo alguno anulan la aceptación del principio básico del materialismo histórico, que asume como factor primario en la explicación de la historia la producción y reproducción de la vida material y, consecuentemente, la producción y reproducción de las relaciones sociales. Desde este punto de vista, Gramsci no invierte ni niega (como algunos intérpretes han argumentado)⁷ los aspectos centrales de la teoría marxista sino que, muy por el contrario, los enriquece, ampliando sus alcances.

Así como en Marx, en Gramsci el Estado no constituye en sí mismo el fin último de la acción política, sino que actúa para promover la democracia participativa, la libertad de las masas y la autodeterminación de las sociedades. Un Estado democrático debe cumplir, para Gramsci, una función educativa y ética, que propicie el impulso histórico de las masas a través de su elevación moral e intelectual. Se tornará ético en la medida en que promueva el crecimiento de la sociedad, sin anular sus libertades. Por su parte, una sociedad se torna regulada si alcanza grados de socialización y responsabilidad tales que le permitan, dispensando las intervenciones exteriores del Estado, guiarse por sus propias iniciativas. Un Estado será verdaderamente democrático cuando la unidad histórica entre sociedad civil y sociedad política sea efectivamente dialéctica, dando origen a una *sociedad regulada* (Gramsci, 1929 [1968]).

Debemos precisar que la instauración de la sociedad regulada no supone para Gramsci la eliminación de las estructuras políticas y sociales que rigen las sociedades, sino más bien la creación de un orden más complejo y consistente: la organización social, originada en la construcción de la voluntad colectiva y sustentada en un nuevo régimen representativo que sustituya al Estado parlamentar. Cuando el autor apela a la superación del Estado no se refiere a la eliminación de las instituciones políticas

⁷ Coutinho discute principalmente con Bobbio, quien afirma que la sociedad civil, circunscripta al ámbito de la superestructura política, constituye en la matriz teórica gramsciana el concepto determinante en la evolución de los procesos históricos (Coutinho, 1981: p. 88).

necesarias para garantizar la vida en sociedad, sino al desmantelamiento del Estado nacional capitalista.

A partir de las consideraciones arriba expuestas, me atrevo a sugerir que la idea del Estado como posible instrumento para la emancipación de las clases dominadas presente en Gramsci, se ve intensificada al asociarse a la concepción ampliada del Estado en la medida en que incorpora en su seno al conjunto de la sociedad política y la sociedad civil y, de este modo, a las clases subalternas. Ahora explícitamente incluidos en la esfera del Estado, los actores sociales ven ampliada su fuerza potencialmente creativa en los procesos de estructuración social, a la cual ya nos hemos referido anteriormente. Sin embargo, a la vez que se intensifica la idea del Estado como posible instrumento al servicio de la transformación social, la misma se complejiza en tanto que la disputa se hace aún más presente en el plano de la construcción ideológica. Al referirme al concepto de hegemonía y al papel de los intelectuales en los procesos de transformación social profundizaré esta cuestión.

Basada en los presupuestos filosóficos del historicismo, la concepción gramsciana del Estado y la sociedad civil se configura como un terreno abierto a la determinación de los hombres, donde son plausibles tanto formas democráticas sustentadas en la activa participación de las masas populares, como estructuras políticas totalitarias que neutralicen la acción de las organizaciones y movimientos sociales. Un análisis de la correlación de fuerzas presente en cada momento histórico resultará necesario para definir, desde el punto de vista de las clases subalternas, el carácter positivo o negativo y las potencialidades de cada uno de estos espacios en tanto vías efectivas de emancipación.

La gran diversidad de acepciones con que es entendido el término *sociedad civil*, merece que le dediquemos una pequeña consideración. Los debates en torno a sus significados son numerosos y ciertamente intensos. No pretendo en el presente trabajo abordar esta cuestión que nos conduciría a una desviación de nuestro foco de principal de atención. Sin embargo, me interesa destacar particularmente que durante las últimas décadas, los sectores neoliberales se apropiaron de esta idea definiéndola a partir de su contraposición con el Estado. De este modo, la misma aparece conformada por todo aquello que excede la esfera de actuación estatal. La sobresaltación del término

acompañó un proceso de radical desmantelamiento y privatización de los servicios públicos asumiendo un carácter apologético que promovía las iniciativas privadas que se situaban en el ámbito de la sociedad civil. Despolitizada y convertida en el llamado *tercer sector*, falsamente situado por fuera del Estado y el mercado, la sociedad civil es reducida en estas concepciones a un conjunto de Organizaciones No Gubernamentales, normalmente destinadas a absorber aquellas funciones antiguamente ejercidas por los ámbitos estatales. De este modo, la idea de sociedad civil ha adquirido una gran repercusión impregnando los lenguajes mediáticos y cotidianos.

En este sentido, una utilización del término sustentada en la concepción gramsciana deberá considerar el mencionado bagaje asociado al término para asumir una serie de recaudos y especificaciones teóricas rigurosas que resguarden los sentidos por Gramsci atribuidos. Aún así, considero que su uso para referir a los procesos de movilización social y sus dinámicas puede generar confusiones con consecuencias teóricas e, inclusive, implicancias políticas indeseadas.

Hegemonía, democracia y transformación social

El término *hegemonía* ha sido tradicionalmente empleado, tanto el campo académico como en el lenguaje corriente, para designar el dominio de un país o un grupo de gobernantes sobre otros. Asimismo, para identificar un principio en torno al cual un grupo de elementos es organizado. Sin embargo, el trabajo de Gramsci ha marcado un antes y un después en las acepciones adoptadas por esta idea.

La creciente complejización de las sociedades occidentales y el avance de las formas capitalistas de dominación llevaron a Gramsci a conferir al concepto de hegemonía un nuevo sentido. El autor amplió la tradicional acepción del término, así como la utilización que del mismo habían hecho otros autores vinculados a la corriente marxista⁸, al abordar las estructuras de poder vigentes, complejizando las herramientas teóricas para el análisis de los mecanismos de dominación de la burguesía sobre la clase

⁸ El concepto de hegemonía había sido utilizado por autores como Lenin, Bukharin e, incluso, por Stalin, para referir al liderazgo de una clase sobre otras en un sistema de alianzas.

operaria en el marco de la economía capitalista estabilizada. La hegemonía se esgrime, en el corpus teórico gramsciano, como un principio organizador de la realidad social que determina la imposición de una clase sobre otras, a través de un conjunto de elementos situados en el propio seno de la sociedad civil, elementos éstos que aseguran la sumisión por parte de amplios sectores de la población. Buscando ampliar y superar el concepto marxista de poder del Estado como instrumento en manos de un grupo o clase que sustenta el monopolio de la fuerza, el autor lo entiende como una amalgama de fuerza y consentimiento.

Ahora bien, según Gramsci, la supremacía de un grupo social sobre otros se manifiesta de dos maneras. Un grupo social domina a sus adversarios cuando tiende a liquidarlos o someterlos, en muchas oportunidades, a través de la fuerza armada. En las relaciones caracterizadas por la dominación, el poder se concentra en manos de un grupo dominante, que define el direccionamiento político y social a expensas de los grupos dominados. Por otra parte, un grupo social es dirigente de otros afines y aliados, cuando guía las acciones del conjunto de la sociedad en función de intereses comunes (Gramsci, 1929 [1968]).

Para Gramsci, a diferencia de la dominación, cuyos pilares son el ejercicio de la fuerza y la violencia, la hegemonía se funda en una combinación de coerción y consentimiento. Un consenso que no es pasivo o indirecto, sino activo y directo, al suponer la participación de los individuos sobre los cuales ejerce sus efectos. Tal como lo postula el autor, la *hegemonía* burguesa se apoya en un consenso manipulado y una articulación forzada que oculta las contradicciones estructurales de un régimen basado en relaciones de desigualdad social y explotación económica (Gramsci, 1929 [1968]). Al servicio de los grupos dominantes, se esgrime como un instrumento de gobierno que persigue asegurar su dominación sobre las clases subalternas.

Sin embargo, según la propuesta gramsciana, al servicio de las clases trabajadoras, los principios hegemónicos deberán sustentarse en relaciones pedagógicas entre grupos que, a partir de la transparencia y la deliberación, se eduquen unos a otros en el arte de gobernar, hasta alcanzar las transformaciones sociales y económicas necesarias para transitar el camino hacia una nueva democracia. Para el autor, existirá democracia entre grupos dirigentes y dirigidos en la medida en que el desarrollo

económico y las regulaciones legales favorezcan el pasaje progresivo y paulatino de los grupos subalternos a la dirigencia. Como veremos más adelante en este capítulo, Gramsci enfatiza el problema de la organización política como un elemento esencial para la conquista de estos fines. Especialmente, el partido adquiere en estas discusiones un papel fundamental. Cuando identificada por Gramsci con el acceso a la democracia efectiva, la sustancia del concepto de hegemonía supone la promoción de transformaciones profundas en el seno de las sociedades tanto a nivel de la estructura, como en la superestructura, contribuyendo para una creciente socialización del poder.

La idea de contra-hegemonía por parte de las clases subalternas aparece en Gramsci como una nueva categoría interpretativa basada en un proceso que supone la participación política a través de la organización partidaria y una transformación intelectual y moral de las masas. Para el autor, las estrategias prácticas de lucha, articuladas por el partido, requieren de la conquista de una capacidad teórica y cultural que avance hacia la adquisición de una concepción coherente y unitaria del mundo (Gramsci, 1929 [1968]: p. 32). La deconstrucción de las bases hegemónicas vigentes deberá ser en este sentido acompañada por una reinterpretación más convincente de la realidad social.

Es en el ámbito de la sociedad civil, terreno de confrontación ideológica y contraposición de valores e intereses, pero también de consenso y diálogo entre diversos actores colectivos, donde, para Gramsci, se define la política y donde opera la comprensión crítica de los grupos y clases, en el marco de un proceso de lucha de hegemonías. Luego de un transcurso complejo que, afirma el autor, se extenderá hasta que un grupo conquiste la hegemonía política y cultural, asumiendo de este modo la función de sustantivar el contenido ético del Estado, este último será el encargado de expandir al máximo su potencial, en tanto fuerza motora para el desarrollo de energías políticas a nivel nacional.

La noción de contra-hegemonía se presenta sumamente adecuada para enfatizar la necesidad de orientar las acciones de los movimientos sociales hacia la construcción de propuestas alternativas. La superación de los modelos de acción meramente focalizados en la resistencia y la protesta aparece, desde hace algunos años, como una preocupación central manifestada por muchos de los actores que intervienen en el

campo de la movilización popular⁹. La combinación de acciones confrontativas y esfuerzos orientados al diseño de propuestas políticas concretas, comienza a hacerse hoy presente, aunque de forma algo incipiente, en las estrategias encarnadas por movimientos sociales. Éstas revelan, en cierta medida, una actitud proactiva, componente esencial para el alcance de conquistas que impliquen transformaciones de carácter profundo. El diseño de herramientas teóricas que permitan dar cuenta de esta orientación deberá necesariamente acompañar la mencionada tendencia. Considero que la idea de contrahegemonía, en la medida en que sugiere que cualquier movimiento político que pretenda construir una hegemonía social deberá, además de criticar y diferenciarse de los modelos hegemónicos vigentes, presentar propuestas alternativas acordes a nuevos intereses, puede resultar útil para las consideraciones acerca de los alcances e impactos de las acciones promovidas por movimientos sociales y actores colectivos del campo popular.

La noción de partido y el papel de los intelectuales

El papel de los intelectuales y la figura del partido aparecen en la obra de Gramsci como elementos esenciales para la organización política y social en la medida en que condensan y representan los intereses de las diversas clases que la componen y contribuyen, de este modo, para la construcción de la hegemonía. En tanto expresión de los intereses de la clase dominante se configuran como instancias al servicio de la dominación. En tanto manifestación de las clases populares aparecen como instrumentos esenciales para la consolidación de movimientos y procesos contrahegemónicos. Examinaré a continuación estos dos componentes para profundizar así la línea de reflexión que vengo desarrollando.

Tal como lo argumenta Gramsci, alrededor de cada grupo social, cuyos orígenes se fundan en el mundo de la producción económica, se crean diversos rangos de intelectuales que contribuyen a darle homogeneidad a partir de la construcción de una

⁹ En este sentido, las discusiones al interior del Foro Social Mundial resultan sumamente ilustrativas. El pasaje de acciones fuertemente centradas en los procesos de resistencia a las políticas neoliberales hacia una actitud donde la construcción de alternativas políticas concretas se evidencia en la consigna “Otro mundo es posible”.

conciencia política y social. En tanto principales agentes organizadores de los sistemas ideológicos, éstos cumplen la función de mediar en el proceso de imposición hegemónica de las clases dominantes sobre las clases dominadas. La dirección hegemónica, situada en el ámbito de la sociedad civil, es guiada y conducida por los intelectuales. Su figura no es definida por Gramsci a partir de un conjunto de tareas o actividades específicas, sino más bien a partir de la función que las mismas cumplen en el contexto más amplio del sistema de relaciones sociales. Para Gramsci, todos los hombres son intelectuales, aunque no todos cumplen en la sociedad la esta función (Gramsci, 1930 [1979]).

De carácter técnico, la función atribuida por Gramsci a los intelectuales, se orienta a garantizar la expansión de la propia clase. Las capas intelectuales orgánicas a la clase dominante son las encargadas de asegurar la expansión de un sistema económico basado en la acumulación desigual de las riquezas, llevando adelante la conducción de los procesos hegemónicos y la materialización de la dominación.

Tal como lo expone Gramsci, las acciones de los intelectuales no se restringen al terreno económico sino que abarcan el conjunto de la vida política y social y su relación con el mundo de la producción no es directa, sino mediada por el complejo sistema de la superestructura donde ejercen sus funciones. Para el autor, los intelectuales actúan en la esfera de la sociedad civil, aparato privado, espacio de consolidación de la hegemonía, donde diversos proyectos de sociedad confrontan y entran en disputa, hasta que uno logra prevalecer y establecer la dirección general en los ámbitos de la economía, la política y la cultura. En este sentido, Gramsci afirma que es inconcebible una teoría del Estado que no contemple el papel de los intelectuales y de los aparatos hegemónicos por ellos elaborados (Gramsci, 1930 [1979]).

Resulta evidente el énfasis que el autor otorga a los componentes simbólicos de la dominación, postulando la importancia de la ideología en los procesos de control y reproducción social. El papel de la cultura y los intelectuales en Gramsci se constituye como un elemento central a la hora de explicar los procesos de sumisión de unos grupos a los intereses de otros. Al situar en un mismo espacio - el de la sociedad civil - las acciones de los grupos dominantes y los dominados, supone movimientos permanentes

de disputa por la hegemonía, donde unos y otros procuran imponer un conjunto de prioridades e intereses.

Al referirse a las clases populares, Gramsci advierte sobre la incapacidad de las masas campesinas para generar intelectuales orgánicos o para asimilar grupos de intelectuales tradicionales. En su diagnóstico, la desarticulación de las luchas emprendidas por la clase obrera y su escasa incidencia política radican esencialmente en la escasez de intelectuales políticos y cuadros dirigentes dedicados a defender sus intereses y a conducir los esfuerzos emancipatorios viabilizados por estrategias de acción concretas (Gramsci, 1930 [1979]).

A partir del concepto de hegemonía, podemos entender el campo social como un escenario conflictivo, caracterizado por la multiplicidad y la diferencia, donde un conjunto de partes sociales entran en interdependencia a través de procesos de confrontación y negociación. Un permanente movimiento de iniciativas donde la participación de los grupos sociales y sus capacidades para imponer sus necesidades e intereses en la agenda política cobran un papel central. Íntimamente ligada a la democracia, la hegemonía supone el consenso, la persuasión y la dirección. La existencia de grupos dominantes y dominados, de dirigentes y dirigidos, sobre la cual se sustenta la actividad política, incita al establecimiento de consideraciones respecto a las mejores formas de ejercer la mencionada dirección. En este sentido, argumento que el concepto de hegemonía resulta útil para tanto a los fines analíticos como prácticos.

La importancia que adquiere en la obra de Gramsci la función de los intelectuales y los partidos puede ayudarnos a responder, en buena medida, a esta inquietud. Continuaré entonces indagando en sus consideraciones acerca de los partidos políticos.

El partido adquiere asimismo una dimensión significativa en el programa gramsciano. Se esgrime como un mecanismo cuya función primordial es la de asegurar el funcionamiento de la sociedad civil, garantizando la unión entre los intelectuales orgánicos al grupo dominante y los intelectuales tradicionales. En su sentido amplio, tal como lo define el autor, se configura como una de las expresiones más significativas de la sociedad civil, en tanto que representa toda organización de individuos que persigue la conquista de fines políticos. Sin embargo, argumenta Gramsci, un partido se torna

elemento de masas sólo cuando suscita la conformación de la voluntad colectiva, constituyéndose en portador de la conciencia de clase y promoviendo la articulación de fuerzas dispersas a partir de la elaboración de un programa partidario que responde a un conjunto de intereses de clase. En este sentido, es la expresión de un determinado grupo social (Gramsci, 1930 [1979]).

Gramsci deja en claro cómo los impactos del partido rebasan el ámbito de la política, ampliándose a las esferas cultural, técnica, moral, educativa y policial. Así, argumenta que las formaciones partidarias orgánicas a la burguesía dominante adquieren diversas manifestaciones que se presentan como apolíticas. En primer lugar, se observa la conformación de una elite de intelectuales encargados de dirigir ideológica y culturalmente a un movimiento más amplio de formaciones partidarias afines que no son más que facciones de un mismo partido orgánico. Se configura así como un instrumento al servicio de la dominación (Gramsci, 1930 [1979]).

Sin embargo, el partido aparece asimismo en la obra de Gramsci como una vía ineludible para la construcción de alternativas contrahegemónicas. La formación de intelectuales y cuadros dirigentes capaces de conducir procesos políticos tendientes a revertir las condiciones opresivas de los estratos sociales mayoritarios en función de la defensa de intereses orgánicos resulta, para el autor, un componente esencial en los procesos contrahegemónicos. Tal como lo afirma, la función primordial del partido es la de constituir un cuerpo de representantes orgánicos a un grupo social dado que actúen en el campo de la sociedad política y civil para la consecución de los mencionados fines. Constituye un espacio de articulación de intereses y estrategias que permite asimismo la consolidación de dimensiones nacionales e internacionales de la acción (Gramsci, 1930 [1979]).

El partido, como el Estado, adquiere en Gramsci un carácter procesal, en la medida en que está siempre orientado a su propia extinción. Todo desarrollo partidario genera nuevas tareas y actividades que, a través de la promoción de las iniciativas políticas de la sociedad civil, atentan contra su propia existencia. El proyecto político partidario se configura en una dinámica de construcción - deconstrucción en constante movimiento, donde la incorporación progresiva de las masas populares a la sociedad civil promueve su autodeterminación. Toda organización partidaria debe ser el resultado

de un proceso dialéctico de convergencia entre las fuerzas del movimiento espontáneo de las masas populares y la voluntad organizativa y capacidad de conducción de las capas dirigentes (Gramsci, 1930 [1979]).

El problema de la articulación entre los ámbitos nacional e internacional, preocupación central en el pensamiento marxista, aparece a los ojos de Gramsci como un componente esencial para la organización política. Para el autor, los procesos contrahegemónicos requieren de la consolidación de instancias nacionales e internacionales de acción que potencien los esfuerzos parciales orientados en una misma dirección. La identificación de objetivos precisos y permanentes que conduzcan la acción colectiva aparece como un componente central (Gramsci, 1930 [1979]). Como argumentaré más adelante, los debates en torno los modos de articulación de las instancias nacionales e internacionales, así como el peso que cada una de estas instancias deben asumir en los procesos de organización política resulta un elemento esencial tanto en el terreno de la acción militante como en el ámbito del pensamiento político.

A partir de los conceptos contenidos en la perspectiva gramsciana pueden establecerse un conjunto de elementos necesarios para la consolidación de proyectos contra-hegemónicos. En este sentido, debo precisar que la centralidad atribuida por el autor a la ideología no deja de resaltar que los movimientos simbólicos que tienen lugar en el ámbito ético político, se sustentan en transformaciones en el orden de la estructura. En este sentido, una economía socialmente orientada, que socave las formas tradicionales de producción y propicie una transformación radical de las condiciones de sumisión de los grupos subalternos requiere, para Gramsci, de la alteración en las condiciones efectivas de acceso a los bienes de producción y circulación material. Por otra parte, como ya he explicitado, el Estado cobra un papel central en estos procesos.

Nos atrevemos así a afirmar que la efectividad de los movimientos sociales y políticos contrahegemónicos depende en buena medida del grado de articulación entre la construcción de sentidos alternativos en el plano ideológico; la concreción, en el plano material, de prácticas económicas y productivas sustentadas en el cooperativismo y la justicia distributiva; y, finalmente, de su presencia, su capacidad de negociación y su poder de determinación en los ámbitos estatales de actuación. La batalla por las

ideas, la lucha por la transformación de las condiciones materiales de existencia y la ampliación de los espacios de incidencia política a través de la conquista del Estado, no pueden transitar por caminos paralelos. Muy por el contrario, deben multiplicar sus puntos de intersección, integrando el permanente ejercicio discursivo, la denuncia y el debate propiciados por intelectuales políticos orgánicos, las iniciativas promovidas por activistas sociales que, articulando instancias de movilización procuran quebrantar la correlación de fuerzas que los somete a condiciones de subalternidad y la participación en los ámbitos de representación política.

El Estado como condensación de luchas de clase y relaciones de poder. La propuesta teórica de Nicos Poulantzas

He expuesto hasta aquí, a la luz de la matriz de pensamiento gramsciano, algunas consideraciones sobre los vínculos entre el Estado y la sociedad civil, en el marco de los procesos de lucha por la emancipación social. A los fines de profundizar mis reflexiones sobre la naturaleza del Estado y, fundamentalmente, sobre su relación con las clases sociales y su papel en los procesos de transformación social, resulta pertinente la consideración de las postulaciones teóricas que Nicos Poulantzas hace al respecto.

Afirmando la imposibilidad de construir una ciencia abstracta del Estado que, desconsiderando las particularidades históricas, estipule un modelo ideal y defina un conjunto de características formales, el autor se propone construir una teoría del Estado capitalista, considerando la historia de las luchas políticas que dieron origen a su constitución, así como las transformaciones implícitas en su reproducción (Poulantzas, 1978 [1981]: p. 23). Respondiendo al interrogante sobre las relaciones entre Estado poder y clases sociales, el autor sitúa en las relaciones de producción el fundamento del Estado y defiende el primado de las mismas sobre las fuerzas productivas. Afirma así, que las relaciones de producción se traducen sobre la forma de poderes de clase que son organizadamente articulados en las relaciones políticas e ideológicas que los consagran y legitiman. En su función de dominación, las relaciones de producción definen un conjunto de posiciones objetivas (las clases) que materializan las distinciones evidenciadas en el marco de la división social del trabajo. La ligación del Estado a las

relaciones de producción constituye el primer eslabón que vincula a éste con las clases y las luchas sociales (Poulantzas, 1978 [1981]: p 24, 25 y 26). Poulantzas rechaza fervientemente la exterioridad de los componentes arriba mencionados. Relaciones de producción, división del trabajo, clases, luchas sociales y Estado no se constituyen previamente como estructuras formales “en sí” que ingresan luego en una trama relacional. Muy por el contrario, los mismos se encuentran presentes e inscriptos en sus respectivas instancias de conformación.

Estas afirmaciones responden directamente a mi apelación sobre la necesidad de introducir en el análisis sobre los procesos de movilización social construcciones categoriales que tengan en cuenta los vínculos de los actores sociales en relación al acceso a los medios de producción y distribución. Suponen, hasta aquí, al menos tres desafíos teóricos fundamentales a los fines del desarrollo de las reflexiones en torno a los procesos de movilización social. En primer lugar, suponen asumir la presencia de relaciones políticas e ideológicas en el seno de las relaciones de producción, así como la influencia de estas últimas en los ámbitos de negociación política. Por otro lado, implican entender al Estado en función de las clases sociales y, específicamente, en función de la lucha de clases. Finalmente, y de forma inversa, sugieren la consideración sobre el papel y la presencia del Estado en las luchas sociales.

Sin embargo, las consideraciones de Poulantzas sobre la naturaleza del Estado van mucho más allá, al afirmar que las formas de dominación política, el poder del Estado y la lucha de clases, se inscriben en el seno de su propia materialidad. Comprender la inscripción de la lucha de clases y, particularmente, de la dominación política en el cuerpo institucional del Estado resulta, para Poulantzas, el punto de partida para explicar las formas diferenciales y las transformaciones históricas de ese Estado (Poulantzas, 1978 [1981]: p. 128).

Otro componente esencial para el análisis radica en el carácter positivo asignado por Poulantzas a la acción del Estado, a partir de la afirmación de su materialidad. Para el autor, el Estado posee un papel esencial en las relaciones de producción y, por consiguiente, en la delimitación y reproducción de las clases sociales, en la medida en que involucra no sólo el ejercicio de la dominación física y la organización de las relaciones ideológicas, sino también un conjunto de prácticas materiales que se traducen

en hábitos, costumbres y modos de vida, moldeando las practicas sociales, políticas y económicas. La positividad del Estado se extiende, para el autor, mucho más allá del par represión – ideología. (Poulantzas, 1978 [1981]: p. 27). La misma se sustenta en un conjunto de elementos presentes en la propia constitución del Estado capitalista de los cuales me interesa mencionar apenas algunos.

En primer lugar, tal como argumenta Poulantzas, la escisión entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, a partir de su radicación en aparatos diferenciados, propicia el posicionamiento de las clases y grupos sociales en función de una determinada configuración de la división del trabajo, donde la delimitación de las instancias de poder, vinculadas estrechamente a las actividades intelectuales reservadas a las clases dominantes, quedan radicalmente escindidas de los espacios de ejecución manual destinados a las clases dominadas. El estrechamiento de la relación entre saber y poder se materializa en la consolidación de un conjunto de técnicas particulares y dispositivos precisos destinados a garantizar la dominación de las clases dominantes (Poulantzas 1978 [1981]: p. 52 y 58). Por otra parte, los procesos de individualización constituyen uno de los elementos primordiales de actuación del Estado capitalista y uno de los principales exponentes de su materialización. La construcción del individuo-sujeto se traduce tanto en la esfera de la circulación material como en la relación que el Estado mantiene con las fracciones formalmente equivalentes en las cuales se divide el cuerpo social. Nuevamente, sus fundamentos radican en las relaciones de producción y en la división social del trabajo (Poulantzas, 1978 [1981]: 61 y 62).

Me interesa finalmente destacar el papel otorgado por Poulantzas a la nación en tanto instancia de materialización del Estado, en términos del papel de la lucha de clases en su conformación. De acuerdo a su perspectiva, a las matrices temporal y espacial implícitas en la construcción de las naciones modernas se añade la relación de fuerzas entre clases y facciones de clases situadas en el seno de las relaciones de producción. La nación y el Estado modernos poseen, para Poulantzas, una naturaleza de clase (Poulantzas, 1978 [1981]: p. 117 y 120).

Retomando su argumento central, Poulantzas afirma que las relaciones de producción constituyen la base primaria de la materialidad del Estado, al mismo tiempo que su separación relativa de la economía posibilita su conformación en tanto aparato

institucional relativamente autónomo (Poulantzas, 1978 [1981]: p. 51). Nuevamente, esta afirmación nos proporciona la apertura de una vía propicia para el análisis las relaciones entre el Estado y las clases sociales, en la medida en que sitúa a la lucha de clases en el seno de su configuración material. El Estado representa, para Poulantzas, la condensación material de una relación de fuerzas entre clases y facciones de clase que alberga en su seno (Poulantzas 1978 [1981]: p. 130).

Ahora bien, considerar a la nación como instancia de materialización del Estado capitalista me provoca reflexionar acerca del papel de los Estados nacionales en los procesos de transformación social, en el contexto de las dinámicas de internacionalización y mundialización que hoy en día permean las esferas económica, política y social, en vistas a luego identificar el potencial emancipatorio de las clases populares. Por otra parte, entender al Estado como la condensación material de la lucha de clases me incita a indagar acerca las potencialidades emancipatorias en él inscriptas.

Un conjunto de interrogantes diversos se abren en estos dos sentidos: En primer lugar, será cierto que asistimos a un debilitamiento del poder de los Estados nacionales frente a la creciente consolidación de circuitos económicos y políticos internacionales? En todo caso, no se tratará más bien de una concentración y monopolización del poder en manos determinados Estados nacionales en función del debilitamiento de otros? En este contexto, cuál es el grado de autonomía relativa y cuál el papel que cabe a las fuerzas políticas nacionales en los mencionados procesos? Y, finalmente, considerando al Estado como un espacio de expresión de la lucha de clases, cuáles son las posibilidades emancipatorias de las clases populares y cuál el papel de las acciones nacionales en estos contextos?

Estas preguntas, sin lugar a dudas exceden y mucho los límites, las posibilidades y los objetivos del presente trabajo. Sin embargo, Poulantzas nos brinda elementos que pueden ayudarnos a esclarecer, en algunos aspectos, estos cuestionamientos. Para el autor, los procesos de transición hacia un nuevo modelo de producción y, consiguientemente, hacia un nuevo modelo social, deben asentarse en experiencias nacionales que tengan en cuenta las singularidades específicas de cada Estado nacional y viabilicen de este modo la materialización de alternativas concretas. El sustrato nacional constituye, para Poulantzas, el punto de partida y la base objetiva para la

internacionalización del proletariado (Poulantzas, 1978 [1981]: p. 119). Estas consideraciones nos posicionan frente a una serie de problemas políticos profundos que atañen a su vez a la organización de las fuerzas políticas y movimientos subalternos.

Me adentraré a continuación en una cuestión sumamente trascendente y que interesa superlativamente a los fines de mi trabajo: la cuestión de los vínculos Estado - clases dominantes y Estado - clases dominadas.

Para Poulantzas, el Estado constituye un componente esencial en la propia organización de las clases dominantes, en la medida en que contribuye a la unificación del interés político de las diversas facciones que componen el bloque de poder. Administra el equilibrio inestable de los compromisos implícitos en las relaciones entre los diversos oponentes, en función de los intereses de una facción hegemónica, manteniendo sin embargo, un grado de autonomía relativa con relación a la misma y con relación al resto de los sectores integrantes. El Estado constituye la unidad política de las clases en el poder y la instancia que las instaura en tanto clases dominantes. (Poulantzas, 1978 [1981]: p. 129).

Así, argumenta el autor, las contradicciones de clase se inscriben en la estructura material del Estado, a la vez que determinan su configuración y sus transformaciones. Por su parte, las clases y facciones de clases que conforman el bloque de poder participan de la dominación política en la medida en que están presentes en el Estado. Estas diversas clases y facciones detentan estrategias específicas para asegurar su permanencia e introducir sus pautas e intereses a través de incisiones concretas en la política estatal (Poulantzas, 1978 [1981]: 138). Nos encontramos frente a un escenario donde redes de poder se entrecruzan a partir de un conjunto de procesos estratégicos manifestando no pocas tensiones y contradicciones.

Por otra parte, argumenta Poulantzas, el Estado juega un papel primordial en la consolidación de las tácticas y estrategias destinadas a garantizar la reproducción del poder de las clases dominantes. Estos procesos lejos están de resultar lineales, uniformes y monolíticos. El Estado alberga en su seno la producción de múltiples discursos que, encarnados en sus diversos aparatos, responden a las necesidades de las clases a los cuales están dirigidos. En este sentido, el discurso del Estado es entonces segmentado y fragmentado, según las directrices emanadas de las diversas estrategias

del poder (Poulantzas, 1978: p. 30). Consecuentemente, las contradicciones y divisiones manifiestas al interior del bloque dominante están estrechamente vinculadas al papel del Estado frente a las clases dominadas.

Veamos ahora lo que ocurre con clases dominadas. La relación del Estado con las masas populares se asienta en un sustrato material, un conjunto de acciones positivas que responden a los compromisos asumidos por las clases dominantes en función de la mantención de un campo de equilibrio y producto de las concesiones impuestas por la lucha de clases. La unificación del bloque en el poder es necesariamente acompañada por esfuerzos para polarizar y fragmentar las iniciativas y fuerzas políticas populares (Poulantzas, 1978 [1981]: p. 143). En este sentido, argumenta el autor, las luchas populares están inscritas y son intrínsecas a la trama del Estado y a su materialidad institucional. Sin embargo, la presencia de las clases dominadas en su seno responde a un conjunto de mecanismos destinados a garantizar su subordinación. Por lo tanto, ésta es una condición necesaria pero no basta para la construcción de alternativas. (Poulantzas, 1978 [1981]: p. 145 y 146).

A la luz de las consideraciones expuestas, me permito afirmar, junto con Poulantzas, que una transformación económica, política y social orientada a la emancipación de las masas populares está en buena medida supeditada a la ocupación progresiva de espacios en el seno del Estado por parte de sus organizaciones, que conduzca a una ampliación de su poder para imponer sus intereses y necesidades en la definición de políticas concretas, materializadas en los diversos aparatos estatales. Sin embargo, la presencia física en las instancias estatales deberá ser acompañada por el desarrollo de redes y focos de resistencia externos a sus aparatos. La autonomía de las masas populares y la ampliación de su poder en el seno del Estado aparecen ambos como componentes esenciales para su emancipación.

CAPÍTULO III

Movimientos sociales y acción colectiva. Un recorrido por los principales aportes teóricos

La definición de un campo de estudio

A los efectos de avanzar con los propósitos de esta disertación, rastrearé a continuación algunos de los principales debates que se han desarrollado en el campo del estudio de los movimientos sociales, procurando destacar sus alcances, sus límites, sus impactos e implicancias políticas a la luz de los fundamentos teóricos expuestos en los anteriores apartados. Discutiré especialmente las vertientes y paradigmas surgidos a partir de los años 60', inspirada en la búsqueda de herramientas analíticas pertinentes para el análisis de los actuales procesos de movilización social y acción colectiva.

A la hora de pensar las dinámicas de los procesos de movilización social, diversas unidades son plausibles de ser analizadas. La definición del objeto de estudio determina el tipo de abordaje a ser adoptado, induciendo la enfatización de determinados aspectos en detrimento de otros. Podemos optar por el estudio de un sujeto colectivo o podemos centrar el análisis en una acción conflictiva. Las unidades de análisis empleadas para la comprensión de este objeto de estudio han variado a lo largo del tiempo dando origen a paradigmas diversos que responden, en cierta medida, a las transformaciones en el escenario político y a las mutaciones societales en términos más generales.

La comprensión de los procesos de movilización social y acción colectiva estuvo, en sus orígenes, asociada al campo de la psicología social. Las perspectivas clásicas, calificaban la participación de los individuos en acciones colectivas como comportamientos anómalos producidos por reacciones psicológicas adversas frente a determinadas situaciones de tensión social. Diversas corrientes pueden ser identificadas al interior de esta perspectiva. Algunas, más vinculadas al las teorías del funcionalismo, atribuían a los cambios estructurales en el sistema social y el consecuente debilitamiento de los órganos de control la organización de los individuos en movimientos

sociales¹⁰. Otras tendencias, arraigadas en la matriz del interaccionismo simbólico, enfatizaron la dimensión subjetiva de la acción, en detrimento de sus componentes políticos¹¹. A pesar de sus matices, podemos evidenciar en estas dos corrientes un conjunto de elementos comunes. Las instancias de manifestación colectiva eran entendidas como expresiones de carácter irracional y marginal, reacciones frente a las transformaciones sociales que aparecen como los principales motores de la organización. Sentimientos de descontento, frustración, miedo e incertidumbre inspirarían la emergencia de acciones de carácter reactivo que podían expresarse como meras manifestaciones espontáneas de las masas o bien como incipientes atisbos de movilización colectiva sustentados en formas de comunicación rudimentarias. El contagio y el rumor aparecían como los canales esenciales para la articulación de acciones colectivas cuyo grado de institucionalización se evidenciaba como inexistente o, más bien, permanecía oculto.

Más adelante, un conjunto de estudios estrechamente inspirados en elementos provenientes en las mencionadas tendencias, abordaron el análisis de las varias manifestaciones del comportamiento colectivo. Los mismos se adentraron en la indagación del amplio espectro que componen los fenómenos comportamentales, abarcando desde el pánico hasta la revolución. Según estos abordajes, el comportamiento colectivo constituye una manifestación de creencias y patrones normativos compartidos (Smesler, 1962, 1968; Turner 1969). Cuando procesos de crisis amenazan las normas y valores sociales compartidos, las respuestas que emergen en busca del restablecimiento del orden se articulan en torno a creencias comunes movilizandando energías colectivas. En estos abordajes, los movimientos sociales se desdibujan como actor específico y, consecuentemente, como objeto de análisis para pasar a constituir una forma particular de comportamiento.

Paralelamente, una importante cantidad de contribuciones al campo de estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva, aunque no abocadas explícitamente a estas temáticas, provienen de la perspectiva marxista. Los esfuerzos teóricos inspirados

¹⁰ Smesler aparecerá luego como uno de los principales precursores de esta tendencia.

¹¹ Herbert Blumer, uno de los precursores del interaccionismo simbólico dedicó parte de su obra al análisis sobre la conformación de los movimientos sociales y sus dinámicas de actuación centrandando sus conceptualizaciones en los componentes motivacionales implícitos en las interacciones entre los sujetos.

en esta matriz interpretativa, estuvieron eminentemente centrados en el análisis del movimiento obrero, expresión emblemática que encarnaba un fuerte protagonismo en el escenario emancipatorio¹². La clásica oposición burguesía-proletariado, empresarios-empleados, capital-trabajo se consolidaba como la esencia del conflicto, en sociedades donde el trabajo se tornaba un elemento articulador de la vida social. En este contexto, una pluralidad de actores pertenecientes al campo popular intervenía en el marco de una matriz sindical, cuya presencia era sin lugar a dudas inminente. Los abordajes historiográficos sobre la conformación de la clase obrera constituyen sin lugar a dudas una fuente esencial para el estudio de los procesos de movilización social. Sin embargo, las restricciones de su objeto de análisis nos obligan a encarar esfuerzos para avanzar hacia una ampliación de los instrumentos interpretativos que permita dar cuenta de los actuales procesos de organización colectiva.

La década de 1960 estuvo marcada por una multiplicación de las acciones de movilización colectiva y una creciente intensificación de la protesta social. Europa y Estados Unidos, pero también América Latina, asistieron la emergencia de manifestaciones colectivas de índole diversa. La efervescencia popular se hizo presente incitando numerosos debates y reflexiones teóricas. La profunda reconceptualización de los marcos analíticos tradicionalmente empleados para el estudio de las formas de acción colectiva se tornó, en este contexto, inaplazable.

Entonces, una nueva unidad de análisis irrumpió en la escena del debate. La idea de Nuevos Movimientos Sociales emergió para dar cuenta de aquellas expresiones colectivas que comenzaban a desarrollarse por fuera de los márgenes definidos en el marco de la denominada matriz sindical, trayendo a la luz nuevas temáticas reivindicativas y prácticas de movilización innovadoras orientadas hacia una forma de interpelación que, abandonando el carácter clasista de la lucha, incorporaban demandas particulares. El movimiento feminista, el movimiento negro, el movimiento indígena, organizaciones de paz y corrientes ambientalistas constituyeron algunos de los

¹² Autores como E. P. Thompson encararon estudios historiográficos rigurosos, destinados a identificar los procesos de movilización de la clase obrera. La riqueza descriptiva acerca de la naturaleza y los impactos de acciones emprendidas por los incipientes grupos operarios providencia elementos sin duda interesantes para el análisis de los procesos de movilización social.

principales focos de atención para la mencionada tendencia¹³. El llamado a la diferencia apareció como el común denominador que subyace a estos diversos tipos de reivindicación. Asimismo, se hizo presente en el campo de los estudios sobre estos procesos. Durante este período, se observa el corrimiento o desliz de una matriz sindical clásica a una matriz de carácter más amplio.

Las modalidades de interpretación inspiradas en la mencionada revisión teórica adquirieron características sumamente diversas, aunque evidenciaron elementos comunes que permitieron a muchos autores identificar la existencia de dos grandes vertientes de pensamiento. El paradigma de la identidad y el de la movilización de recursos (Cohen, 1985), respectivamente, si bien albergan numerosos matices en su interior, constituyen las grandes corrientes interpretativas en el campo de estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva. Klaus Eder (1993) identifica, junto con Eyerman y Jamison (1991), una división entre las corrientes americanas y europeas, cuyas formas de interpretación evidencian un abismo. Según la clasificación propuesta por el autor, en Europa un conjunto de abordajes, próximos a los paradigmas historicistas, conciben a los movimientos sociales en tanto nuevos actores históricos, portadores de proyectos políticos. Para Eder, las variaciones entre las conceptualizaciones enmarcadas en esta vertiente radican en la positividad o negatividad que las mismas adjudican a estos “nuevos movimientos sociales”. Por su parte, continúa Eder, la vertiente americana ha estado dominada por el denominado paradigma de la movilización de recursos. La idea central es que los movimientos existen a través de organizaciones que reclutan recursos humanos (miembros) y materiales (dinero). Las formas de organización se constituyen, según Eder, como el principal objeto de análisis en esta perspectiva. Según el autor, la ambigua idea de “acción histórica”, defendida por la vertiente europea, es reemplazada en este paradigma por la de “acción organizada”. A los ojos de Eder, la vertiente americana se sustenta, en una teoría racionalista sobre los ambientes de actuación para dar cuenta de la emergencia y la existencia de la acción colectiva.

¹³ Cabe mencionar que en el marco de esta unidad de análisis se acuñan hoy ciertas categorías más aglutinadoras tales como los de movimientos socioculturales, movimientos urbanos y movimientos territoriales que han adquirido un importante protagonismo a lo largo de los últimos años.

Diversos intentos de articulación entre ambas vertientes fueron ensayados. Cohen (1985) procura combinar ambas perspectivas argumentando la complementariedad de la *movilización de recursos* y la *generación de recursos*. Esta última, alude a los movimientos sociales como productores de nuevas orientaciones culturales compartidas. Klandermans (1988), por su parte, propone la idea de *movilización del consenso* para referir a un proceso de propagación presente en el surgimiento de las acciones colectivas, donde la motivación al acto de muchos lleva a la acción de unos pocos. Juzgando a ambas interpretaciones insuficientes, Eder (1993), propone situar el análisis en los procesos de producción y reproducción de los actores colectivos en tres niveles: micro (que identifique los fundamentos sociales que motivan la acción), macro (que incorpore la necesidad de generación de fuentes y poder), y meso (que aborde las interrelaciones entre los dos niveles anteriores).

En los años 1990, el avance de las políticas neoliberales marcó un importante reflujo de los movimientos sociales frente a una cada vez más marcada ineficacia de los formatos de acción clásicamente utilizados. Las antiguas formas de lucha, tales como la huelga y la movilización, comenzaron a padecer una suerte de agotamiento, dando origen al surgimiento de nuevas expresiones de reivindicación. En esta coyuntura, las categorías de análisis hasta entonces empleadas comenzaron a evidenciar una incapacidad para incorporar los matices que inundan el campo de la movilización social. La construcción de un nuevo paradigma analítico se hace en este contexto inminente. En las consideraciones finales de este trabajo, me referiré a algunas de las nociones que, a partir de entonces, cobraron mayor impacto, especialmente en el contexto latinoamericano. Por ahora, continuaré desarrollando las herramientas teóricas que orientan las discusiones propuestas en este trabajo.

Sintetizaré en las próximas páginas los aportes de los principales autores representantes de los mencionados paradigmas interpretativos de la identidad y la acción estratégica o movilización de recursos. Asimismo, abordaré el nuevo paradigma de los movimientos sociales propuesto por Offe y la idea de Multitud.

La vertiente americana. El paradigma de la acción estratégica

Los antecedentes del paradigma de la acción estratégica se sitúan en la *escuela de la movilización de recursos*, que en los años 60´ había tenido una gran aceptación en la sociología norteamericana. Frente a la multiplicación de las formas de expresión popular que revelaban un considerable grado de organicidad en materia de establecimiento de metas, objetivos y estrategias empleadas para su consecución, esta vertiente propuso un modelo de interpretación basado en la identificación de los aspectos racionales contenidos en la vinculación entre medios y fines. La movilización social pasó a ser entendida entonces como un conjunto de acciones colectivas orientadas a fines racionales, acordes a los intereses de un determinado grupo social. En cierta medida, esta propuesta se configura como un modelo orientado al análisis del conflicto y la lucha por el poder. La revelación de las potencialidades creativas de la acción colectiva, comprendida en sus contenidos, sus modalidades y sus formas de manifestación, apareció como un elemento indispensable para la construcción de nuevos marcos de inteligibilidad que guiaran el estudio de los procesos de movilización social.

Introduciendo significativas reformas en la matriz analítica del paradigma de la movilización de recursos, que apuntaron básicamente a la contemplación de las dimensiones contextuales, el paradigma de la acción estratégica colocó en el centro la presunta racionalidad del actor, enfatizando la capacidad organizativa de los sujetos y destacando la dimensión política de la movilización. La racionalidad estratégica se tornó un elemento analítico fundamental, emparentando esta corriente a las teorías de la elección racional (Rational Choice Theories), cuyo auge en el ámbito de la academia americana evidenciaba su máximo esplendor. Con el objeto de subrayar el carácter público de la acción, la naturaleza contenciosa y la inscripción política de las acciones de movilización, esta corriente teórica enfatizó las nociones de acción colectiva, acción contenciosa y protesta social¹⁴.

¹⁴ Arraigada en la idea de acción contenciosa, la noción de *protesta* surgió en los debates de algunos países latinoamericanos, particularmente en Argentina, para hacer referencia al tipo de expresiones que, manifestando un cierto grado de efervescencia, imprimen un carácter directo y disruptivo a la acción colectiva. Desde mediados de los 90´, esta idea se ha ido revistiendo de nuevos registros y comenzó a designar a aquellas acciones contenciosas que tienen una cierta visibilidad pública y que manifiestan demandas frente al Estado. Considero que, al centrar el análisis en las expresiones o manifestaciones de la movilización, esta idea enfatiza el carácter fragmentario de la misma, obstaculizando la identificación de elementos aglutinadores que, estableciendo puentes entre los diversos actores que componen el campo popular, permitan avanzar hacia el fortalecimiento de acciones conjuntas. De este modo, prepondera el carácter reactivo y destituyente de la movilización, menospreciando los componentes instituyentes en ella inscriptos. Por otra parte, cabe mencionar que el término protesta social es utilizado indiscriminadamente

En esta perspectiva teórica, los vínculos que los grupos y actores colectivos establecen con el contexto en el cual los mismos se constituyen y ejercen sus acciones, adquieren un énfasis preponderante. El ambiente se configura como un marco de estructuración externa que determina las posibilidades de la acción colectiva. Las relaciones de los movimientos colectivos con el medio externo aparecen como un componente esencial en su constitución en tanto agentes políticos. Considero que este elemento resulta sin lugar a dudas de enorme importancia para el análisis de las acciones colectivas en la medida en que incorpora la consideración de factores situacionales que permiten dar cuenta las mismas en su entera complejidad. Sin embargo, alberga asimismo el alarmante riesgo de sugerir interpretaciones que atribuyan un carácter pasivo a la acción de los colectivos sociales, socavando su potencial creativo. Por otro lado, el carácter instrumentalista de la acción política promulgado por esta perspectiva supone una concepción limitada de la capacidad reflexiva de los actores. Restricta a sus aspectos racionales y teóricos, la racionalidad instrumental menosprecia las formas complejas de pensamiento práctico que involucran aspectos del mundo simbólico, creencias, valores, y elementos afectivos¹⁵.

Más allá de sus riesgos y debilidades, esta propuesta teórica se ha conformado como una suerte de artefacto analítico que hoy es dominante y proporciona un andamiaje para la discusión. Sintetizaré a continuación las propuestas teóricas de algunos de sus principales representantes.

Realizando una aproximación histórica sobre el desarrollo de *la acción popular colectiva* en las principales ciudades europeas durante el siglo XVIII, Charles Tilly identifica la presencia de este tipo de acontecimientos cuando un conjunto de personas que comparten un interés o una aspiración común se reúnen para actuar en función de determinados intereses o aspiraciones. El autor se concentra en el estudio de las denominadas *acciones contenciosas*, ocasiones en que personas reunidas manifiestan sus demandas a través de declaraciones, movilizaciones, petitorios y diversas

por los medios de comunicación. La vulgarización de esta noción ha generado numerosas objeciones inclusive por parte de los propios actores sociales involucrados.

¹⁵ Domingues (2004) identifica tres dimensiones en el ejercicio de la reflexividad: una primera dimensión de carácter no identitario; una segunda dimensión que incorpora modalidades complejas de pensamiento práctico (incluyendo aspectos afectivos, creencias y valores en la ordenación del mundo simbólico); y una tercera dimensión de tipo racionalizante. (Domingues, 2004: p. 101 y 102)

expresiones simbólicas. El análisis de las dinámicas urbanas permite a Tilly identificar las relaciones que existen entre las protestas y las formas rutinarias en que los actores manifiestan sus intereses. Es de este modo que el autor se adentra en el análisis de los modos en que las particulares geografías y estructuras sociales del siglo XVIII conformaron el carácter de la acción popular colectiva.

Tilly propone la idea de *repertorios de acción* para referir al conjunto de medios de que un grupo dispone y los significados que utiliza para la manifestación de sus demandas. Se configura como un elemento a la vez estructural y cultural que conduce el desarrollo de las acciones colectivas combinando las herramientas contenidas en el saber hacer del grupo, en las formas culturales y en las expectativas de la población (Tilly, 1981). Los repertorios constituyen un marco para la interacción social, determinando un conjunto de normas que orientan la acción. Su fuerte grado de organicidad los determina como estructuras de carácter permanente, cuyas transformaciones están supeditadas a cambios profundos de carácter sistémico que involucran aspectos políticos, económicos y sociales. Para Tilly, las transformaciones en la configuración de los procesos de movilización social se evidencian en los cambios de repertorios de acción.

Examinando el desarrollo y la evolución de los repertorios de significados involucrados en la acción colectiva, el autor busca especificar la relación entre los cambios sociales de carácter más amplio y estructural que tuvieron lugar en el siglo XVIII y los actos que se tornaron visibles en las concentraciones colectivas. Con tal objeto, examina las variaciones en los repertorios de significados de la acción y el motivo de las mismas. A través de la descripción de acontecimientos específicos, el autor realiza una minuciosa caracterización del despliegue de símbolos dramáticos involucrados en los rituales populares y comunitarios. Define a las acciones colectivas como formas culturales y demuestra que la acción popular colectiva empleaba un vocabulario específico muy rico y variado compuesto de palabras, símbolos y gestos, donde la expresividad adquiriría un papel central. Se trataba de un vocabulario común, donde operaban un conjunto de códigos de aprobación y desaprobación. Consistía en una representación o performance multitudinaria donde alguna rutina, que normalmente correspondía a una función mal ejecutada por las autoridades, era parodiada como forma de repudio y manifestación de rechazo. Constituían una especie de amenaza en

tanto que las masas populares se mostraban, a través de este tipo de manifestaciones, capaces de iniciar una revuelta y hacer valer la ley por sus propios medios. (Tilly: 1981)

Las formas de acción colectiva, argumenta Tilly, descansan en una serie de presupuestos y condiciones básicas. En primer lugar, suponen que las personas ordinarias se agrupan en órganos más o menos corporativos (comunidades, agrupaciones religiosas, grupos de trabajadores, etc.), para ejercer sus derechos colectivos. Suponen además que las leyes estaban diseñadas para proteger dichos derechos y que las autoridades se encontraban dispuestas a respetar y hacer respetar la ley. Por último, presumían que el o los hombres escogidos para ser los portavoces de un grupo corporativo tenían el derecho y la obligación de realizar manifestaciones públicas acerca de sus luchas y sus demandas (Tilly: 1981)

El autor presenta una interesante paradoja en la caracterización de este tipo de acciones. Las demandas de soberanía popular, por un lado, amenazaban con profundas alteraciones del sistema. Pero, sin embargo, las formas de acción colectiva, a través de sus expresiones y manifestaciones, asumían la existencia y la vigencia del mismo. Al describir las formas de acción colectiva en París durante el período revolucionario, el autor da cuenta de las significativas mutaciones evidenciadas por las formas de acción popular. El surgimiento de clubes, comités y foros públicos de debate constituyen algunos ejemplos de estas mudanzas. En este sentido muestra asimismo cómo la emergencia de las campañas electorales, la expansión de acciones de huelga y paralización y el surgimiento de movimientos sociales, respondieron a transformaciones que eran ya visibles en muchas ciudades europeas hacia fines del siglo XVII (Tilly: 1981)

Tilly defiende la idea de que para identificar los significados de la acción colectiva en un determinado contexto histórico, es necesario adentrarse en un análisis pormenorizado de la vida cotidiana de las ciudades y sus estructuras subyacentes. En tal medida, para el autor, el carácter de la acción colectiva refleja el carácter de las propias ciudades. Ciudades segregadas en pequeñas sub-comunidades, organizadas políticamente en torno a un escenario de intereses corporativos y redes clientelares de trabajadores iletrados. Estas ciudades producían un tipo de acción colectiva capitalizada en canales autorizados de manifestación pública, tales como ferias y mercados y se

basaba en ceremonias que usaban el teatro de calle y la lucha simbólica como formas de manifestación que, como vimos, frecuentemente consistían en representaciones multitudinarias de funciones incumplidas por las autoridades locales. En el siglo XIX, con el crecimiento de las ciudades industriales y la consecuente reorganización de la vida política, los elementos distintivos que habían caracterizado la acción popular colectiva durante el siglo anterior, tendieron a desaparecer. En las ciudades de fines del siglo XVIII, nuevas estructuras de acción emergentes se convertirían en las formas dominantes que caracterizarían el repertorio de la acción colectiva del siglo XIX.

Se observa que, si bien reconoce la existencia de progresivas modificaciones en los repertorios de acción, el autor defiende la idea de que transformaciones radicales en las formas de acción colectiva dependen en buena medida de fluctuaciones en las estructuras de intereses, de oportunidades y organizativas, vinculadas a transformaciones más amplias a nivel estatal y societal. De este modo, serían las drásticas transformaciones en el Estado capitalista moderno y sus dramáticas consecuencias las responsables por una alteración en las formas colectivas de manifestación (Tilly, 1981). Esta afirmación nos coloca frente al riesgo anteriormente alertado en la medida en que puede llegar a sugerir una cierta pasividad de los actores sociales.

Con todo, considero que el análisis de los repertorios de acción colectiva propuesto por el autor en estrecha relación con las dinámicas propias de los contextos históricos en los cuales éstos se manifiestan, constituye una herramienta teórica fundamental para analizar las nuevas formas de protesta y movilización colectiva que se multiplican hoy en día en nuestros países. Entretanto, nos atrevemos a decir que para el abordaje crítico de la complejidad de estos procesos no basta con una mera descripción de las modalidades y estrategias de acción implementadas por grupos y movimientos sociales en demanda del cumplimiento de sus intereses colectivos. Resulta necesario, por tanto, identificar los componentes simbólicos que subyacen a estas manifestaciones populares colectivas y, profundizando aun más el análisis, ahondar en las relaciones que estos tipos de manifestación simbólica establecen con las dinámicas cotidianas de los espacios y contextos políticos y sociales en los cuales estos procesos se desarrollan. Tal como sostengo en este trabajo, resulta necesario incorporar los vínculos que los actores

colectivos mantienen con el Estado, aspecto escasamente presente en la propuesta de Tilly.

Dando continuidad a la perspectiva propuesta por Tilly, y ampliando sus límites, Sydney Tarrow identifica la emergencia de movimientos sociales con la constitución de desafíos colectivos por parte de individuos que comparten una serie de propósitos comunes y vínculos solidarios en contraposición a un grupo contrincante. Su surgimiento se ve estrechamente relacionado a la creación de las condiciones y oportunidades políticas necesarias para la articulación de una acción contenciosa, acto irreducible que subyace a todo movimiento o revolución social (Tarrow 1994: p.2 y 3).

El registro de la dimensión histórica de la acción colectiva aparece como un elemento sumamente significativo en esta perspectiva teórica que destaca la importancia de los aspectos empíricos, coyunturales y situacionales para el análisis de los procesos de movilización social. La influencia de la estructura de oportunidades políticas en el surgimiento y la consolidación de los movimientos y acciones colectivas da cuenta de esta preponderancia. El énfasis otorgado al establecimiento de retos colectivos y propósitos comunes y al reconocimiento de intereses compartidos que conducen a la consolidación de la solidaridad colectiva, nos posiciona frente a una propuesta claramente sustentada en el análisis de acciones y estrategias orientadas a fines, donde ciertos matices utilitaristas se hacen presentes. La preocupación central radica en hallar el por qué y el modo en que poblaciones autónomas, desorganizadas y dispersas se articulan y coordinan para dar lugar al sostenimiento de una acción común. Las condiciones necesarias para la emergencia de lo que el autor denomina *poder en movimiento*, las dinámicas que adopta la movilización social, así como los resultados, productos e impactos de las acciones colectivas aparecen como ejes centrales de análisis.

Uno de los principales argumentos del autor postula que la organización de individuos en movimientos responde a la concreción de una oportunidad política determinada y genera cambios en la estructura de oportunidades que propician, a su vez, el surgimiento de nuevos movimientos y formas de organización social. El autor entiende por *estructura de oportunidades políticas* a aquellas dimensiones del ámbito político que animan o desaniman a los individuos para el ejercicio de una acción

colectiva. La idea refiere fundamentalmente a aquellos elementos externos al grupo que pueden resultar ventajosos o desventajosos para la articulación de acciones. La estructura de oportunidades políticas revela potenciales aliados y pone en evidencia la vulnerabilidad de las elites y autoridades adversarias. En este sentido, se configura como un marco para la acción de grupos y movimientos. La apertura en el acceso a los espacios de poder es propiciada por un conjunto de dimensiones que provocan cambios radicales en la estructura de oportunidades políticas. La liberalización del sistema político que implique la ampliación de los espacios de participación e incidencia de los actores sociales en las políticas públicas; posibles realineamientos al interior del sistema o el desplazamiento de los sectores gobernantes; la aparición de aliados estratégicos a nivel de las instituciones políticas; grietas producidas al interior de las elites; el debilitamiento del poder represivo del Estado constituyen algunas de estas dimensiones (Tarrow 1994: p. 17 y 18).

Una vez que las oportunidades políticas son efectivizadas, la acción colectiva es coordinada y difundida gracias a la interacción entre grupos. La existencia de redes sociales e instituciones que garantizan el sostenimiento de la acción a través de la articulación de estrategias para la consecución de determinados fines identificados como comunes adquieren en este sentido una significación preponderante. Las denominadas *estructuras de movilización* (Tarrow, 1994: p. 21) son las que posibilitan la transformación de las acciones colectivas episódicas en movimientos sociales. Las dinámicas de la movilización están condicionadas por una serie de factores internos y externos que determinan su sostenimiento y continuidad. En este sentido, el papel de las transformaciones sociales y avances tecnológicos que implican innovaciones en el ámbito de la comunicación, resulta fundamental no sólo para la articulación de las acciones de movilización sino también para la difusión de las demandas reivindicativas.

Para Tarrow, la afirmación de una acción colectiva o un movimiento social implica necesariamente la asignación de fuentes de poder a actores sobre cuyas acciones el grupo no tiene control. La apertura y ampliación del poder determinan un espectro potencial de expansión que puede propiciar una dispersión de las acciones o bien el surgimiento de facciones contrapuestas que acaben con su destrucción. Por otra parte, la misma estructura de oportunidades políticas que le dio origen puede haber favorecido asimismo el surgimiento de otros movimientos que bien pueden resultar

complementarios o transformarse en adversarios hostiles. Además, como vimos, el suceso y la expansión de la acción colectiva provocan transformaciones en la estructura de oportunidades políticas incitando reacciones tanto por parte de nuevos grupos y actores sociales como por parte del Estado. De este modo, el triunfo o el fracaso de los movimientos sociales están supeditados, para el autor, a una conjunción de fuerzas externas que exceden los límites de su control (Tarrow 1994: 23 y 24).

Tarrow introduce la noción de *ciclos de protesta* para referir a procesos dinámicos por medio de las cuales aperturas progresivas en la estructura de oportunidades políticas motiva el surgimiento de nuevas acciones colectivas que propician a su vez nuevas oportunidades y nuevas formas de acción, originando una intensificación del conflicto social. La multiplicación de movimientos y actores colectivos que experimentan diversas acciones confrontativas, contribuye a la difusión de los ciclos de protesta en la medida en que nuevos grupos, hasta entonces desmovilizados, se ven incitados a perseguir la consecución de similares resultados. Manifestaciones institucionalizadas del conflicto y la protesta se combinan con instancias de participación desorganizada y espontánea (Tarrow, 1994: p. 24).

Tal como lo postula Tarrow, la expansión de la protesta crea las condiciones y oportunidades para el surgimiento nuevas elites y grupos opositores. El establecimiento de alianzas y la articulación de acciones estratégicas entre grupos de intereses contradictorios suele acompañar el alcance de resultados en la esfera política, donde las respuestas por parte del Estado combinan instancias de represión y reforma. En su punto culmine, los ciclos de protesta propician la emergencia de movimientos revolucionarios. A diferencia de las acciones colectivas o movimientos de protesta, las revoluciones implican la instauración de nuevos polos de soberanía en el marco de procesos de lucha por la conquista del poder. Las acciones colectivas que se desarrollan en el marco de procesos revolucionarios incita la participación de otros grupos providenciando las bases para la consolidación de fuerzas y movimientos políticos que favorecen la construcción de nuevas redes institucionales (Tarrow 1994: p. 24 y 25).

La noción de estructura de oportunidades políticas nos abre, en cierta medida, un camino para la incorporación de los vínculos entre los actores sociales y el Estado en el análisis de las acciones colectivas, en la medida en que éstas aparecen inmersas en una

compleja trama de oportunidades y condicionamientos políticos que involucran a una multiplicidad de fuerzas en una red de intereses y acciones que ponen en escena a numerosos participantes y, asimismo, al Estado. Los resultados de la protesta no son por tanto considerados de forma unidireccional. Sin embargo, asumo que en la propuesta teórica de Tarrow, los mencionados vínculos no aparecen aún lo suficientemente trabajados. La idea de estructura de oportunidades políticas enfatiza más bien, en Tarrow, la consideración de los múltiples grupos, acciones e intereses involucrados en las acciones colectivas, donde la identificación de los repertorios de acción colectiva, de las redes sociales en las cuales las mismas se redesarrollan y de los esquemas culturales alrededor de los cuales se articulan, aparecen como los elementos centrales en el análisis.

La matriz identitaria en la vertiente europea

En la década de 1980, un conjunto de autores europeos se pronunciaron a favor de una redefinición de los parámetros tradicionalmente empleados para el estudio de los movimientos sociales. Contraponiéndose a las visiones marxistas clásicas, los denominados paradigmas de la identidad (Cohen, 1985) que se circunscriben a la ya mencionada vertiente europea (Eder, 1993), procuraron descentrar el foco del análisis de los conflictos de clase, abandonando asimismo al Estado como ámbito central en los procesos de lucha protagonizados por grupos sociales movilizados. Priorizando la noción de conflicto y estableciendo niveles de diferenciados de acción, este paradigma establece el problema de la identidad colectiva como un componente esencial. La emergencia de prácticas contestatarias en el seno de la sociedad civil producto del advenimiento de las transformaciones societarias, la consecuente construcción de identidades colectivas, los significados de la participación social, las relaciones y formas de sociabilidad internas, los diversos estratos que componen los grupos y organizaciones sociales y las características de los procesos decisorios, aparecen como algunas de las preocupaciones centrales que inspiraron el desarrollo de esta corriente.

Alain Touraine, uno de los principales precursores de esta corriente, apela a la necesidad de remplazar las concepciones tradicionales acerca de la vida social,

organizadas a partir de conceptos tales como sociedad, evolución y roles sociales, por nuevas perspectivas teóricas donde las ideas de movimientos sociales y sujetos cobren asimismo un papel central. La sociología clásica, en sus diversas vertientes, es definida por el autor como una ideología propia de la modernidad, donde la centralidad de la evolución histórica, la identificación del sistema social con el Estado y las instituciones, el peso asignado a los procesos de socialización y la preocupación por identificar las posiciones que los actores ocupan en el sistema social, contribuyen a la consolidación de visiones estáticas y esquemas teóricos cerrados que dejan poco espacio para el desarrollo de la idea de acción social (Touraine, 1984).

Frente a lo que el autor diagnostica como una descomposición de los sistemas clásicos de análisis, producto de la acelerada transformación de las pautas culturales, económicas, políticas y sociales, propone una *sociología de la acción* que permita dar cuenta de sistemas humanos abiertos, donde los sujetos son capaces de producir y transformar sus propios fines a partir de la capacidad de actuar por sí mismos (Touraine 1984: p.13, 17). La sociología de la acción, constituye una propuesta teórica donde las ideas de *acción social*, *sistemas de acción*, y *movimientos sociales* se articulan para dar origen a una representación acerca de la vida social fundada en las nociones de cultura e historicidad. Las formas de producción social emanan de los propios sujetos quienes, a través de la generación de modelos culturales y formas de historicidad, propician una suerte de movimiento de liberación de la creatividad humana. El principio de unidad de las sociedades humanas está dado en esta concepción por su capacidad para actuar sobre sí mismas, poniendo en juego un conjunto de recursos y modelos culturales permanentemente contruidos y transformados por diversos actores sociales que negocian su definición y disputan su control definiendo asimismo las pautas que rigen la organización social. En este sentido, la vida social es concretada por la acción auto productiva y auto transformadora de los sujetos y constituye el campo de generación y manifestación de la historicidad, producto de conflictos sociales y fundada en la conciencia de los sujetos (Touraine, 1984: 84, 85, 95 y 96). Precisamente, la apelación a la idea de *identidad* alude a una fuerza infrasocial natural, en oposición a la imposición externa de determinados roles sociales. En su construcción se aloja, para Touraine, el origen de los movimientos sociales.

Remontándonos al dilema entre el papel de acción creativa de los sujetos y el peso de los determinantes socio económicos en los procesos de estructuración social, puede observarse que en Touraine la potencialidad humana se sobrepone marcadamente sobre los condicionantes externos. Tal como vengo argumentando, la desconsideración de las dimensiones materiales en el análisis de las dinámicas sociales y, particularmente, de los procesos de movilización social conlleva implicaciones tanto teóricas como prácticas, desde mi punto de vista, indeseables. En este sentido, la afirmación del carácter auto productivo o auto transformador de los sujetos puede conducirnos tanto a aspiraciones ideales acerca de las potencialidades emancipatorias de los actores sociales, como a argumentaciones que legitimen la supremacía de unos sobre otros.

Avanzando hacia la consolidación de la mencionada sociología de la acción, el autor define tres tipos de acciones conflictivas que procuran transformar uno o más aspectos de la organización social y cultural: conductas colectivas; luchas; y movimientos sociales. Las *conductas colectivas* constituyen acciones defensivas frente a las amenazas producto de las transformaciones evidenciadas por los sistemas sociales. Esfuerzos de reconstrucción o adaptación tendientes a paliar los efectos negativos de uno o varios elementos del sistema. Motivadas por coacciones económicas y/o políticas de carácter externo, se presentan como iniciativas heterónomas cuya significación, definida en términos del funcionamiento del sistema social, no se arraiga en las representaciones o proyecciones colectivas de los actores en ellas involucrados. Las *luchas*, por su parte, suponen la articulación de mecanismos de transformación sustentados en fuerzas políticas orientadas a la modificación de determinados elementos de la realidad económica, política y social. Las luchas involucran factores y estrategias de cambio. Sin embargo, atendiendo aspectos particulares y parciales, no involucran la construcción de un sistema social. Finalmente, el autor atribuye la categoría de *movimiento social* a aquellas acciones conflictivas que, orientadas a la transformación de las relaciones de dominación, involucran la construcción de pautas de organización social sustentadas en determinados modelos culturales y formas de historicidad. Las situaciones sociales se configuran en esta perspectiva como el resultado de las luchas entre diversos movimientos y actores por el control de los modelos culturales y la historicidad. (Touraine 1984: p. 142 - 148). En oposición unos a otros y estableciendo

relaciones de conflicto y dominación, los movimientos sociales luchan por la gestión social de la cultura y las actividades que de ella devienen. El conflicto aparece como el elemento central a través del cual un campo de historicidad, conformado por un conjunto de modelos culturales en disputa, es plasmado en un sistema de relaciones sociales¹⁶.

En el esquema teórico propuesto por Touraine, la noción de *clase social* – que remite a los ojos del autor a una serie de categorías o situaciones sociales y dificulta el acercamiento a una visión dinámica del conflicto social –, es reemplazada por la idea de *movimiento social*, que viene a representar una acción socialmente conflictiva y culturalmente orientada, ejercida por un grupo social definido por su condición dependiente en relación a las formas de apropiación de la historicidad, de los modelos culturales, de la conciencia y de la moralidad frente a los que se orienta (Touraine, 1984: p. 102 y 152). Minorizando el papel del Estado y las instituciones en los procesos de organización social, el autor destaca el carácter transnacional de los movimientos sociales y establece la imposibilidad de articular acciones a nivel nacional.

A los fines de este trabajo, resulta interesante destacar las consideraciones de Touraine sobre la configuración de los nuevos conflictos y actores sociales. En el diagnóstico propuesto por el autor, advenimiento de lo que denomina la *sociedad programada o posindustrial* trajo consigo aparejado el surgimiento de nuevos patrones en torno a los cuales se organizan las formas de conflicto social y, por consiguiente, nuevos sujetos protagonistas. El acceso o no al conocimiento y al control de la información se configura, para Touraine, como la línea divisoria del conflicto. Con el fin de la sociedad industrial, basada en la contienda entre industriales y trabajadores, nuevos valores y concepciones son disputados por los movimientos sociales. Como habría de esperarse, el autor otorga una importante relevancia a los movimientos socio-culturales y a los movimientos socio-históricos en los procesos de transformación social.

¹⁶ Jeffrey Alexander identifica en Touraine el surgimiento de una nueva forma de historicismo, que resalta la contingencia y la reflexividad radical. Estima su propuesta teórica como una interpretación marcadamente cultural de los movimientos sociales, que enfatiza la disputa en el plano normativo generador del consenso como elemento central para explicar tanto los procesos de reproducción social como la viabilización de mudanzas en los padrones sociales vigentes. El autor califica la propuesta de Touraine como una teoría anti-societaria, centrada en el actor.

Fundada en estos principios, la sociología de la acción procura identificar las diversas significaciones sociales implícitas en las orientaciones culturales y movimientos sociales en conflicto. Se trata de un método de intervención sociológica que indaga sobre la producción de situaciones históricas por parte de los actores. De más está destacar la marcada ausencia del Estado en esta propuesta.

Situado en el mismo paradigma, aunque planteando un tipo de abordaje diferente, Melucci propone centrar el análisis de los movimientos sociales en la idea de *identidad colectiva*, que supone la construcción interactiva de las orientaciones, el campo de oportunidades y las coacciones en las cuales se circunscriben las acciones de individuos y grupos. La *identidad colectiva* es construida a la vez por la compleja trama de negociaciones establecidas entre los miembros que componen un grupo social y las relaciones que el colectivo establece con el resto de facciones sociales que configuran el sistema político y social. Lejos de representar una esencia amparada en determinados principios subyacentes, ésta aparece como el resultado de una serie de complejos intercambios, negociaciones, decisiones y conflictos entre actores (Melucci 1996: p.4).

En el esquema teórico propuesto por Melucci, las mencionadas orientaciones compartidas definen los sistemas de acción que subyacen a los movimientos sociales; y el conjunto de oportunidades y restricciones objetivas provenientes de los vínculos con el exterior (competidores, aliados, adversarios e, inclusive las respuestas emanadas del sistema político) establecen los límites y posibilidades de sus configuraciones, transformaciones y alcances. La dimensión simbólica adquiere en esta concepción un papel preponderante en relación a los intereses corporativos. Los grupos y movimientos se definen en la lucha por la redefinición de los universos simbólicos y normativos de los cuales forman parte. La disputa por la consolidación de *amarras simbólicas y culturales* revela la contraposición de significados diversos con relación a la orientación de la acción social (Melucci, 1985: 791).

Los movimientos sociales contemporáneos adquieren, para el autor, la forma de redes solidarias articuladas en torno a significados culturales fuertes que los distinguen de los actores políticos tradicionales y organizaciones formales próximas (Melucci, 1996: p. 4). Están representados por formas múltiples y variadas de acción colectiva,

sistemas conformados por complejas tramas que se inmiscuyen en los diversos niveles de la acción social en forma simultánea.

A la luz del diagnóstico del autor, en las sociedades complejas los conflictos sociales han tendido progresivamente a trasladarse de los ámbitos de contienda política tradicionales (tales como la clase) hacia el terreno cultural. Los signos se tornan intercambiables y el poder opera a través de los lenguajes y códigos que organizan los flujos de información. La acción política parece haber sido poco a poco reemplazada por interpelaciones de orden cultural que involucran el cuestionamiento al lenguaje dominante y a los códigos de organización de la información y las prácticas sociales. Operando por fuera de los marcos definidos por el sistema político, las acciones impulsadas por los movimientos sociales asumen una creciente autonomía. Éstas aparecen cada vez más íntimamente vinculadas a la vida cotidiana de los sujetos y volcadas hacia el ámbito de la experiencia individual en la medida en que involucran definiciones del ser de orden afectivo, simbólico y biológico en sus relaciones con el tiempo, el espacio y el otro (Melucci 1996: p.9).

Reconozco que los movimientos sociales y la acción colectiva constituyen fenómenos sumamente complejos, heterogéneos y fragmentados en cuyo seno se albergan una multiplicidad de significados, formas de acción y modelos organizativos diversos. En este sentido, las características de los procesos de movilización, las formas organizacionales, los modelos de liderazgo y las estrategias de comunicación constituyen niveles de análisis significativos para la reconstrucción de los sistemas de acción que subyacen a los movimientos sociales y actores colectivos.

Rechazando las concepciones que explican el surgimiento de la acción colectiva como el resultado de fuerzas naturales del devenir histórico, consecuencia de condiciones estructurales opresivas, y aquellas que restringen su generación a las creencias, las representaciones y la voluntad de los actores, Melucci propone entender a la acción colectiva como una construcción y avanzar hacia la identificación de los elementos específicos y generales implicados en su formación. El autor atribuye a la idea de movimiento social una dimensión estrictamente conceptual y define un conjunto de condiciones analíticas necesarias para tal asignación. En el esquema teórico propuesto, el concepto refiere a un particular nivel de acción colectiva en el cual se

evidencian: la articulación de un actor colectivo en torno a una solidaridad específica; la manifestación de un conflicto que involucra un adversario en la disputa por la apropiación y el control de una serie de recursos por ambos valorizados; una acción orientada al quiebre de los límites de compatibilidad del sistema en el cual se desarrolla. Luego de estas consideraciones básicas, el autor avanza hacia una clasificación minuciosa de la acción colectiva en general y, particularmente, de los movimientos sociales, estableciendo un conjunto de tipologías sustentadas en ramificaciones y combinaciones de los diversos aspectos mencionados (Melucci 1994: p. 22 a 41).

El modelo analítico propuesto por Melucci supone la identificación rigurosa y, por tanto, el reconocimiento de las diversas orientaciones, los sistemas de acción y los múltiples actores involucrados en las formas de acción colectiva, enmarcadas en un sistema de oportunidades y restricciones que determina las formas de relación con el entorno en el terreno fenoménico. La construcción social del colectivo implica el establecimiento y la consolidación de fines y significados comunes en relación a un ambiente externo. El sostenimiento y la eficacia de la misma dependen en buena medida de la capacidad para administrar las tensiones suscitadas entre los elementos que proporcionan el equilibrio interno y los intercambios con el entorno. El análisis sitúa el terreno de las relaciones sociales en el punto de encuentro entre sistemas sociales y formas de comportamiento y significación de los actores. La emergencia del conflicto y la formación de grupos antagonistas están vinculadas en esta perspectiva teórica a una ruptura en la reciprocidad y el reconocimiento por parte de los actores que participan en la producción de los recursos sociales básicos.

Los procesos de significación e identificación colectiva adquieren un papel preponderante en las conceptualizaciones acerca de la estructuración de los sistemas de acción colectiva propuestas por Melucci. La identidad colectiva constituye un proceso interactivo por medio del cual un conjunto de individuos o grupos definen el significado de su acción, así como el espectro de oportunidades y restricciones de la misma. La *identidad colectiva*, entendida como un proceso, involucra definiciones cognitivas (no necesariamente coherentes) respecto de los fines, los significados y el terreno de la acción, definidas a través un lenguaje compartido que incluye un conjunto de rituales, símbolos, prácticas y elementos culturales en general. Refiere a una red de relaciones interactivas entre individuos que suponen un componente emotivo en los procesos de

identificación de los individuos con la experiencia colectiva. (Melucci, 1996: p. 68 a 86).

Dada su especificidad conceptual, la propuesta teórica de Melucci puede resultar útil para el análisis de las dinámicas que subyacen al interior de los grupos y movimientos sociales.

El nuevo paradigma político de los movimientos sociales

Numerosos y muy intensos han sido los debates en torno a los alcances, los límites y la pertinencia de la categoría Nuevos Movimientos Sociales para el análisis de las acciones colectivas. Diversos autores se han pronunciado a favor o en contra de la mencionada conceptualización, manifestando argumentaciones vinculadas fundamentalmente al carácter novedoso o tradicional de las manifestaciones y dejando de lado cuestiones de carácter sustantivo acerca de las expresiones contemporáneas del conflicto social en el campo popular. Por este motivo, no es una intención del presente trabajo realizar una síntesis de los mencionados debates ni, mucho menos, adentrarnos en la mencionada contienda. Sin embargo, resulta interesante para profundizar las reflexiones que orientan su curso exponer sintéticamente algunas de las consideraciones propuestas por Claus Offe sobre las transformaciones manifestadas en las características de los procesos de organización y participación política¹⁷.

¹⁷ Aunque no le dedicaré especial atención en este trabajo a la visión propuesta por Jürgen Habermas para el análisis de los procesos de movilización social, dada la complejidad de su obra que podría naturalmente desviarme de los objetivos propuestos, considero pertinente en este punto realizar una breve mención. Para el autor, la pacificación del conflicto que tuvo lugar como consecuencia de la implantación del Estado Social, su consecuente institucionalización y su congelamiento, han dado lugar a una suerte de desplazamiento hacia nuevas vías de expresión que extrapolan los tradicionales canales de manifestación, circunscriptos fundamentalmente al ámbito de la producción y reproducción material. Las nuevas dimensiones a través de las cuales se canaliza el conflicto social, suscitan nuevos focos de protesta inmersos en acción comunicativamente estructurados. Según el autor, “viejos conflictos”, materializados en el tradicional “núcleo productivista”, institucionalizado como consecuencia de la expansión del Estado Social, son recubiertos hoy por demandas diversas, situadas en la periferia de dicho núcleo, que surgen como reacciones frente a las tendencias autodestructivas de la creciente complejidad sistémica. (Habermas 1984: vol II, p. 555 y 556). Movimientos de mujeres; grupos ecológicos, horrorizados frente a la inminente disminución de los recursos naturales y el progresivo deterioro de los entornos urbanos; movimientos de tipo psicologizante, frecuentemente cercanos a diversas formas de fundamentalismo religioso; organizaciones pacifistas, antibélicas y antinucleares; y las denominadas “minorías” (étnicas, raciales, culturales y sexuales), sólo por mencionar algunos de ellos, evidencian, para el autor, una

Al referirse a la configuración de los vínculos entre los actores de la sociedad civil y el Estado, Offe identifica una tendencia hacia el progresivo desdibujamiento entre las esferas de los asuntos y comportamientos “políticos” y “privados” que se evidencia en: la expansión de ideologías participativas que incitan la apropiación del repertorio de derechos democráticos por parte de la población; una multiplicación de las formas no institucionales de participación política; y la concentración de los conflictos políticos en cuestiones religiosas, morales y económicas, tradicionalmente circunscriptas al ámbito privado. (Offe, 1988: p. 164). Según el diagnóstico propuesto por el autor, el aumento y la ampliación de los canales de comunicación entre los actores sociales y el Estado se ve acompañado por el cuestionamiento acerca de sus alcances efectivos en tanto instancias de interacción política que provoca una serie de respuestas cuya manifestación se da por fuera de los marcos institucionales definidos por las instancias estatales.

Acciones de protesta y manifestación protagonizadas por los identificados como nuevos movimientos sociales se originan en un rechazo a la ineficacia de las formas institucionales de participación social circunscriptas a los canales institucionales de representación burocrática. Se configura así lo que Offe califica como un *nuevo paradigma de la política* que extrapola los marcos conceptuales definidos por la teoría política liberal. La dicotomía público – privado se torna irrelevante para explicar la actuación de los nuevos movimientos que se sitúa para el autor en un espacio de *política no institucional* que excede los límites del Estado y la democracia liberal. La esfera de acción política se traslada al seno de la sociedad civil y aparece como una instancia de contestación de las prácticas institucionales tanto privadas como públicas (Offe, 1988: 168 y 173 a 185).

Buscando especificar un marco interpretativo para el accionar de estos actores, define como política toda actitud que conlleve la pretensión explícita de alcanzar un reconocimiento acerca de la legitimidad de sus medios, así como la asunción por parte de la comunidad amplia de sus objetivos propuestos. En este sentido, son políticamente relevantes aquellos movimientos que pretenden ser reconocidos en tanto actores políticos y cuyos objetivos tienen efectos que afectan al conjunto de la sociedad.

constelación de iniciativas periféricas que comparten un recelo para con los efectos nocivos del crecimiento capitalista.

El autor define un conjunto de características comunes a los nuevos movimientos sociales referidas a sus contenidos, valores, modalidades de actuación y actores involucrados. Nos interesa aquí referirnos particularmente a los dos últimos aspectos. Según Offe, los nuevos movimientos sociales se identifican por el carácter informal y discontinuo de su conformación en tanto colectivos sociales y en sus formas internas de organización. La ausencia de elementos de diferenciación (tanto al interior del grupo como en relación al resto de la sociedad) evidencia estructuras sumamente igualitarias y desarticuladas donde el papel de los líderes formales y los demás miembros de la organización tienden a desmancharse. Por su parte, los modos de actuar frente al medio externo se caracterizan por la recurrencia a la presencia física de grandes contingentes y la preeminencia de lógicas gramaticales negativas amplias, que evidencian el carácter *ad hoc* y esporádico contenido en la conformación de estos movimientos. Los actores colectivos se refieren a sus contrincantes políticos en términos fuertemente antinómicos que suelen socavar cualquier posibilidad para el establecimiento de acuerdos o la articulación de instancias de negociación.

Por otra parte, el autor reconoce en los procesos de autoidentificación de los actores colectivos una marcada irrelevancia, al menos en términos explícitos, de referentes vinculados a los códigos socioeconómicos y políticos. El género, la identidad étnica, la identificación sexual, la lengua, la edad aparecen hoy en día como elementos referenciales para la articulación de las acciones colectivas, más allá de la evidente incidencia de componentes socioeconómicos (tales como la clase social) que continúan subyaciendo a los procesos de organización colectiva. Esta nueva estructuración de la acción política parecería corresponderse con una configuración social marcada por la alta movilidad de los individuos en relación a la pertenencia a colectividades efímeras en tanto focos orientativos de referencia y caracterizadas por una fuerte tendencia a la indiferenciación. La ausencia de lazos que vinculen a los individuos con colectividades permanentes promueve la configuración de un escenario donde la pertenencia a uno o varios colectivos se torna esporádica e intermitente.

A pesar del mencionado desarraigo con relación a los códigos clasificatorios sustentados en elementos socioeconómicos, Offe reconoce el enraizamiento de estos nuevos movimientos sociales en los denominados nuevos sectores medios, sugiriendo la influencia de una serie de determinantes estructurales en los procesos de identificación

con las prácticas impulsadas por los representantes de la *nueva política*. El autor refiere asimismo a la presencia de *grupos periféricos* o *desmercantilizados*, no insertos en el mercado de trabajo, y destaca la reticencia a los nuevos planteamientos manifestada por los estratos tradicionales (la clase obrera industrial y los agentes del poder económico y administrativo). En este sentido, acentúa las diferencias entre la nueva configuración del conflicto político y social y el tradicional conflicto de clase. Según el autor, el nuevo formato estaría escenificado por una alianza social conformada por representantes provenientes de diversos grupos y estratos, cuyas demandas y reivindicaciones no se asocian a las necesidades específicas de una clase, sino que adquieren sentidos más abarcadores (Offe, 1988: 196 y 197).

Otra cuestión interesante a los fines de esta disertación se atiene al análisis de los impactos de las acciones emprendidas por los nuevos movimientos sociales. Al referirse al respecto, Offe alerta sobre las dificultades implícitas en cualquier intento de medición de los resultados de las acciones de protesta desarrolladas por fuera de los canales tradicionales. El escaso grado de institucionalización de estas acciones, su carácter heterónimo, informal y espontáneo, así como la inexistencia de procedimientos internos de evaluación, asume Offe, obstaculizan en buena medida la caracterización acerca de las formas de desarrollo y los impactos de las fuerzas políticas extra-institucionales. Sin embargo, el autor se aventura a definir una serie de determinantes para analizar el potencial impacto de los nuevos movimientos sociales de los cuales nos permitiremos mencionar apenas dos. En primer lugar, la informalidad se presenta como una debilidad para garantizar la continuidad de las acciones colectivas. En la medida en que las mismas se encuentran supeditadas a la configuración de determinadas condiciones en el entorno social que propicien el impulso de la movilización, su perdurabilidad aparece como contingente. En segundo lugar, el autor analiza el éxito de las acciones colectivas en función de las respuestas provenientes de los sectores políticos gobernantes. Logros sustanciales que implican decisiones adoptadas por las elites dominantes en relación a las demandas sostenidas por el movimiento; alteraciones de carácter procesual en los formatos decisorios que impliquen una ampliación de la participación social; y, logros que involucran el reconocimiento de los actores colectivos por parte de la comunidad política, constituyen, para Offe, algunas expresiones del éxito de las acciones colectivas. Finalmente, el autor establece que la consolidación de las fuerzas que representan al

nuevo paradigma político depende de la capacidad para lidiar con las inconsistencias internas evidenciadas por la confrontación de los diversos sectores sociales que los componen (Offe, 1988: 220 a 228).

En virtud de las consideraciones acerca de los impactos potenciales de las acciones colectivas, me aventuro a afirmar que las posibilidades de supervivencia y continuidad de los movimientos sociales dependen en buena medida de la capacidad de los mismos para alcanzar determinados grados de institucionalización y formalización de sus acciones. También, de las conquistas alcanzadas en el terreno político institucional, tanto en cuanto a la efectivización de medidas acordes a los planteamientos y reivindicaciones manifestadas, como en cuanto a su reconocimiento en tanto actor colectivo participante de la comunidad política. Además, la definición de objetivos que respondan a intereses comunes en términos socioeconómicos aparece como una condición esencial para la consolidación de nuevas fuerzas políticas. En este sentido, cabe preguntarnos en qué medida es posible pensar la articulación de actores políticos colectivos cuyos elementos identificatorios se configuren a expensas de sus intereses de clase.

Independientemente del grado de concordancia o discordancia que podamos mantener con el diagnóstico y la categorización sugeridos por Offe, ciertamente circunscriptos a la realidad europea y, por tanto, inadecuados para analizar los procesos latinoamericanos, reconocemos que su propuesta interpretativa trae a la luz cuestiones centrales a la hora de pensar las dinámicas de acción colectiva. La caracterización sobre las formas de actuación experimentadas por los movimientos sociales, así como las consideraciones sobre sus formatos organizacionales, nos alertan sobre algunos aspectos que, a nuestro entender, resultan críticos para la consolidación de fuerzas políticas contra hegemónicas. El problema de la institucionalización de los movimientos sociales y la organicidad de las acciones reivindicativas es clave para pensar estrategias de lucha orientadas a promover movimientos emancipatorios. Por otra parte, como sostendré más adelante en este trabajo, el análisis de la dimensión política de la acción colectiva resulta un componente medular para la reflexión, en la medida en que nos llama a indagar acerca de los tipos de articulación entre los actores colectivos y el Estado. Finalmente, considero que la identificación de la composición social de los movimientos sociales y actores colectivos aparece como una cuestión central para el

análisis de estos procesos en virtud de destacar las dimensiones estructurales que a ellos subyacen.

Los límites de la idea de Multitud

La propuesta conceptual de Antonio Negri y Michael Hardt, erigida en torno a las ideas de *Imperio* y *Multitud*, ha tenido un fuerte impacto en el campo de la teoría social contemporánea y, especialmente, en el campo del estudio de los movimientos sociales, atrayendo a numerosos adeptos e incitando las más diversas críticas y objeciones. Definiremos sumariamente a continuación la noción de *Imperio* para introducir luego la idea de *Multitud* e identificar sus potencialidades y límites para el análisis de los movimientos sociales y la acción colectiva.

La idea de *Imperio*, tal como formulada por Hardt y Negri, designa la consolidación de un nuevo orden mundial, donde los mercados y circuitos productivos pero, fundamentalmente, las formas de dominación y supremacía adquieren configuraciones radicalmente novedosas. En esta perspectiva, la desintegración de los Estados Nacionales y el fin de la fase imperialista del desarrollo capitalista se encuentran hoy frente a un escenario en permanente expansión donde el poder, descentralizado y desterritorializado, se disemina a través de la influencia de una serie de organismos de carácter supranacional que actúan en función de reglas comunes. El *Imperio* se esgrime como un no-lugar en el que se concentra la soberanía que garantiza el desarrollo capitalista sobre la escena global (Negri, 2004: p. 45). Su ausencia de fronteras lo configura como una estructura unitaria, un nuevo paradigma que alberga, al mismo tiempo, un sistema y una jerarquía que operan a través de la construcción de normas de legitimidad de amplio alcance, que se expanden sobre la totalidad del espacio mundial en una dinámica flexible (Negri y Hardt, 2000: p.31).

Los autores establecen al *poder biopolítico* como la principal herramienta de actuación del Imperio. Se trata de una forma de poder que se imprime en los cuerpos y mentes de los hombres y mujeres, abarcando las diversas dimensiones que componen la vida social, regulándola por dentro y garantizando su propia reproducción. El poder biopolítico se sitúa en la virtualidad, desvaneciendo y tornando flexibles y difusas las

fronteras entre el centro y las márgenes, figuras que permanecen en constante alternación huyendo a cualquier localización determinada. El poder biopolítico alberga, en este sentido, la conformación de potenciales alternativas políticas y sociales (Negri y Hardt 2000: p. 58).

Ahora bien, el advenimiento de un nuevo orden mundial ha sido acompañado por una reconfiguración de las luchas sociales que evidencia la emergencia de nuevos movimientos, nuevas estrategias y nuevas condiciones para la actuación de los actores colectivos. La dicotomía entre conflictos económicos y políticos desaparece en esta propuesta teórica para dar lugar a *luchas biopolíticas*, de carácter constituyente que combinan elementos económicos, políticos y culturales para propiciar la constitución de nuevos espacios públicos y nuevas formas de comunidad. Fuertemente arraigadas en condiciones locales, las nuevas luchas se traducen rápidamente en el nivel global, interpelando al *Imperio* en su totalidad. Éstas no se vinculan en forma horizontal, sino que se manifiestan directamente contra el centro virtual del *Imperio*. En la perspectiva teórica propuesta por los autores, estas luchas son inmanentes a los procesos de desarrollo del poder imperial y se constituyen como piezas al servicio de su expansión en la medida en que, reducidas a la pasividad, son cooptadas y contribuyen a la redefinición de los propios instrumentos de dominación. Las nuevas configuraciones de la resistencia se componen de secuencias de eventos que se manifiestan dentro y contra el *Imperio* para desarrollar proyectos constituyentes particulares. Una multitud de subjetividades que conllevan una positividad antagónica y creadora (Negri y Hardt, 2000: 72 a 84).

Popularizada por Paolo Virno (2002) y arraigada fuertemente a la matriz spinoziana, la idea de *Multitud* aparece en la obra de Hardt y Negri como el contrapolo del Imperio, para dar cuenta de los procesos de resistencia al *poder* biopolítico protagonizados por grupos, organizaciones y movimientos sociales. Se configura como la antípoda de la noción de pueblo y designa a un conjunto de múltiples y plurales singularidades cuyas diferencias y rasgos particulares no pueden ser reducidos a una uniformidad. Define a un sujeto social activo, internamente diferente y múltiple, cuya constitución se funda en los elementos comunes a las singularidades en él contenidas. Una totalidad de subjetividades productivas y creativas que expresan positivamente proyectos constitutivos propios a la vez que comparten una vivencia global común.

Alberga en su interior diferencias socioeconómicas, de género, de raza y de sexualidad. A través de la identificación de rasgos comunes, la Multitud es, esencialmente, autónoma y capaz de gobernarse a sí misma. (Hardt y Negri, 2004: p. 127, 128 y 129).

El carácter político de la Multitud se expresa cuando ésta hace frente a las operaciones represivas del Imperio. Los autores sintetizan la acción política de la Multitud en un conjunto de demandas específicas. Nos interesa apenas mencionar aquí la idea de *ciudadanía global*, que alude al derecho de la Multitud de controlar su propio movimiento y el poder de reapropiarse del control sobre el espacio diseñando así una cartografía propia; y la demanda por la reapropiación de los medios de producción biopolítica que incluyen el conocimiento, la información, la comunicación y los afectos. (Hardt y Negri, 2005: 417 a 431). El problema de la comunicación y la divulgación de las luchas sociales aparece como un componente esencial para el desarrollo y la expansión del poder de la Multitud. La construcción de lenguajes comunes que faciliten la comunicación a partir del reconocimiento de las singularidades y la identificación de un enemigo común, constituyen desafíos políticos ineludibles para la consolidación de un contrapoder instituyente que emerge del seno del Imperio (Negri y Hardt, 2005: p. 76 y 77). El lenguaje se configura como un espacio de conflicto y, por consiguiente, de resistencias.

La idea de clase adquiere en la obra de Hardt y Negri autores una configuración algo particular, sino confusa. Afirmando a la Multitud como un concepto de clase en su sentido político, es decir, concebida a partir de los procesos de resistencia protagonizados por grupos y actores colectivos, los autores pretenden superar el carácter supuestamente unitario asociado al término. Proponen su definición en tanto proyecto político, abierto y expansivo, capaz de albergar subjetividades diversas asociadas a condiciones objetivas también diversas (Hardt y Negri, 2004: 131, 132, 133), despojándola totalmente de sus componentes empíricos. Las variadas formas que asume el trabajo en el actual sistema capitalista determinan, para los autores, un escenario biopolítico donde el *trabajo inmaterial* tiende a asumir una posición hegemónica y el papel del proletariado se torna secundario. La identificación de una comunalidad del trabajo aparece como una condición necesaria para la conformación de la *Multitud*. Para ello, será preciso abandonar la noción de trabajo asalariado e incorporar al análisis las formas productivas que se manifiestan por fuera del mismo y constituyen asimismo

agentes creativos y potenciales focos de poder. La Multitud nuclea al conjunto de subjetividades subalternas que se oponen y resisten a la dominación del Imperio (Hardt y Negri, 2006: p. 136, 137, 138). El trabajo de la Multitud implica la producción autónoma y, por consiguiente, la construcción de nuevas realidades ontológicas, nuevas singularidades de grupos y conjuntos humanos que representan potenciales sujetos políticos (Hardt y Negri, 2005: 419).

Postulando a la Multitud como eje central para el análisis de los conflictos sociales, los autores proponen dar cuenta de un proyecto político de resistencia en el que convergen una pluralidad de actores cuyas condiciones de existencia y actividades de producción son asimismo diferentes y, en algunos casos, divergentes. Pobres, desempleados, inmigrantes, disidentes, extremistas, feministas, humanistas, ecologistas, pueblos originarios, ambientalistas, trabajadores fabriles, se tornan en esta propuesta sujetos activos y creadores en la estructuración del sistema social. Protagonistas de un supuesto movimiento emancipatorio cuya potencialidad radica en la articulación entre singularidad y comunalidad. Sin lugar a dudas, la alusión a una perspectiva de clase, tal como la hemos definido a lo largo del presente trabajo, resulta en esta perspectiva al menos cuestionable. La ausente referencia a las condiciones materiales de las subjetividades diversas que componen la Multitud, la tornan una gran conglomeración de contornos indefinidos donde sujetos distintos (o indistintos) resisten a un *Imperio* cuya localización es también indefinida. Las formas de construcción de la pretendida comunalidad no aparecen esclarecidas en la propuesta de Hardt y Negri y los caminos hacia la consolidación de un proyecto contrahegemónico y emancipatorio son ciertamente vagos.

Numerosas y de tenores diversos han sido las críticas esgrimidas en estos y otros sentidos a los conceptos de Imperio y Multitud. Muchas de ellas refieren a la condición utópica o, incluso, ingenua de la propuesta teórica. Asimismo alertan sobre el carácter cauteloso y reformista del programa político sugerido (Borón 2002: cap 6). Por otro lado, la ausencia de correlato empírico y la consiguiente inconsistencia del diagnóstico propuesto por los autores son destacadas por varios opositores (Hermida, xxxx). En esta misma línea, la indiferencia al proletariado en tanto agente político fundamental es sumamente cuestionada. Goran Therborn califica la visión de Hardt y Negri como profética, al proclamar a la sociedad civil como una red de interacciones difusas entre

actores de intereses divergentes y particulares quienes, a partir del establecimiento de patrones de conocimiento y relaciones comunes, alcanzarían la mencionada democracia global (Therborn 2007: p. 108).

A la luz de las reflexiones expuestas hasta aquí, consideramos que la idea de Multitud poco sirve a los objetivos propuestos en este trabajo. Las referencias a la sociedad en tanto estructura de clases son sumamente confusas, sino inexistentes. Por su parte, el papel del Estado en la consolidación de proyectos políticos es explícitamente socavado por los autores que pregonan de diversas formas un internacionalismo extremo. El término pretende dar cuenta de una amplia diversidad de movimientos populares que hoy en día se resisten las consecuencias de la intensificación del modelo neoliberal: la creciente exclusión, la cada vez más alarmante precarización del trabajo, la negación brutal de los más elementales derechos a las grandes masas poblacionales. Movimientos feministas, ecologistas, homosexuales, identitarios, lingüísticos, altermundistas, territoriales, campesinos sin tierra, asociaciones de desocupados, movimientos urbanos, cocacoleros, organizaciones sindicales, entre otros tantos, parecen compartir un escenario de luchas evidentemente intenso pero también difuso y, en cierta medida, vacío. La indeterminación conceptual de la Multitud torna ambiguos los abordajes teóricos inspirados en esta propuesta teórica. En este sentido, sostenemos que resulta insuficiente para la consideración de un sujeto emancipatorio.

Algunas consideraciones parciales

Expuse en este capítulo algunas de las principales orientaciones teóricas vinculadas al análisis de los procesos de movilización social y acción colectiva. Destaqué progresivamente algunos límites y potencialidades que reconozco en las mencionadas perspectivas. Me permito sin embargo, organizar brevemente en los próximos párrafos mis principales apreciaciones.

Algunos elementos teóricos presentes en la vertiente americana resultan a mi entender sumamente útiles para el análisis de los procesos de movilización social y organización popular. En primer lugar, me permito sugerir que la importancia otorgada por estas perspectivas a los fines que motivan las acciones colectivas, resulta pertinente

para la identificación de elementos comunes entre las demandas de los diversos actores y sujetos colectivos que componen el campo de la movilización social. Si bien reconozco que centrarnos exclusivamente en este aspecto podría llevarnos a desconsiderar dimensiones sumamente significativas para el análisis de estos procesos, asumo que su incorporación en tanto herramienta analítica, e incluso práctica, puede resultar provechosa para la construcción de espacios de intersección y articulación entre las múltiples manifestaciones del conflicto social.

Tal como he explicitado anteriormente, la idea de estructura de oportunidades políticas de la acción colectiva introducida por esta vertiente constituye una herramienta analítica indispensable para el abordaje de los procesos de movilización en la medida en que concibe a los interlocutores y antagonistas y, en este sentido, abre la posibilidad para considerar los vínculos entre los actores sociales y el Estado. La idea de *repertorios de acción*, por su parte, sirve para dar cuenta de las transformaciones ocurridas en las formas de lucha protagonizadas por los movimientos populares a lo largo de los últimos años. Transformaciones que abarcan desde cuestiones estructurales hasta elementos culturales, de aprendizaje y rutinarios a partir de acciones directas no convencionales. En este contexto, la cuestión de la significación de la acción colectiva se torna un elemento fundamental para el análisis. Por su parte, la idea de *estructuras de movilización* subraya la importancia que han tenido el desarrollo de formas organizativas flexibles donde las redes adquieren hoy un papel significativo manifestándose como una reacción frente formas de movilización calificadas de burocráticas, jerárquicas y encapsuladas en los marcos institucionales tradicionales tales como los sindicatos y los partidos.

Los abordajes teóricos provenientes de la matriz europea, por su parte, resultan fructíferos para explorar las dinámicas que se entretienen al interior de los movimientos sociales y actores colectivos, proporcionando una serie de herramientas teóricas sumamente ricas para el análisis de los elementos simbólicos que subyacen a la conformación de colectivos sociales, las relaciones cotidianas que establecen sus miembros, las estructuras organizacionales internas, los mecanismos decisorios y las dinámicas de poder implícitas. Asimismo, esta vertiente constituye, sea por oposición o acuerdo, un punto de referencia para las reflexiones acerca de la noción de movimiento social.

Si bien reconozco la importancia de estas reflexiones, considero que cualquier intento de clasificación o nominación regido por especificaciones arbitrarias y abstractas que determinen qué puede o qué no puede ser considerado como un movimiento social, nos llevaría necesariamente a desconsiderar la existencia de numerosos actores y a desatender así posibles dinámicas cuyas expresiones se manifiesten por fuera de los parámetros establecidos. Por otra parte, considero que las definiciones o clasificaciones poco podrán aportarnos si, eminentemente centradas en la explicación acerca de los formatos que éstos adquieren, desconsideran los contenidos substanciales que motivan sus acciones.

Quiero especialmente destacar la escasa presencia de los vínculos entre los actores sociales y el Estado tanto en las propuestas contenidas tanto en la vertiente americana o paradigma de la movilización de recursos como en los abordajes provenientes de la vertiente europea. El énfasis de las relaciones que los actores colectivos mantienen con el ambiente externo (como es evidente en el caso de la vertiente americana), está fundamentalmente orientado a analizar las motivaciones, los formatos que adquiere la expresión popular o los resultados de las acciones colectivas, desconsiderando al Estado como principal actor antagonista y, en este sentido, como elemento primordial para el análisis. Si nos brinda elementos interesantes para analizar la dimensión política de la acción colectiva, resulta aún insuficiente para dar cuenta del papel del Estado en tanto espacio de localización central de estas acciones. Por su parte, la vertiente europea, propiamente centrada en las relaciones internas desconsidera de vez este problema.

Las cuestiones que toma en cuenta Offe al caracterizar el paradigma de los nuevos movimientos sociales enfocan mucho más directamente el problema de los vínculos entre los actores sociales y el Estado. La enmarcación institucional de las acciones colectivas, sus formas organizativas, la dimensión política de la acción, así como la identificación de la composición social de los movimientos sociales, resultan problemas sumamente significativos para la construcción de herramientas teóricas que nos permitan abarcar la complejidad de los mencionados procesos. Si bien considero que el diagnóstico propuesto por autor acerca de las “nuevas” configuraciones de la movilización social es inadecuado para dar cuenta de las dinámicas que estos procesos

adquieren en la actualidad, particularmente para el caso latinoamericano, creo que los aspectos que aborda son nodales.

Por otra parte, percibo que tanto unas como otras concepciones desatienden, incluso algunas explícitamente, la idea de sociedad como estructura de clases, en tanto colectivos cuyos intereses se contraponen unos a otros en la disputa por el acceso y el control de los medios de circulación material y simbólica. He destacado particularmente el carácter confuso que la noción de clase adquiere en la idea de Multitud, propuesta por Hardt y Negri, y sus consecuentes limitaciones para la construcción de alternativas emancipatorias. Resulta notable en estas perspectivas la ausencia de nociones tales como hegemonía, alienación, dominación y emancipación. De este modo, desconsideran los condicionantes provenientes de las posiciones que los actores ocupan en las relaciones de producción y la división del trabajo, menospreciando así los determinantes socio económicos subyacentes a las expresiones del conflicto social. Como argumentaré en breve, este aspecto constituye, a mi entender, un elemento central para la identificación de intereses comunes y, por esta vía, la articulación de estrategias de lucha, entre los diversos actores que componen el campo de la movilización popular.

CAPÍTULO IV

Consideraciones finales. Algunos aportes para la construcción de una teoría crítica de la movilización social

A lo largo de la presente disertación, he mapeado un conjunto de matrices de pensamiento con el objeto de realizar algunas reflexiones teóricas en torno a los procesos de movilización social protagonizados por los actores del campo popular. Defendí la necesidad de incorporar a los análisis sobre estos procesos elementos provenientes del campo de la teoría social que permitan sumergirnos en los fundamentos que subyacen a los mismos.

El recorrido por algunas ideas y conceptos centrales de la teoría marxista me permitió aprehender en profundidad la idea de sociedad como estructura de clases, conformada por grupos que se configuran unos en relación a otros en una permanente confrontación de sus intereses colectivos. Por otra parte, pude percibir el peso de los determinantes socio-económicos en la configuración de condiciones de vida de los hombres y su consecuente papel en las dinámicas adoptadas por los procesos de movilización social. En este sentido, me resultó evidente que el modo en que se establecen las relaciones de producción en una sociedad, las posiciones que los sujetos ocupan en la división del trabajo y la estructura productiva, así como las formas que adquiere la distribución de los bienes materiales y simbólicos, constituyen factores sumamente esenciales para el análisis de las dinámicas sociales.

Por otra parte, el desarrollo asimismo sintético de algunas de las ideas y conceptos propuestos por Gramsci y Poulantzas, me permitió avanzar en la problematización de los vínculos entre los actores colectivos y el Estado, en el marco de la lucha por la hegemonía. Pude profundizar las reflexiones del capítulo anterior y contar con nuevos elementos teóricos que me permiten tornar más complejo el campo analítico, al entender al Estado como un espacio donde se inscriben las luchas de clases y, en este sentido, como un ámbito potencialmente propicio para la actuación de los movimientos sociales y actores colectivos.

Finalmente, a partir de un rastreo de las principales corrientes teóricas que tuvieron y tienen impacto en el campo de estudio de los movimientos sociales, pude identificar las potencialidades de algunas herramientas analíticas para el análisis de las actuales dinámicas de movilización social. Pude también, detectar algunas ausencias y límites presentes en las mencionadas matrices teóricas que alertan sobre elementos importantes a tener en cuenta para la construcción de una teoría crítica sobre la movilización social y la lucha popular.

Tal como he ido progresivamente argumentando, muchas de las conceptualizaciones teóricas que componen el pensamiento de los autores cuyos aportes he sintetizado resultan sumamente pertinentes para abonar las reflexiones en torno a los actuales procesos de movilización social y acción colectiva. Otras, evidencian, a mi modo de ver, algunos límites. Por otra parte, como he advertido en diversas oportunidades, cualquier intento de transposición lineal o acrítica de las categorías teóricas expuestas para la comprensión de los procesos sociales actuales redundará necesariamente en consideraciones erróneas o en un simplismo carente de valor analítico. La elaboración de elementos teóricos que permitan avanzar hacia la comprensión de los actuales modelos de vinculación entre Estado y movimientos sociales deberá, nutriéndose de las discusiones y aportes legados, aventurarse hacia la construcción de nuevas categorías que, dando cuenta del contexto histórico y político en el cual éstos se desarrollan, sustenten prácticas reflexivas al interior de los grupos y actores protagonistas.

Inspirada en esta intención, sintetizaré a continuación algunos aspectos que considero necesarios tener en cuenta para profundizar el análisis sobre los procesos de movilización social y acción colectiva, especialmente en el contexto latinoamericano. Estas consideraciones se sustentan en inquietudes suscitadas fundamentalmente a lo largo de la realización de esta disertación, pero también a partir de mi participación en diversos espacios de formación, estudio, reflexión y discusión. A modo de sugerencias e interrogantes, pretenden modestamente abonar para la construcción de una teoría crítica sobre la movilización social.

Me permito antes, hacer algunas referencias acerca de los movimientos sociales en el contexto latinoamericano.

Diversos autores coinciden en afirmar que, a lo largo de los últimos veinte años, América Latina ha sido (y continúa siendo) escenario de la emergencia y multiplicación de movimientos sociales que imprimieron una marcada heterogeneidad a los espacios de movilización colectiva y determinaron nuevas configuraciones en la expresión del conflicto social. Sintetizaré a continuación algunas contribuciones que considero centrales.

Boaventura de Sousa Santos (1995), define a las últimas décadas como un período de *experimentación social*, particularmente en América Latina, marcado por la formulación de alternativas más o menos radicales al modelo de desarrollo económico y social del capitalismo, así como por la afirmación política de nuevos sujetos sociales. Para el autor, el proyecto de la Modernidad se caracterizó por albergar en su seno un permanente equilibrio entre regulación y emancipación. Sin embargo, tal como lo argumenta, el mencionado equilibrio constituyó una aspiración, en la medida en que la trayectoria del capitalismo evidenció un marcado fortalecimiento de la regulación, a costas de los componentes emancipatorios, desequilibrio que provocó reformulaciones al interior de ambos pilares (Santos, 1995: p. 256).

Es en este contexto que se insertan las acciones promovidas por los denominados movimientos sociales. Santos caracteriza estas acciones como un fenómeno aparentemente contradictorio de globalización-localización donde, dada la desaparición del antiguo anclaje estructural basado en las relaciones sociales de producción, las luchas contra la opresión presentan múltiples sujetos que las encarnan. Para el autor, las luchas emancipatorias presentan hoy una combinación de fines maximalistas (en la medida en que se sustentan en fines dirigidos a la humanidad, como en el caso de los movimientos ecológicos y pacifistas), y una fijación localizada que convierte a la cotidianeidad en red de síntesis momentáneas de determinaciones globales. Estas configuraciones devienen, según Santos, en una nueva relación entre subjetividad y ciudadanía (Santos, 1995: p. 260 y 261). Examinemos un poco más esta última cuestión.

Aceptando el carácter novedoso de los denominados Nuevos Movimientos Sociales, aunque reconociendo los límites y el carácter controvertido de la categoría y argumentando la imposibilidad de abordar su estudio a través de teorías unitarias, dada

la ausencia de modelos puros claramente definidos, Santos afirma que la principal característica de las acciones emprendidas por estos movimientos reside en la extensión de la política más allá de los marcos comprendidos en el paradigma liberal. La politización de lo social, de lo cultural y de lo personal abre, según la propuesta teórica del autor, un campo inmenso para el ejercicio de la ciudadanía revelando, al mismo tiempo, las limitaciones de la concepción liberal de la ciudadanía. Desde este punto de vista, se abren nuevas formas de ciudadanía tanto en ámbito individual, como en el colectivo (Santos, 1993: 262 y 263).

Domingues (2007), por su parte, procura identificar el carácter novedoso evidenciado por las nuevas configuraciones de los movimientos latinoamericanos contemporáneos, incorporando asimismo los elementos de continuidad que los mismos mantienen con las precedentes formas de expresión de la movilización social. Con esta intención, el autor sitúa la emergencia de los nuevos movimientos latinoamericanos en el contexto de lo que denomina la *tercera fase de la modernidad*, caracterizada por sociedades cada vez más plurales y complejas que evidencian el debilitamiento de la “utopía homogeneizadora” presente en las anteriores fases, junto a una creciente expansión de los patrones globales. Estas sociedades asientan asimismo una mayor movilidad física e identitaria de los sujetos individuales y colectivos que aparecen así “desencajados” y una diversificación de los espacios de participación, ahora no exclusivamente radicados en el sistema de la democracia representativa. En este contexto, argumenta Domingues, irrumpe lo que denomina el descentramiento de las subjetividades colectivas (Domingues, 1995), espejado en la pluralización de los movimientos sociales y la dilución de sus jerarquías.

A la luz del diagnóstico propuesto por Domingues, los movimientos sociales latinoamericanos contemporáneos presentan grados de centramiento relativos, al manifestar identidades y formas organizativas variables. Observa cómo, mientras algunos tienden a incorporar pautas constructivas y de continuidad, otros aparecen como expresiones dispersas. Por otra parte, cuestionando las perspectivas que afirman el supuesto declinio del movimiento sindical como producto de la crisis en el mundo del trabajo y del empleo, Domingues argumenta que el sindicalismo continúa siendo en América Latina una fuerza política de suma relevancia, si no la más significativa, en el campo de la movilización social.

El autor reconoce el importante papel que adquieren las redes, en tanto instancias de colaboración voluntaria, en los procesos de articulación de proyectos comunes. Finalmente, propone un conjunto de variables para el análisis de los movimientos sociales: direccionalidad (fines/historicidad); motivaciones; acceso a recursos externos; estructura interna; nivel de centramiento (identidad/organización); mecanismos de coordinación (redes/jerarquías); condiciones sociales y ambiente interactivo. (Domínguez, 2007: p. 188). Exponiendo un panorama ciertamente alentador y desafiante para todos aquellos que lucha por la construcción de proyectos emancipatorios, ratifica el papel transformador de los movimientos sociales desde el punto de vista de la mudanza cultural y social.

Maristella Svampa (2005), por su parte, alude a un proceso de recomposición de las subjetividades políticas que imprimió rasgos configurativos novedosos a la movilización social. La autora destaca tres componentes que sobresalen en esta nueva configuración: la *auto-organización comunitaria* que, a partir de la gestión de las necesidades básicas, opera en una dimensión material ligada a la producción y reproducción de la vida; la acción directa, que involucra nuevos repertorios y modalidades de manifestación sin mediaciones; el resurgimiento de prácticas asamblearias, a través de formas de democracia directa y participativa. Según el diagnóstico propuesto por la autora, estas tendencias novedosas se constituyen como ejes organizadores a través de los cuales se configuran las subjetividades militantes contemporáneas.

Así, Svampa identifica el surgimiento de lo que denomina las *nuevas figuras de la militancia*. En primer lugar, el *militante social o territorial*¹⁸ que acompaña el proceso de territorialización de los sectores populares y la lucha por la sobrevivencia surgiendo así como una expresión emblemática de la política “desde abajo”. Por otra parte, la figura del *activista cultural*, aparece asociada a la expansión de los colectivos culturales tanto en el ámbito de la comunicación alternativa como en el de intervención artística, espacios que, en América Latina, juegan un papel central en los procesos de

¹⁸ Hacia fines de los 90', la noción de *movimiento territorial* comenzó a ser acuñada para dar cuenta de las nuevas configuraciones adoptadas por los procesos de movilización social, a partir de la acción promovida por los grandes movimientos sociales. Subrayando al territorio como un espacio de disputa y resistencia, esta noción pone en evidencia la materialidad de la acción y se arraiga en las vidas cotidianas de los actores procurando una reconstrucción de los lazos sociales.

movilización popular sea constituyéndose como creadores de nuevos sentidos culturales y políticos o asumiendo el rol de difusores de los acontecimientos en un contexto de intensificación de las luchas sociales. Esta forma de militancia, para Svampa, revela una multidependencia en el marco de relaciones de afinidad y redes de solidaridad con otras organizaciones.

Una vez identificado el contexto en el cual se sustentan mis preocupaciones, me propongo exponer las siguientes reflexiones.

El análisis de la dimensión política resulta un elemento central para el estudio de los procesos de movilización social y acción colectiva.

Las relaciones que los movimientos sociales y actores colectivos establecen con el las diversas instancias de gobierno resultan un componente esencial para la comprensión de las dinámicas de movilización social en la medida en que nos permiten vislumbrar las acciones e iniciativas emprendidas por los movimientos en el marco de la lucha por el poder político. Estas relaciones, lejos de resultar unilineales, se despliegan en un abanico complejo que incluye una amplia gama de posibilidades que contemplan el establecimiento de alianzas o acuerdos a partir de procesos de negociación que impliquen diversos grados de mutua concesión; vínculos orientados al disciplinamiento; relaciones de confrontación mediadas por la criminalización y la represión; o posiciones ambivalentes que combinen algunos o varios de los mencionados elementos.

En este sentido, los vínculos que establecen los diversos actores que, sea en tanto protagonistas o antagonistas, intervienen en las manifestaciones del conflicto social, es, a mi entender, un aspecto central a tener en cuenta en esta dimensión. La idea de *estructura de oportunidades políticas*, a la cual me he referido en este trabajo, constituye una herramienta teórica sumamente significativa para el análisis de esta cuestión. Su abordaje resulta especialmente necesario en los momentos de alta de confrontación, donde los niveles de conflictividad adquieren grados elevados, ya que nos permitirá identificar nuevos umbrales desde los cuales entender el conflicto. Sin embargo, tal como he sostenido, requiere de la consideración más específica acerca del papel del Estado en la configuración del mapa de oportunidades.

Será preciso, para un abordaje sistemático de los componentes políticos involucrados en las acciones protagonizadas por los movimientos sociales, establecer un conjunto variables e indicadores que den cuenta de los diversos aspectos contenidos en la dimensión política de la movilización.

La organización política de los movimientos sociales, así como su grado de institucionalización, aparecen como cuestiones esenciales tanto para su estudio como para su articulación práctica.

El mencionado carácter novedoso de las formas y configuraciones que presentan los movimientos sociales latinoamericanos contemporáneos torna el análisis acerca de sus estructuras organizativas un aspecto ineludible a la hora de adentrarnos en el estudio de sus dinámicas. Asimismo, tal como he argumentado, el problema de la institucionalización constituye un enclave esencial. Ambas variables resultan, a mi entender, útiles para diferenciar entre la existencia de movimientos con grados de articulación que expresan una continuidad y la emergencia de expresiones de movilización de carácter más efímero o esporádico. En este sentido, podrían contribuir para la delimitación de objetos de estudio que nos permitan adentrarnos en los mencionados procesos.

Por otra parte, nos atrevimos a afirmar que el grado de institucionalización y organización política de los movimientos incide profundamente en la obtención de conquistas que tiendan a la concreción de las reivindicaciones de lucha. En este sentido, puede resultar un elemento de vital importancia para el análisis de los impactos y resultados de la movilización.

Sin embargo, estos componentes deberán ser tenidos en cuenta en el marco de la dimensión política anteriormente referida. Los aspectos políticos deberán articularse en la identificación de las estrategias promovidas por los movimientos sociales para la consecución de sus demandas, así como con el análisis de los resultados obtenidos. De este modo, nos permitirá escapar a los enfoques limitados al estudio de un solo actor (el movimiento social), a través la consideración aislada de sus estructuras, sus formas de organización y sus estilos de vida.

La identificación de elementos comunes como posibles puntos de contacto entre los diversos actores colectivos e instituciones que actúan, directa o indirectamente, el campo de la movilización social (sindicatos, movimientos, partidos políticos) resulta esencial para el fortalecimiento de sus articulaciones.

La pluralidad y heterogeneidad que muchos autores han señalado al referirse a la configuración de las dinámicas de movilización social contemporáneas en América Latina, nos sitúan frente a un escenario donde una multiplicidad de actores diversos luchan, de formas también diversas, por imprimir sus necesidades, prioridades, intereses y sentidos en las agendas políticas de los gobiernos, con el objeto de avanzar hacia la consecución de sus demandas. De este modo, numerosas necesidades, prioridades, intereses y sentidos se entrecruzan dando lugar a una compleja trama de disputa. En este contexto, la identificación de elementos comunes como posibles puntos de articulación que permitan, a través una sinergia de esfuerzos, potenciar los efectos e impactos de la movilización, resulta un desafío desde mi punto de vista ineludible.

Como he sostenido, resulta indiscutible la centralidad que los sindicatos docentes adquieren en un mapa de movilización social que se torna cada vez más complejo y plural. Las organizaciones sindicales han ejercido y continúan ejerciendo un papel fundamental en la articulación de los diversos actores que se manifiestan en este campo, así como en el impulso de las luchas y acciones. Los sindicatos continúan siendo en América Latina, de modo general, uno de los actores sociales que más interpelan al Estado. Directa o indirectamente, estas organizaciones están presentes en las principales instancias de debate en torno a las políticas, siendo impulsoras y protagonistas de los principales acontecimientos que se desarrollan en el campo de la movilización popular, participando asimismo en la organización de las más importantes campañas, foros, redes y otras instancias de promoción de acciones y estrategias volcadas a la articulación de acciones más amplias, constituyéndose en un actor central para la conformación de espacios de articulación entre diversas organizaciones que componen el campo político y social.

Dada su conformación, las estructuras sindicales concentran hoy grandes masas

poblacionales que se transforman en potenciales actores de la movilización. Asimismo, los tradicionales canales de manifestación de sus demandas, fundamentalmente articulados en torno a la clásica confrontación sindicato-Estado, tornan a estas organizaciones en un interpelador constante frente a las políticas impulsadas por los gobiernos. No me adentraré en este momento en consideraciones sobre las complejas relaciones que estos actores colectivos mantienen con los gobiernos, relaciones que evidencian una combinación de actitudes confrontativas y esfuerzos tendientes al establecimiento de alianzas y acuerdos políticos, inmersos en arduos procesos de negociación (especialmente en el contexto del surgimiento de gobiernos que apelan a la incorporación de sectores “progresistas” o “democráticos”). Sin embargo, me atrevo a afirmar que, justamente dada su complejidad, estas relaciones constituyen un objeto interesante para el análisis de los vínculos ente los movimientos sociales y el Estado, siempre salvaguardando las particularidades de la naturaleza del movimiento sindical.

Reconozco asimismo que existen hoy en día numerosos factores que contribuyen al debilitamiento del poder de los sindicatos. La consolidación de otras fuerzas políticas cuyos grados de alcance e impacto se asemejan a los del movimiento sindical (como es el caso del movimiento campesino, los movimientos étnicos, etc.), especialmente en algunos países, evidencian un escenario de movilización donde diversos actores colectivos, entre los que se encuentran naturalmente los sindicatos, comparten el protagonismo. Por otra parte, la creciente deslegitimación de las capas dirigentes, como consecuencia de la burocratización de las estructuras sindicales y, en muchas oportunidades, provocada por el establecimiento de acuerdos y alianzas con los gobiernos, se hace cada vez más notoria. En este sentido, los sindicatos se constituyen en un objeto de estudio sumamente rico para el análisis de las dinámicas internas que atraviesan la conformación de los movimientos sociales.

Asimismo, considero que resulta en el contexto actual imprescindible advertir los también complejos vínculos que los diversos movimientos sociales mantienen con los partidos políticos (sea con aquellos cuyos objetivos se evidencian como afines, o con aquellos con los cuales, aún defendiendo posiciones políticas adversas, establecen alianzas momentáneas), en tanto instituciones que se constituyen como vías de acceso al Estado. Esta cuestión (como muchas otras que he sugerido) requiere, sin lugar a dudas, de un análisis profundo que permita abarcar su complejidad y se convierte así en posible

objeto de estudio de otros trabajos. Sin embargo, me permito simplemente sugerir aquí que su abordaje podrá proporcionarnos elementos relevantes para el análisis de los procesos de movilización social.

La consolidación de fuerzas políticas emancipatorias depende en buena medida de la capacidad de construir y fortalecer solidaridades amplias que viabilicen la articulación de intereses y estrategias al servicio de fines comunes.

El sobredimensionamiento del llamado a la diferencia y las demandas por autonomía expresadas en las luchas por el reconocimiento traen aparejada una tendencia a la atomización de la movilización social.

El llamado a la diferencia ha cobrado, en los últimos años, un papel central tanto en las plataformas de reivindicación de los movimientos sociales como en los análisis sobre los procesos de movilización y sus dinámicas. Una amplia diversidad de reivindicaciones ciertamente legítimas, y por mucho tiempo postergadas, irrumpieron de este modo en el escenario político. Las tradicionales luchas por la redistribución parecen haber cedido el lugar a la demanda por el respeto de las diversas culturas, el género, la raza, etc.

Sin embargo, me atrevo a considerar que las implicaciones políticas de la centralidad que este tipo de demandas ha adquirido en la configuración de las agendas reivindicativas son ambiguas. Por un lado, favorecen la aparición de actores tradicionalmente ausentes o, mejor dicho, invisibilizados tanto en los propios ámbitos de la movilización social, como en los análisis sobre sus dinámicas. Esto constituye un aspecto ciertamente positivo en la medida en que supone la ampliación y democratización de los mencionados espacios.

Por otra parte, sus consecuencias evidencian una clara tendencia hacia la fragmentación organizacional, en la medida en que el llamado a la diferencia impide la construcción de solidaridades más amplias propiciando una especie de repliegue particularista. La lucha de cada movimiento se concentra de este modo en aspectos parciales, dificultando el establecimiento de articulaciones que, a través de la

unificación de esfuerzos, contribuya a la potenciación de los impactos de sus acciones. Las mujeres luchan por la igualdad de género, las comunidades originarias por el respeto a las cosmovisiones indígenas, el movimiento negro contra la discriminación racial. Por su parte, las reivindicaciones de clase permanecen circunscriptas y encerradas en el ámbito sindical.

Me atrevo a sostener que estas demandas, lejos de resultar contradictorias o incompatibles, poseen numerosos elementos comunes que bien podrían propiciar la consolidación de intereses, solidaridades y objetivos de lucha más amplios que las contemplen en su conjunto. El llamado a la diversidad y el respeto a la diferencia aparecen hoy como demandas que se acuñan en el centro del escenario de la movilización social y con las cuales un conjunto de grupos sociales se ven identificados. Lejos de contribuir a la unificación de fuerzas políticas a partir del establecimiento de banderas de lucha y horizontes de acción más amplios, considero que estas demandas tienden a promover una suerte de endogamia

Tanto Svampa como Domingues advierten la creciente notoriedad que las demandas de autonomía han recientemente cobrado el contexto de la movilización social en América Latina. Movimiento que impulsa un rechazo a los partidos políticos y un fuerte cuestionamiento, o incluso la negación, del papel del Estado en los procesos de transformación social (Domingues, 2007). Svampa advierte que el surgimiento de estas demandas ha provocado, en términos políticos, la formulación de un falso dilema sintetizado en la oposición entre autonomismo y hegemonía, donde visiones que tienden a reificar a los movimientos sociales y desprecian el papel del Estado en la transformación social, se contraponen a perspectivas centradas en la construcción de instrumentos de poder para triunfar en la disputa por la hegemonía. Apelando a la construcción de paradigmas comprensivos, la autora destaca que las reivindicaciones de los movimientos y colectivos sociales combinan elementos de ambas visiones (Svampa, 2007).

En este contexto, cabe preguntarnos: ¿en qué medida las denominadas luchas por el reconocimiento podrán propiciar vías de articulación que, estableciendo puentes entre las demandas y luchas particulares, viabilicen una potenciación de sus impactos y, de este modo, una ampliación en el poder de negociación de los movimientos que las

encarnan? ¿Será que el problema de la redistribución puede configurarse como un elemento favorable en este sentido?

El problema de la redistribución puede jugar un papel central en la construcción de plataformas reivindicativas que contemplen solidaridades más amplias.

Sin la pretensión de adentrarnos en un debate, a mi juicio sin mucho sentido, acerca de cuáles son los tipos de demandas válidos¹⁹, me atrevo a conjeturar que la cuestión de la redistribución se constituye como un elemento que, respetando las particularidades de los diversos actores de la movilización, se configura como un espectro propicio para la construcción de solidaridades más amplias.

En este sentido, considero necesaria la combinación de elementos provenientes de las demandas vinculadas a las características particulares propias de cada movimiento y elementos asociados a las posiciones que estos actores ocupan en los procesos de distribución y circulación material y simbólica. La incorporación de una perspectiva analítica que, a partir de una resignificación crítica de conceptos tales como lucha de clases, hegemonía, dominación, alienación y emancipación, se me aparece como inminente.

El análisis de los procesos de movilización social, así como la identificación espacios de disputa y potencial actuación por parte de los movimientos deben integrar diversas variables que contemplen las dimensiones política, material y simbólica.

A la luz de las consideraciones anteriores, percibo que el análisis sobre los procesos de movilización social, así como la construcción de las estrategias de lucha

¹⁹ El polémico debate protagonizado por Nancy Fraser y Axel Honet en torno a idea de justicia ha tenido algunas repercusiones en la reflexión en torno a los movimientos sociales, en la medida en que se circunscribe a dos cuestiones objeto de demanda y reivindicación. Entre el reconocimiento o respeto a las diferencias y las demandas de redistribución de las riquezas versan la gran mayoría de las banderas de lucha de los actores colectivos que actúan en el campo popular. El mencionado debate evidencia que la preponderancia de uno u otro aspecto en el marco de la definición de las políticas sociales trae consecuencias políticas y sociales sumamente significativas.

requiere de una combinación de variables de análisis que contemple las diversas dimensiones que atraviesan estos procesos.

En una dimensión política, debemos poder analizar la actuación de los movimientos sociales en el marco del sistema político donde, tal como argumenté a lo largo de este trabajo, el Estado se configura como un elemento esencial. En este sentido, la naturaleza acerca de los vínculos que los actores colectivos establecen, en contextos históricos específicos, con las diversas instancias gubernamentales, constituye un factor primordial. Asimismo, destaco una vez más como preponderante el problema de la institucionalización de la movilización social.

Por su parte, la dimensión simbólica debería permitirnos visualizar los procesos de construcción de sentidos inscriptos en la conformación de los colectivos y movimientos sociales y, en este sentido, abordar la complejidad de los elementos que subyacen a la formulación de sus demandas. Asimismo, debería permitirnos identificar las dinámicas que operan al interior de estos movimientos, con el objeto de proporcionar elementos fructíferos para la construcción y reconstrucción de sus estructuras organizativas.

Finalmente, una dimensión material debería permitirnos, luego de una reconceptualización teórica, identificar los componentes de clase que subyacen a la mencionada pluralidad de demandas y actores de la movilización popular.

Necesidad de avanzar hacia la construcción de unidades de análisis para el estudio de las dinámicas de movilización en América Latina.

La construcción de unidades analíticas que permitan visualizar las nuevas configuraciones y dinámicas que evidencian hoy los movimientos sociales y, de manera más general, el campo de la lucha popular latinoamericana, resulta desde mi percepción fundamental para la construcción de modelos de análisis adecuados para la comprensión de las mismas. Comprensión que cobra sentido si permite fomentar y profundizar los debates y reflexiones que deben darse al interior de los espacios de militancia para la consolidación de fuerzas políticas emancipatorias.

Conciente de las pendencias que, dadas las limitaciones de la presente disertación, evidencian temas que no he podido aquí abordar, pretendí en estas líneas explicitar ciertas cuestiones que considero nodales para la construcción de una teoría crítica sobre los procesos de movilización social y lucha popular latinoamericanos. Con un entramado de problemas e interrogantes mucho más amplio y complejo del que motivó mis reflexiones, cierro esta primera etapa de mi trabajo enfrentando nuevos desafíos.

BIBLIOGRAFIA

Alexander, Jeffrey. 1988. "The new theoretical movement". En: Smelser (ed.), *Handbook of sociology*. London: SAGE Publications.

Alexander, Jeffrey. 1998. "Ação coletiva, cultura e sociedade civil: secularização, atualização, inversão, revisão e deslocamento do modelo clássico dos movimentos sociais", *Revista brasileira de ciências sociais*, vol 13, nº 37 (junho): 5-13. Disponível en internet: <www.scielo.br>. [Capturado el 25/11/2007].

Anderson, Perry. 1983. *A crise do marxismo. Introdução a um debate contemporâneo*. São Paulo: Editora Brasileira.

Anderson, Perry. 2002. *Afinidades seletivas*. São Paulo, Boitempo Editorial.

Bensaid, Daniel. 1999. *Marx, o intempestivo. Grandezas e misérias de uma aventura crítica*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Boron, Atilio. 2002. *Imperio & Imperialismo*. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Buci-Glucksmann, Christine. 1978. *Gramsci y el estado. (Hacia una teoría materialista de la filosofía)*. México, DF: Siglo XXI Editores.

Cohen, Jean. 1985. "Strategy or identity: new theoretical paradigms and contemporary social movements." *Social Reserch*, vol. 52, Nº4.

Cohen, Jean. 1985. "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Moviments", *Social Research*, vol. 52, nº 4: 663-716.

Coutinho, Carlos Nelson. 1981. *Gramsci*. Porto Alegre. L&PM Editores.

Coutinho, Carlos Nelson. 1984. *A dualidade de poderes. Introdução à teoria marxista de estado e revolução*. São Paulo: Editora Brasileira.

Coutinho, Carlos Nelson. 1998. "O lugar do Manifesto na evolução da teoria política marxista". *O Manifesto comunista 150 anos depois*. Rio de Janeiro: Contraponto.

Domingues, J. Maurício. 1999. *Criatividade social, subjetividade coletiva e modernidade brasileira contemporânea*. Rio de Janeiro, Typhographos, Contra Capa.

Domingues, J. Maurício. 2004. *Ensaio de sociologia: teoria e pesquisa*. Belo Horizonte: Editora UFMG.

Domingues, J. Maurício. 2007. *Aproximações à América Latina. Desafios contemporâneos*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Eder, Klaus. 1993. *The new politics of class. Social movements and cultural dynamics*. London: SAGE Publications.

Fontes Virgínia, 1998. “O Manifesto Comunista e o pensamento histórico”. *O Manifesto comunista 150 anos depois*. Rio de Janeiro: Contraponto.

Ghon, Maria da Glória. 2003. *Movimentos sociais no início do século XXI. Antigos e novos atores sociais*. Petrópolis: Editora Vozes.

Giddens, Anthony. 1971. *Capitalism and Modern Social Theory*. London, Cambridge University Press.

Gramsci, Antonio. 1929 [1968]. *Maquiavel, a política e o Estado Moderno*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.

Gramsci, Antonio. 1930 [1979]. *Os intelectuais e a organização da cultura*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Habermas, Jürgen. 1984 [1987]. *Teoría de la acción comunicativa. Crítica de la razón funcionalista*. Barcelona: Taurus, Humanidades.

Hardt, Michael & Negri, Antonio. 2000 [2005]. *Imperio*. Rio de Janeiro: Record.

Hardt, Michael & Negri, Antonio. 2004. *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Buenos Aires: Debate.

Hermida, Carlos. 2004. Toni Negri y el nuevo revisionismo marxista. Indymedia. www.chilesur.indymedia.org. [Capturado el 22/11/2007].

Hobsbawm, E. 1981. *Trabalhadores: estudos sobre a história do movimento operário*. São Paulo: Paz e Terra.

Hobsbawm, E. 1987. *Mundos do trabalho. Novos estudos sobre história operária*. Rio de Janeiro. Paz e Terra.

Konder, Leandro, 1998. “Marx, Engels e a Utopia”. *O Manifesto comunista 150 anos depois*. Rio de Janeiro: Contraponto.

Maneiro Maria, 2006; “Movimentos sociais e Estado: uma perspectiva relacional”. *América Latina hoje. Conceitos e interpretações*. Domingues & Maneiro. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Marx, Karl & Engels Friedrich (e outros). 1858 [1998]. “O manifesto comunista”. *O Manifesto comunista 150 anos depois*. Rio de Janeiro: Contraponto.

Marx, Karl. 1844 [1987]. “La cuestión judía”. *Escritos de juventud*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl. 1846 [1965]. *A ideologia Alemã*. Rio de Janeiro: Zahar Editores.

- Marx, Karl. 1847 [1987]. *Miseria de la filosofía*. México, DF: Siglo XXI Editores.
- Marx, Karl. 1859 / 1953 [1989]. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. México, Siglo XXI Editores.
- Marx, Karl. 1859 [1974]. *Contribución a la crítica de la economía política*. México DF, Ediciones de Cultura Popular.
- Marx, Karl. 1869 [1997] *O 18 brumario e cartas a Kugelman*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Marx, Karl. 1885 [1991]. *El capital. Libro primero. El proceso de producción del capital*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Meiksins Wood, Ellen. “Trabajo, clase y estado en el capitalismo global”. *Revista del Observatorio Social de América Latina*. N°1 (junio). Buenos Aires: CLACSO.
- Melucci, Alberto. 1996. *Challenging Codes: Collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge Press.
- Melucci, Alberto. 1985. “The Symbolic Challenge of Contemporary Movements”, *Social Research*, vol 52, n° 4.
- Merton, R. (1968). *Sociología. Teoría e Estructura*. São Paulo, Editora Mestre Jou.
- Miliband, Ralph. 1977. *Marxismo e política*. Rio de Janeiro. Zahar Editores.
- Mouriaux, René & Beroud, Sophie. “Para una definición del concepto de “movimiento social”. *Revista del Observatorio Social de América Latina*. N°1 (junio). Buenos Aires: CLACSO.
- Negri, A. Guías. 2004. *Cinco lecciones en torno a Imperio*, Barcelona: Paidós.
- Offe, Claus. 1988. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Editorial Sistema.
- Porta, Donatella Della & Diani Mario. “The study of social movements: collective behaviour, rational actions, protests and new conflicts”. En: Porta, Donatella Della & Diani Mario. *Social movements. An introduction*. Blackwell Publications.
- Poulantzas, Nicos. 1969 [1977]. *Hegemonía y dominación en el estado moderno*. México DF: Ediciones Pasado y Presente.
- Poulantzas, Nicos. 1978 [1981]. *O estado, o poder, o socialismo*. Rio de Janeiro: Graal.
- Sader, Emir, 1998. “O Manifesto Comunista visto da América Latina”. *O Manifesto comunista 150 anos depois*. Rio de Janeiro: Contraponto.
- Sader, Emir. 1993. *Estado e política em Marx*. São Paulo: Cortez Editora.

Santos, Boaventura de Sousa. 1995. *Pela mão de Alice. O social e o político na pós-modernidade*. São Paulo: Cortez Editora.

Santos, Boaventura de Sousa. 2006. *A Gramática do Tempo: para uma nova cultura política*. São Paulo: Cortez Editora.

Santos, Boaventura de Sousa. *Nuestra America Reinventing a Subaltern Paradigm of Recognition and Redistribution*. Em: *Theory, Cultura & Society* 2001. Vol 18. SAGE, London, Thousand Oaks and New Delhi.

Scherer-Warren, Ilse. 1998. “Movimentos em cena... e as terias por onde andam?”. En: *Revista brasileira de Educação*. Nº 9 (setembro – dezembro).

Semeraro, Giovanni. 1999. *Gramsci y a sociedade civil*. Petropolis: Editora Vozes

Svampa, Maristella. 2000. *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.

Svampa, Maristella. 2005. “Tres ejes para una discusión: modelo de dominación, tradiciones ideológicas y figuras de la militancia”. (Texto disponible en Internet: <www.maristellasvampa.net> [Capturado el 5 de noviembre de 2007]).

Svampa, Maristella. 2007. “Movimientos sociales y escenario político. Inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina”. (Texto disponible en Internet: <www.maristellasvampa.net> [Capturado el 5 de noviembre de 2007]).

Tarrow, Sidney. 1994. *Power in Movement: Social Movements, Collective Action and Politics*. Cambridge Studies in comparative Politics. Cambridge: Cambridge University Press.

Tarrow, Sydney. 2005. *The New Transnational Activism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Therborn, Goran. 2007. *Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo posmarxista*. En: *New Left Review*. Nº 43 (marzo – abril). Madrid: Ediciones Akal.

Thompson, E. P. 1987. *A formação da classe operária inglesa*. São Paulo: Paz e Terra.

Thompson, E. P. 2001. *As peculiaridades dos ingleses e outros artigos*. Campinas: Editora da Unicamp.

Tilly, Charles. 1978. *From Mobilition to Revolution*. Londres: McGraw Hill.

Tilly, Charles. 1998. *Work under capitalism*. Boulder, Colorado: Westview Press.

Tilly, Charles. 2004. *Social movements, 1768-2004*. London: Paradigm Publishers, LLC.

Tilly, L.A & Tilly, Charles. 1981. *Class conflict and collective action*. London: SAGE Publications.

Touraine, Alain. 1984. *Le retour de l'acteur*. París: Fayard.

Vandenberghe, Frédéric. 2004. "Sociology: new theoretical developments". En: Kuper & Kuper (eds.). *The social science encyclopedia*. (3º edición, vol. II). London: Routledge.

Virno, Paolo. [2002]. *Gramática de la Multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Zemelman, Hugo. 2000. "Conocimiento social y conflicto en América Latina. Notas para la discusión". *Revista del Observatorio Social de América Latina*. N°1 (junio). Buenos Aires: CLACSO.

Livros Grátis

(<http://www.livrosgratis.com.br>)

Milhares de Livros para Download:

[Baixar livros de Administração](#)

[Baixar livros de Agronomia](#)

[Baixar livros de Arquitetura](#)

[Baixar livros de Artes](#)

[Baixar livros de Astronomia](#)

[Baixar livros de Biologia Geral](#)

[Baixar livros de Ciência da Computação](#)

[Baixar livros de Ciência da Informação](#)

[Baixar livros de Ciência Política](#)

[Baixar livros de Ciências da Saúde](#)

[Baixar livros de Comunicação](#)

[Baixar livros do Conselho Nacional de Educação - CNE](#)

[Baixar livros de Defesa civil](#)

[Baixar livros de Direito](#)

[Baixar livros de Direitos humanos](#)

[Baixar livros de Economia](#)

[Baixar livros de Economia Doméstica](#)

[Baixar livros de Educação](#)

[Baixar livros de Educação - Trânsito](#)

[Baixar livros de Educação Física](#)

[Baixar livros de Engenharia Aeroespacial](#)

[Baixar livros de Farmácia](#)

[Baixar livros de Filosofia](#)

[Baixar livros de Física](#)

[Baixar livros de Geociências](#)

[Baixar livros de Geografia](#)

[Baixar livros de História](#)

[Baixar livros de Línguas](#)

[Baixar livros de Literatura](#)
[Baixar livros de Literatura de Cordel](#)
[Baixar livros de Literatura Infantil](#)
[Baixar livros de Matemática](#)
[Baixar livros de Medicina](#)
[Baixar livros de Medicina Veterinária](#)
[Baixar livros de Meio Ambiente](#)
[Baixar livros de Meteorologia](#)
[Baixar Monografias e TCC](#)
[Baixar livros Multidisciplinar](#)
[Baixar livros de Música](#)
[Baixar livros de Psicologia](#)
[Baixar livros de Química](#)
[Baixar livros de Saúde Coletiva](#)
[Baixar livros de Serviço Social](#)
[Baixar livros de Sociologia](#)
[Baixar livros de Teologia](#)
[Baixar livros de Trabalho](#)
[Baixar livros de Turismo](#)